

9-108

LATITUDES

3548
E868

OBRAS DEL AUTOR

POESIA

- EL ESTANQUE INEFABLE.**—Imprenta de la Universidad Central.— Quito, 1922 (Agotado).
LA GUIRNALDA DEL SILENCIO.— Publicaciones de la Biblioteca Nacional.— Quito, 1926 (Agotado)
BOLETINES DE MAR Y TIERRA.— Editorial "Cervantes".— Barcelona, 1930 (Agotado)

PROSA

- SELECCION DE MODERNOS POETAS Y PROSISTAS ECUATORIANOS.**—Imprenta "Humanidad", 1924 (Agotado)
CARTAS DE UN EMIGRADO.— Editorial "Elan".— Quito, 1933
LATITUDES.— Imprenta Nacional— Quito— 1934

TRADUCCIONES

- EL SEPTIMO CAMARADA (Boris Lavrenef).**— Editorial "Cervantes" Barcelona, 1930
EL SEPTIMO CAMARADA.— Editorial "Letras".— Santiago de Chile, 1933
EL HOTEL DEL NORTE.— Barcelona, 1933

EN PREPARACION

- GUIA DE LA JOVEN POESIA AMERICANA**
EL IMPERIO SOCIALISTA DE LOS INCAS (Trad. de Louis Baudin)
ROL DE LA MANZANA (Poesias)
CUATRO POETAS FRANCESSES
CORDILLERA (Novela de la vida rural ecuatoriana)
TEMAS DE AHORA

JORGE
CARRERA
ANDRADE

270 P.

LATITUDES

VIAJES
HOMBRES
LECTURAS

1943

*cédula
de
identidad*

Más alto que Montalvo, menos flaco y cetrino, como él ciudadano del mundo, voy barajando extranjeras ciudades y revolviendo volúmenes de escritura latina. La frente recortada en golfo, los ojos de ceja alargada y algo oblicua, la nariz ancha de aspirar "el perfume del mundo", los labios gruesos y la barbilla móvil al influjo emocional: así me he visto en espejos de hoteles y barcos. Con mi bastón voy señalando meridianos y paralelos, fronteras y latitudes. Una maleta de libros me acompaña, desde hace mil días, como un despojo oceánico.

Pongo un pié en la línea ecuatorial y otro en un puerto de Europa, gozoso tragaleguas. Las aguas del mar murmurran a mi oído una original noción de las cosas, una nueva medida del planeta. En el barco, leo

y comprendo "SOCIEDAD Y SOLEDAD" de Soren Kierkegaard. La arquitectura de la vida futura se aparece a mis ojos en el Canal de Panamá. Luego: las islas. O sea —me digo— la voluntad triunfante en medio de los más encontrados impulsos. Lección de cosas: la costa, la ceiba, el volcán de cieno. Las posesiones inglesas de Trinidad y Grenada me hacen amar las historias de negros.

En el Canal de Dover, los siglos se asoman a las dos orillas a ver pasar los barcos, desde las almenas de los castillos vetustos. Exorcismos, cuernos de cacería, torneos de los Sires: no hay tiempo para evocarlos, que aquí está Amsterdam y sus plantaciones de tulipanes y sus zuecos y sus vacas lecheras y su industria pacífica que preside el cabeceo patriarcal del molino. Y más allá —o más acá en mi recuerdo— Hamburgo con sus astilleros, su Alster lleno de cisnes, su Sant Pauli hinchado de música, sus tabernas de marineros a lo largo del Elba. (Fraulein Petterssen, mujer de cabellos de trigo, ama sobre todas las cosas a los hombres de la América del Sur). Hamburgo: primera aparición de la multitud.

Bufanda de humo de los expresos. Por toda la tierra se extiende un rumor de ruedas en marcha y un aliento de calderas febres. Llego a la tierra alemana en el centenario de Goethe, o sea a los cien años del Romanticismo. Berlín, majestuoso, aparece con sus cúpulas y sus columnas clásicas. Yo he visto Berlín, y no me importa que ya nada más pueda ver en el mundo. Un día fui a la casa de Liebknecht —en Lutherplatz— donde funciona el Partido Comunista alemán y otro día vi un mitín obrero en Neukolln. Knorrpremenade con su iglesuela y su cine escolar. Universidades. Operas.

Mas, nada hay comparable a Tempelhof, cruzado de alas de acero. El aeroplano es la liberación. El contrabando futuro se hará por los aires ilimites, sin fronteras. Kolonia es un hacinamiento de ruinas, allá abajo. Como una mancha verdegris, Bélgica. Luego, ríos espejantes, tierra cuidada, sonriente agro francés.

No es verdad que Jeannette sea marselesa. Es de París, la ciudad múltiple y única, donde hasta los cocheros y las costureras conocen al señor Valery. Todavía hay bailes en el Bullier y los hombres de cera del Museo Grévin se diría que tienen corazón. Comercio de libros viejos en los muelles. Los bouquinistas fuman su pipa filosófica entre los árboles pelados —arterias grises del aire. Los gorriones de Nuestra Señora anidan en la cabeza de un Santo de la fachada. Una luz viuda se suicida en el Sena.

De París a Marsella y de Marsella a la tierra española, hay apenas un paso. Los carabineros de la frontera no han cambiado desde la época en que Merimée y D'Amicis atravesaron los Pirineos en diligencia. Buenos días, suelo "alegre por buenos vinos, dulce de miel y azúcar, alumbrado de cera, cumplido de óleo y lozano de azafrán", como dijo un antiguo escritor de castellana parla. Nadie me pidió, como a Don Edmundo, que adquiriera una espada de Toledo, una guitarra, un sombrero andaluz y una botella de Jerez. Ya estamos en Barcelona, la de la arquitectura de pastelería. La Sagrada Familia —construida por Gaudí— es nuestro anhelo de infinito dando cuatro gritos de piedra. En la Catedral vi la galera de Juan de Austria y los lienzos de Viladomat. Tierras de España: Las torres armadas de campanas, vanguardia del cielo. Los encapuchados. Gigantes.

tes y cabezudos. La Virgen del Rocío con sus carretas floridas y enlunadas de panderos. Serenos, vigilantes, porteras, guardias de la porra: el sencillo ciudadano vive como un prisionero, hostilizado por pequeñas autoridades despóticas. Un paseo a la Costa Brava. Ir a Montserrat es hacer un viaje a la Edad Media. En el panorama cubierto de verdor, surge de pronto como una fantasía geológica, que nos habla de los orígenes de nuestro planeta, Montserrat, la montaña religiosa que se dibuja en el azul como un rebaño de elefantes petrificados, escalando las nubes. Todo es aquí de los frailes: los funiculares, los restaurantes, la industria de vasijas, la industria de licores. (Una botella de "Aromas de Montserrat" es presente magnífico para una buena mesa). Lo que es en Madrid, los aristócratas viven soñando todavía en el chocolate con churros de Doña Mariquita. La meseta castellana resplandece como en un fanal de frío. Un tropel de toros pasa entre una nube de polvo donde se recortan solamente los hombros y el sombrero de ala ancha del picador. La vida española, el paisaje, el ambiente, inclinan al hombre a un individualismo cerril, a veces hasta el ascetismo, otras hasta el anarquismo. Mas, escuchemos: un estampido horada anchamente el aire y un resplandor feliz anuncia la República, que ha venido a caballo desde el otro lado de los Pirineos.

El señor Valéry Larbaud fuma cigarrillos ingleses en un compartimento de lujo. Blaise Cendrars va en primera clase a Moscú y a Cayena, como todo viajero distinguido, a lo Morand. Yo he visto la Europa tatuada de luces, desde la ventanilla de un furgón proletario. Mi pasaporte, como una paleta de pintor, está manchado

de sellos cosmopolitas y huellas dactilográficas. (Dichocho Montalvo que viajó cuando en Europa no había pasaportes internacionales!) El último sello está al pie de un permiso consular para viajar al Ecuador. Otra vez el trópico perezoso y frutal. La lanzada del zancudo y del mosquito, capitanes de caballería ligera en la guerra biológica del mundo. La vida sujeta a un nuevo ritmo, a una pausa más ancha. Ya estoy de vuelta: caminos de mi tierra, ciudades a la orilla del cielo, poblados indígenas, eucaliptos andinos.

He visto sobre las cúpulas de Berlín, París, Bruselas, Ginebra y Madrid, crecer la sombra de Marx con sus barbas de niebla. He conocido a Keyserling, a Duhamel, a Einstein, a Romain Rolland. He vivido, he amado y he sufrido. Treinta años ya, —edad redonda—, que me sirvo de esta envoltura corporal que no ha hecho otra cosa que crecer y engrosar al influjo de las estaciones, los climas, la cerveza alemana, la langosta francesa y el arroz a la valenciana. Tengo un demonio o un dios interior que me tortura de tarde en tarde, y entonces me consuelo únicamente llenando cuartillas y cuartillas. Siento bienestar, y hasta alegría, sólo cuando mi interior atormentador calla y puedo entregarme sin reservas a las menudas ocupaciones del humilde vivir. En mi frente, va acentuándose día a día un surco de adusta madurez; pero, no importa: he visto el mundo. La cara de la Tierra, tras de su reja cosmográfica de paralelos y meridianos.

*mar
caribe*

*el
primer
puerto*

Un puñado de pájaros marinos maniobra sobre los mástiles. Se oye la desgarradura de raso de la espuma que va prendida a los costados del buque como un gran manto resonante. Grave se ha quedado el mar, opaco y profundo, por la derrota gradual de la luz. Desde la cubierta —inseguro balcón sobre la inmensidad— contemplamos los signos del horizonte, el parpadear del día en trance de muerte. Ocho, diez cuerpos se extienden muellemente sobre las sillas de tijera, y de vez en cuando un resplandor perdido ilumina súbitamente un rostro, como un espejo irónico y fugaz. Ahora es Sidney Ankers que se lleva la mano a los ojos, deslumbrado. El inglés está explicando a

nuestros compañeros de viaje una aventura que le sucedió en Panamá y parece subrayar sus risotadas con la doble hilera de sus dientes de lobo.

Ciudad de Panamá: te has quedado para siempre clavada en mi memoria. Los edificios pequeños y alegres, las plazas íntimas con bancos, arbolitos y una glorieta central para los músicos; los coches de paseo con sus caballos lentos y sufri-
dos; los guardias del tráfico, girando dentro de un círculo de yeso, a la sombra de un gran parasol castaño; las persianas discretas ocultando los modestos interiores, todo se diría como recién pintado, como aureolado de una luz nueva. Las cosas, allí, están hechas como para producir la alegría del cuerpo; hasta el calor que sirve para gustar mejor la limosna de agua que da a cada uno de nuestros poros la ducha helada y el placer de librarnos —con zumos de frutas del trópico y líquidos azucarados— de nuestra insaciable sed. Al pie de un árbol de la Plaza de la Catedral ví un día una iguana —de esas del comienzo del mundo— con la que jugaban los niños.

En el barrio negro de Calidonia —oh, inolvidable y querida Calidonia donde por primera vez se abrevó mi sed de universo —las mujeres fuman sentadas a las puertas, mientras una música de marimba revive nostalgias africanas. Vendedores de cocos. Plaza de Santa Ana con sus corrillos po-

líticos. Calles que mojan sus pies en el mar. Puestos de libros en las aceras. Tiendas de sedas y de perfumes de Oriente. Comerciantes hindúes y lavanderos chinos. Buen olor de fruta madura y pescadería. En el cielo transparente se recorta el dibujo de las palmeras como en una lámina de vidrio.

La presencia de Sidney Ankers, el camarada pelirrojo, me hace recordar el maravilloso itinerario terrestre que seguimos desde Panamá hasta Colón. Tren cómodo y silencioso pasando como un sueño entre campos exhuberantes y raros grupos de casas. Las esclusas de Gatún. Horizonte de agua. El tren aquí se vuelve acuático. Se desliza airoso como un barco sobre el agua plana y dormida. Por todas partes troncos de árboles mutilados nos hacen pensar en un bosque talado y sumergido. Alegría de las lanchas y los barquichuelos con sus redes de pescar. Luego Colón, los bares americanos, las orquestas de negros. Inglés chapurreado por cocheros, hotcleros y cargadores del muelle. Los cabarets con nombres ingleses exhiben mujeres internacionales —las mismas de todos los puertos— y el alcohol corre con abundancia fluvial. Sólo una línea pintada con yeso sobre el pavimento separa a Colón de Aspinwal la yankee, donde reina la prohibición más rigurosa; y, frecuentemente, los soldados y marinos norteamericanos saltan esa raya blanca, al asalto del whisky.

Eleen y Audrey Clavier e Isaac Cohen —un judío que se ha hecho rico en Méjico— no pierden palabra de la conversación de Mister Ankers. Las hermanas Clavier van contratadas por un teatro de Plymouth y se pasan los días ensayando sus creaciones coreográficas. Sólo la gracia fisgona del inglés, les ha podido hacer olvidar por un momento sus ejercicios frente a la brisa y la luz del mar. En cuanto a Cohen escucha con aire religioso, porque esa es su misión sobre el mundo: meter sus narices talmúdicas por todas partes para ver si puede pescar algo.

Tres, cuatro luces se despiertan de pronto en el horizonte. Luego les siguen otras más, innumerables, hasta dejar la noche, por ese lado, espolvoreada de oro. Canoas y botes acogedores, cargados de sombras que maniobran activamente, se acercan al costado de nuestro barco. Caras nuevas circulan por cubierta y voces de dulzura lenta y cadenciosa, se llaman y contestan en medio de la noche. Estamos en la bahía de Cartagena de Indias.

*oro
de
Cartagena*

Arcos de piedra vetusta. Entre las palmeras que ventilan el ambiente pesado de calor, lienzos de murallas sobre el mar. Nuestro automóvil penetra por la Muralla del Reloj, bordea una plaza de árboles esbeltos, sigue el laberinto de algunas calles y luego corre entre una doble fila de quintas lujosas, de viviendas de estilo europeo. Se siente la proximidad del campo, fragmentado en el ladrido de los perros. Tras de las ventanas se ve la lámpara vigilante, plantada como un hongo luminoso en la mesa familiar, en torno de la cual aparecen rostros bañados de claridad seráfica y manos que desprenden sin prisa un hilo fino y largo como un pensamiento.

—Esta es la vida perfecta, dice Mister Ankers.

La vida del hogar, una ciudad pintoresca y un campo rico en dones del trópico. ¿Se puede desear felicidad mayor?

(Ankers: tú hablas así porque has nacido bajo el signo del viaje, porque eres el hermano trotamundos que no tiene una cuarta de suelo propio donde descansar el esqueleto, ni un palmo de luz querida donde arrimar los ojos. Sin embargo, tu nombre quiere decir "ancla". Habías nacido para el sosiego y la felicidad del humilde vivir y eres la víctima inocente de un destino equivocado. Entre lo que eres y lo que estás obligado a ser, hay una zona de sombra, un pozo de dolor secreto que no se cegará nunca).

Eleen y Audrey Clavier van con los sentidos a caza de las maravillas ocultas del trópico y se dejan coger también por esta poesía de las casas campestres de Cartagena. Cohen permanece indiferente y sólo se iluminan sus ojos ante el barrio del comercio. Portones seguros, grandes candados en forma de ranas hinchadas de avaricia y de miedo, letreros de fea caligrafía, suceden a la estampa semirural. El barrio del comercio de Cartagena es, como el de todas las ciudades suramericanas, con rótulos de mal gusto y nombres turcos y sirios. Ni una sola vitrina arreglada con estética por lo menos elemental.

El cielo aparece estriado de oro por la puesta del

sol. La tarde sumerge la ciudad en su agua pálida. Personas y cosas van quedándose como descoloridas y hacia el lado del mar se oye un suspiro inmenso, un lamento de invisibles naufragios. El Espíritu Santo de la luz baja a las habitaciones en forma de lenguas resplandecientes de cristal. Hacia el horizonte, la sombra se extiende bajo la colina de la Popa, como una ola bajo el casco de un navío. Una plaza llena de recogimiento. La iglesia de San Pedro Claver se levanta en el fondo con sus hábitos de piedra y sus cúpulas como abombadas de interior sonoridad y de mística ciencia. Veo mentalmente a Pedro Claver, honesto hombre, en los trapiches de caña, en los sembrados de café, dando lecciones de humildad y mansedumbre a indios y negros y enseñándoles la felicidad del trabajo alegre y de la vida sencilla. Veo sus manos sanar como un bálsamo las carnes de los siervos coloniales, abiertas por el palo vil o por la rúbrica encarnada del látigo. Veo sus plantas adoloridas, luminosas, recorrer los campos de Colombia llevando su buena nueva de paz y amor, en medio de una Edad oscura y para bien del pueblo desdichado y haraposo de la Colonia.

—Pedro Claver debería ser venerado en todas las Antillas, porque fué un apóstol de los negros, digo en alta voz. No importa que sea católico o bu-

dista. Tomó la defensa de los humildes, sirvió a la humanidad, eso es todo.

Mis compañeros no conocen al hombre evangélico y me piden que les relate algo de su vida. Fué un revolucionario manso, les explico, como fueron muchos de los grandes hombres del cristianismo que provocaron verdaderas commociones sociales. Nunca exaltaremos lo bastante el movimiento franciscano que minó la Edad de hierro como el socialismo mina actualmente el imperialismo bélico de nuestra Edad.

El automóvil corre entre casas bajas con ventanas de reja española. En la esquina de cada calle, un poste de luz cambia señales misteriosas con el crepúsculo. Nos dirigimos hacia los castillos y las fortificaciones que los virreyes coloniales levantaron para defender la ciudad de las continuas incursiones de los piratas. Nos cierra el paso, por fin, la famosa fortaleza de San Felipe. Sombras sin cuerpo parecen estamparse sobre sus piedras históricas y voces que ya nadie oye se escapan —fantasmas del ruido— desde sus pasajes subterráneos.

—No pudo contra esta fortaleza nuestro almirante Vernon, dice Mister Ankers.

Yo miro agradecido las viejas murallas que salvaron nuestra cultura de la piratería inglesa. Corsarios y galeotes mandaba Inglaterra a los mares del Nuevo Mundo y no se atrevía sino por ese me-

dio solapado a hacer la guerra a España. Eran innumerables las gentes de mar que habían izado el trapo del terror al tope de sus barcos de abordaje, y así se vieron flotas inmensas poner sitio a los puertos americanos con la esperanza del botín. Esta guerra nada noble la sostuvo Inglaterra a través de toda la época colonial y luego durante la Independencia, en que amparó la insurrección de los pueblos y favoreció con sus hombres, sus dineros y sus naves el sueño de Miranda y de Bolívar. En los tiempos del virreynato, Cartagena de Indias estaba destinada a guardar dentro de su cintura fortificada, las riquezas de las colonias, el oro arrancado con la pica minera, la ordenanza real o la espada. Los galeones españoles recibían la preciosa carga y la conducían sobre los mares, huyendo de la bandera negra que en el horizonte izaban las tempestades y los navíos corsarios. Muchas veces los salteadores del mar llevaban su audacia hasta a atacar la ciudad cuando había noticia de alguna nueva remesa de oro para la corona de España.

Nos acercamos a las murallas seculares y nos ponemos de cara hacia la bahía. ¡Tremendo mar ese de los siglos XVI, XVII y XVIII, depósito de leños y cadáveres, tránsito de bucaneros y piratas, ruta del espanto! El almirante Vernon plantó allí una mañana su bosque de mástiles —más de ciento setenta embarcaciones entre navíos, fragatas y cha-

lupas, dice Sidney Ankers —y puso sitio a Cartagena durante quince días. Todas las fortalezas se rindieron una tras otra y sólo quedó esta de San Felipe donde un puñado de españoles y numerosos negros contuvieron el avance de los filibusteros y pusieron en fuga sus naves. Ahora estas piedras están mudas y como pensativas. No logran animarlas ni los lejanos arcabuzazos del mar contra las rocas. Súbitamente, el último resplandor de la tarde abre en el cielo una gran brecha de oro. Oro único de esta Cartagena de Indias, oro inmaterial, purificado ya de las huellas sangrientas de aborígenes y encomenderos, y limpio de esas sombras codiciosas que sobre él echaban las gorgueras de virreyes, presidentes y oidores, lo mismo que el cayado pastoral de obispos y prelados o la simple teja de los curas aventureros.

Sobre el mar, en el horizonte, se incendia un navío irreal y las olas llegan a la playa cargadas de lamentos. En el agua flotan cuerpos oscuros, misteriosos. Nubes con mástiles de luz se deslizan con rumbo hacia el oeste como naves en derrota.

*día
holandés*

Los cargadores de carbón cantan en el bochorno de Curazao. Un madero tendido desde el muelle —viejo y hermoso muelle de Willemstad— hasta el barco ,sirve de puente sobre el agua para el aca-reo de mineral. Los negros trepan en hilera interminable, vacían el saco de cáñamo y descienden con el mismo ritmo fatigado, en un ir y venir dantesco, sin fin. La piel se abrillanta con el sudor, la can-ción se vuelve en la garganta jadeo contenido y los sacos vierten su lloro negro sobre el agua que se enturbia como al paso de una nube.

Al fondo, el cielo matinal a horcajadas sobre los tejados puntiagudos. Las casas de arquitectura holandesa se alinean en los malecones del canal, con

sus fachadas color de naranja o de chocolate, entre el espejismo del agua. Lanchas y botes panzudos, como clavados a su propia sombra que un soplo de aire arruga. Mástiles que al reflejarse en la lámina líquida, parecen compases abiertos para medir el horizonte. Uno, dos trasatlánticos se acercan pausadamente en demanda de mineral para proseguir su carrera, su diagonal de espuma sobre los océanos.

Las sombras que pasan con el saco de carbón a la espalda me hacen pensar en Countec Cullen, Claudio Mac Kay, Langston Hughes y otros poetas negros. Elevar un canto, como una luz, desde los sótanos de la miseria, es realmente hermoso. Tener fuerza para articular un himno cuando el cuerpo sufre, mordido por indecible tortura, es facultad maravillosa del espíritu. Todos estos hombres de color, estos "forzados inocentes" reclutados a lo largo de las Antillas para las faenas más duras, en climas sin piedad, saben evadirse de la realidad oscura y construir su mundo imaginario por medio del canto o de la música o aunque sea de la embriaguez que les sumerge en el olvido, río afluente de la muerte.

Las hermanas Clavier, Ankers, Cohen y yo, resolvemos ir a almorzar en la isla. Curazao nos recibe con una luz dulce como la miel. Hombres con sombreros de paja y con una larga pipa en la boca.

Guardias de S. M. la reina de Holanda con uniformes llenos de entorchados y con la espada al cinto. Mujeres de trajes claros. Un tranvía rural con su esquila pura. Tiendas de tabaco y del buen licor isleño. Librerías. Templos protestantes. Rutas de polvo con coches de caballos y bicicletas de delgados reflejos. Barriles de agua para la venta. Puestos de frutas gruesas, de colores vivos. Esta es una isla maravillosa como las de los cuentos, donde todo tiene otra medida, otro ritmo, otra luz.

Sidney Ankers conoce Curazao y nos sirve de guía. Andamos por calles estrechas, entre gentes afanasas. La figura ágil de Eileen y Audrey Clavier les hace volver la cabeza a estos hombres y mujeres de formas pesadas. De algunas casas se escapan los sones de una música primitiva con repiqueteo de madera y lamentos de flauta.

Tuesta el sol y el sudor hace espejear nuestra piel.

Un jardín rodeado de agaves, una casa y en el interior varias mesas con legumbres, pan y frutas brillantes que cambian un lenguaje de reflejos con la cristalería. Sentados ante las viandas —entre las que hay pescado antillano y una garrafa de licor regional, hecho con zumo de naranjas— hacemos el recuento de los episodios del viaje. La estampa que se vé por la ventana nos pone una luz alegre en los ojos.

—Esta raza, dice Sidney Ankers, es la de los colonizadores y de los cultivadores. Los holandeses han ido con sus embarcaciones a los cuatro puntos cardinales de la tierra y han fundado pueblos y colonias agrícolas. Las inclemencias del clima, la hostilidad de la naturaleza, no han podido con ellos porque son los héroes de la industria. Esta isla es un ejemplo para las otras colonias europeas de la América del Sur. Ya hemos visto lo que han hecho los ingleses en sus posesiones, lo mismo que los franceses en Haití y los españoles en todo el Continente. En Curazao, la vida corre con manso ritmo: florecen la tierra y la industria; el régimen es patriarcal.

—¿Y los negros? interrumpe Eileen Clavier.

—No reciben aquí un tratamiento inhumano. Encuentran protección y una manera de ganarse el pan. Es verdad que su trabajo es duro y su vida lamentable; pero por lo menos hallan en torno rostros fracos y sin hostilidad. Puede ser que el holandés cuide del negro como del caballo, por conveniencia propia; mas no lo mata a palos y privaciones como los colonos de otras razas. Muchas veces el jornalero de color encuentra miradas de simpatía y de piedad.

Me cosquillea en la lengua una frase para responder a Míster Ankers: ¿y lo que estos puritanos han hecho en sus colonias de Indonesia? pero me

acuerdo de Enriqueta Roland Holst y callo. Esa gran escritora de Norwick, que ha dedicado su vida a la poesía y al socialismo, defendiendo siempre la causa de los pobres, sobre todo de los jornaleros indígenas, es como la voz de la nueva Holanda. Sus manos se han interpuesto como un resplandor entre las espaldas de los siervos y el látigo de los colonos. En una docena de libros, este noble espíritu de mujer ha derramado un río de consolación y de esperanza sobre los hombres de color, los proletarios de las ciudades y los campos.

Eileen y Audrey Clavier no comprenden por qué tienen que existir en el mundo lo feo y lo miserable, y con su fina sensibilidad rechazan la violencia de los hombres. No alcanzan a ver el sentido de la lucha social, de la separación de clases y no aceptan otra jerarquía que la de la belleza o la de la inteligencia.

—Entre los negros hay muchos que son más inteligentes y más fuertes que los colonos, y no tienen por qué recibir los palos.

—La organización social existente es la mejor, interrumpe Isaac Cohen. Tienen que existir forzadamente clases al servicio de las otras para favorecer la formación del capital. La armonía humana está en la disparidad y no en la igualdad. El rico necesita pobres que le sirvan y le ayuden, y los pobres un rico que les pague. Cuando los de abajo

se niegan a servir —huelga— o los de arriba se niegan a ocuparlos —paro forzoso— viene el desequilibrio de la sociedad y la agonía de la industria. Si la gente no quiere trabajar, hay que obligarla por la fuerza. Ese es el secreto del bienestar sobre la tierra.

Sidney Ankers ha hecho estudios de Economía Política, de Sociología, de marxismo y cree en el materialismo histórico. Le parece muy estrecho el horizonte mental del judío. Está más cerca espiritualmente de las hermanas Clavier que por lo menos tienen una concepción estética del mundo; mas, su punto de vista personal es netamente científico. La hegemonía de una clase social sobre la otra depende únicamente del juego económico que en circunstancias determinadas puede dar el poder a la clase oprimida. La violencia de la clase dominante no puede modificar en manera alguna ese fenómeno.

El buen Ankers termina de fumar su tabaco holandés. El calor ha disminuído gradualmente conforme han ido girando las manecillas del reloj. Las cinco y media de la tarde. Otra vez bajamos al jardín y a la calle anaranjada de poniente. La sirena de un vapor se eleva temblorosa en el aire y se expande sobre las casas como una bocanada de inmensidad. Movimiento afanoso en el muelle. Ir y venir de indígenas y negros en torno de nues-

tro barco, el "Galitzia", que se apresta a partir. De pronto, alzándose sobre todos los ruídos, la música chillona —entrecortada por los hipos periódicos de los palillos— de un tamborito (1) que oímos en Balboa y que nos viene siguiendo a lo largo de todos los puertos del Caribe, atado a nuestros oídos como un perro fiel. Atravesamos un puente giratorio, construído sobre barcas. Casas cuyos tejados se recortan en el cielo como una A mayúscula, pintada de rojo. Gentes ociosas en las aceras y en los quicios. Conversaciones pintorescas en "papiamento", ese idioma hecho de los despojos de algunas lenguas europeas y del bárbaro caribe.

(1) Música folklórica de Panamá.

... y el agua se vuelve color de cielo. Las olas se levantan como los lomos de un rebaño en el alba y el aire silba con un dejo de caramillo pastoral. Nuestro barco hace una travesía celeste.

cocoteros de trinidad

Esta agua verde y mansa convierte al mar en una dehesa sin límites. El mugido de la sirena de un barco que navega (¿pace?) hacia el oeste, completa el parecido. Hasta sopla por los cordajes y la arboladura un viento con olor a hierba fresca.

Luego el agua se vuelve color de cielo. Las olas se levantan como los lomos de un rebaño en el alba y el aire silba con un dejo de caramillo pastoral. Nuestro barco hace una travesía celeste.

En la línea inmóvil del horizonte, los cocoteros aparecen como grandes pájaros. El agua se va oscureciendo gradualmente y, casi a flor de ella, flotan las "aguamalas" como ventosas de ópalo.

La ola es densa y rica, pesada de plantas y pe-

queños seres acuáticos. Se diría que el agua vive y palpita. Hay calor animal en su entraña, donde parecen cuajarse nuevas formas y donde pululan vidas innumerables. ¡Mar de Trinidad, animado de misteriosos designios, prisión y matriz, mar evocador del eterno devenir biológico!

Las rocas, en hilera, forman como un frente de combate contra los blancos asaltos de la espuma. Se escalonan con una táctica de milagro. Se agrupan hombro con hombro, en montoneras ciclópeas, y allí donde el agua arrepentida cambia su impulso turbio en éxtasis transparente y en sosiego, se equilibran y sostienen, levantando fantásticas arquitecturas. En correspondencia con la luz, visiten sus arcos, agujas y arquitrabes, de matices e irisaciones como de fiesta mágica. Pilares color de hoja seca se sumergen hasta la cintura en el mar. Grutas llorosas encierran en su órbita violeta el gran ojo cristalino del agua. Cúpulas y bloques oscuros se cubren con encajes de alga marina y dinteles se curvan en lo alto para ver el interminable pasar de las olas. Aquí, el tumbo ciego embiste sin cesar contra la roca y lanza al cielo su blasfemia de espuma. Allá, ímpetu y orgullo caídos están en plana humildad contemplativa.

Nuestro barco vá costeando la isla, entre las arquitecturas de compacta arcilla. Los cocoteros parecen guardar la costa con sus palmas extendidas

como grandes alas puras. He aquí Trinidad, la de los canales marítimos y los volcanes de cieno. Por todas partes trepa y se enreda una vegetación maravillosa como la de los sueños. Ceiba: allí estás tú, con esa corpulencia de mammuth del mundo vegetal, elevándote hasta cien pies sobre la tierra y contemplando impasible el viaje muelle de las nubes, el trabajo sin fatiga del mar, el fluir incesante de las vidas y las cosas. Arbol longevo que los negros veneran como un ser mágico, de tu corteza salen la balsa y la canoa y se van a flotar sobre el agua, cabiéndote así una segunda vida marítima después de la terrestre. Maternal eres palmera, con tus brazos en actitud acogedora y tus cocos pendientes como mamas. Tú eres el tejar del pobre y la fuente vegetal para el sediento. También estás allí, bananero, protector natural de las cabañas, guerrero de cuerpo acorazado, de pié entre tus hojas anchas, curvadas y fuertes como escudos. Y vosotros todos, muchedumbre del trópico: canelero fragante, cedro, papaya, níspero, paraguatán de savia tintórea, árbol del cacao, guayaba, caimito, árbol de la quina, curandero de la zona tórrida.

—Esta isla es un cuadrilátero, nos explica Sidney Ankers. Nuestros abuelos la solían comparar con un cuero de buey, y en verdad que se parece por la forma, sobre todo por los dos apéndices de

tierra que le acercan al Continente. Allá, al noreste está la isla de Tabago —míster Ankers extiende su mano cubierta de vello rubio— que forma con Trinidad una sola colonia inglesa. Frente a nosotros está Town con sus parques magníficos, sus avenidas y su gran acueducto. Estas casas que se ven desde aquí diseminadas en el campo, son pequeñas propiedades de los negros y están en medio de plantaciones de sandías o de café.

Se oye el ruido del ancla al abrir las olas pesadas como bloques y morder el fondo submarino. Cañas y bongos vienen de todos lados, con su humilde comercio de piñas, naranjas y monos. Los negros suben a cubierta y pregonan a voz en cuello la calidad de sus frutas o las habilidades de sus animalitos. Un simio de ojillos inteligentes juega con Audrey Clavier y la asedia con chillidos de pájaro, que es el único lenguaje que ha aprendido en el bosque tropical. Audrey lo adquiere por unos cuantos chelines, para dejarlo luego, seguramente, morir de nostalgia entre las nieblas de Plymouth.

En la escalerilla del puente aparece una mujer de alta estatura y talle flexible que ondula al caminar. La piel morena hace extraño contraste con los ojos verdes y el pelo rubio. Tiene su cuerpo una elasticidad de pantera joven y en los dedos de su mano relampaguean cóleras felinas las más raras joyas.—Mis Ethel—nos dice confidencialmente el

“stewart” al ser preguntado por nosotros— una criolla rica que ha tomado pasaje para Inglaterra.

Míster Ankers arrimado a la borda, señala mentalmente en el paisaje los lugares que ya conoció en su viaje anterior, y de vez en cuando se vuelve a un lado o a otro, según el curso de sus recuerdos que quiere localizar geográficamente. La aparición de la criolla le hace volver la cabeza. Carga lentamente su pipa y sigue el curso de su pensamiento en voz alta:

—Trinidad es como un campo de experimentación racial. Indígenas, negros cimarrones, europeos, indios orientales y chinos conviven y trabajan la tierra. Estas razas se mezclan frecuentemente y dan productos híbridos. No es raro ver entre los colonos mujeres hermosas que tienen gotas de sangre negra, como Miss Ethel. Hay también numerosos judíos. Coolies e hindúes abundan en la época de la cosecha de la uva o la recolección del café. El aglutinante de estas razas se puede decir que es el negro que constituye la mayoría de la población y que ha trasplantado aquí sus supersticiones africanas.

—Esta isla parece más floreciente que la de Curaçao, le interrumpo.

—Tal vez sí; pero es por la maravillosa riqueza del suelo, donde existen la flora y la fauna más ricas del mundo.

Isaac Cohen, con su valija en la mano, viene a despedirse de nosotros. Tiene un hermano establecido en Princetown, en el comercio de telas, y piensa asociarse con él aportando algunos miles de dólares que ha ahorrado durante su permanencia en Méjico. Espeja el sudor sobre la calva del judío que no se desprende nunca de sus vestidos de lana —en el forro del chaleco lleva cosidos los billetes de banco— a pesar de la elevada temperatura de la isla. Eileen y Audrey Clavier le desean cortesmente buena suerte y Sidney Ankers se quita por un momento la pipa de los labios para dibujar en ellos una sonrisa de adiós.

Cohen va arrastrando su valija por el puente, ante la inmovilidad casi hostil de los camareros de a bordo, que se han visto defraudados en sus esperanzas de propina. Luego se descuelga por la escalerilla y salta sobre una lancha de motor que le conduce en un momento a la rada de Town. Separado de los demás viajeros de la lancha, con su perfil rapaz y sus ojos iluminados como por interna fiebre, este hombre es un signo vivo de la raza judía que ha acumulado fortunas inmensas desde los tiempos remotos y que, por no poseer suelo propio, se ha amparado del mundo, gobernándolo desde el comercio y la Banca. La alta finanza —israelita en su mayor parte— es la que ha creado los más grandes problemas de nuestro si-

glo y la que ha minado la civilización cristiana. Sin embargo, en América, el judío no es más dañoso que el sirio, el chino o el europeo.

Hombres de Occidente y de Oriente se han lanzado como aves de presa sobre el Continente americano, donde indios y negros sufren una esclavitud sin nombre. Cuando se lleve a cabo la liberación de estas razas, el Nuevo Mundo entrará en su período constructivo. Habrá una como fusión de sus diversas zonas raciales: Afroamérica (Santo Domingo, Cuba, las Antillas, las Guayanas) Indoamérica (Méjico, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay) Latinoamérica (Argentina, Uruguay) e Hispanoamérica que está desparramada por todo el haz del Continente. Entonces de ese gran laboratorio humano surgirá el tipo único de hombre continental y a la vez universal.

Las casas han ido disolviéndose gradualmente en la oscuridad de la tarde. El ancla asciende cubierta de herbajos submarinos. La tripulación maniobra precipitadamente y el "GALITZIA" empieza a deslizarse con lentitud para luego beberse las distancias marítimas, jinete de las latitudes y de los océanos. Ante nuestros ojos pasa el film de las riberas, sembradas de casitas de campo, con su decoración de árboles y rocas. Miriadas de pájaros hacen la isla sonora como un instrumento

musical. Luego, poco a poco, se va hundiendo en la sombra Trinidad, paraíso del Mar Caribe. Sobre el mapa de abordo hay clavada una nueva banderita roja en la línea de puntos de nuestro itinerario. En el agua creciente de la noche flota la luna lechosa como una gigantesca "aguamala".

un
libro
de
viaje
de
Georges
Duhamel

Georges Duhamel, novelista, director teatral y autor de ensayos, es una figura muy interesante. Su libro *Un libro de viaje de Georges Duhamel* es un fascinante recorrido por el mundo del autor. Es una obra que combina el esfuerzo de observación y la descripción, la reflexión y la narración, la crítica y la admisión. Es un libro que invita a reflexionar sobre la vida, la literatura y la cultura, y que nos muestra la belleza y la complejidad de la existencia.

Este libro es una joya que nos permite descubrir la profundidad y la belleza de la obra de Georges Duhamel. Es un libro que nos invita a reflexionar sobre la vida, la literatura y la cultura, y que nos muestra la belleza y la complejidad de la existencia.

el observador frente a norteamérica

Georges Duhamel contempla, desde la cubierta de un barco francés, las vastas soledades oceánicas. Las señales de la tierra firme se enredan sin descanso en la antena vigilante del navío. El viajero observa el canal de Florida, y se le ocurre que los norteamericanos pueden cerrarlo en una fecha más o menos próxima, para desviar la corriente del golfo y transformar la Europa en un Continente helado. En el horizonte se anuncia una faja estrecha de costa. Es Cuba, "vestíbulo de América", con sus cocoteros de gracia femenina y sus febriles ingenios de azúcar.

Duhamel, hombre de rostro un poco monacal y de mirada piadosa tras de los gruesos lentes, no

se contenta con ver los lineamientos del paisaje, sino que gusta de explorarlo hasta su fondo y penetrar en la vida de los hombres que lo habitan. De esta manera descubre la angustia del pueblo cubano, sujeto contra su voluntad al ritmo poderoso de los Estados Unidos. Si el creador de "Salavín" hubiera seguido rumbo hacia las Antillas ¿qué cosas no nos hubiera contado del imperialismo norteamericano? Le faltó al observador la visión de Puerto Rico —florecente Estado yankee pesando sobre una masa miserable de mestizos y negros—; de Nicaragua, ultrajada y en peligro de convertirse en colonia; de Panamá, merecedor de un más alto destino y reducido a vivir sin gloria y sin soberanía. También debió ampliar su itinerario el observador hacia nuestra América del Sur, a fin de darse cuenta de los recursos de que dispone la latinidad en ese Continente para detener el avance del pabellón angloamericano, que es como la reja de una cárcel con sus barrotes azules y blancos y su claraboya lateral con varias filas de estrellas. Hubiera medido entonces la significación de las fuerzas autóctonas que cooperan con la latinidad en el sostentimiento de una cultura naciente que opone los valores del espíritu a los valores materiales.

Le faltó al observador de ojos piadosos el espectáculo de México reviviendo su arquitectura emo-

cional, su arte aborigen, en competencia con el rascacielo, y organizando su vida campesina conforme al uso de la tierra; la visión de la Argentina democrática, destinada a recibir la herencia cultural de Occidente; el panorama de las Repúblicas de los Andes nacidas como para una Confederación ejemplar por su localización geográfica y su comunidad de ideales y de orígenes: en fin, le faltó ver todo ese haz de naciones, sacudidas por anhelos culturales, en contraposición al hormiguero norteamericano, entregado íntegramente al delirio de la civilización mecánica.

El navío entra sucesivamente en el golfo de México, en el delta amarillo del Mississipi y en el puerto humeante de Nueva Orleans, estruendoso de máquinas y oliente a carbón. Acodado en la borda, Duhamel exclama: "He aquí América". Mas, en realidad, lo que aparece ante sus ojos es la ampliación exagerada de Europa, la visión futura de Europa, o sea el espectáculo de un país que experimenta el fenómeno típico del apogeo capitalista e industrial. En una palabra, lo que el viajero ve es "la otra América".

cinema

Asistimos a la infancia del cinema. Hace muy pocos años comenzó a andar, y ahora está aprendiendo a hablar y a tener una que otra idea propia. No está educado todavía y nos da la impresión de que ha vivido hasta hoy entre boxeadores, "girls" y vaqueros americanos. De la vida ha tomado tan sólo la gesticulación exterior e ignora casi en absoluto los percances del pensamiento moderno y las aventuras del espíritu.

Mas, es preciso confesar que, pese a esta infancia vulgar y desordenada, el cinema tiene un ancho horizonte en la vida futura. Está almacenando recursos para la hora de su madurez despejada y

consciente. La costumbre le servirá para su tamaño definitivo de orientador de pueblos.

Pero para cumplir este superior destino, el cine-ma tiene que emanciparse, ante todo, de la tutela económica que le acanalla y le explota. Los empresarios norteamericanos le han enseñado a prostituirse por unos cuantos céntimos y le han hecho olvidar su auténtica misión. El film actual exhibe todos los días sus mismas habilidades en todas las pantallas del mundo, al son de una musiquilla recomendada y mendicante.

Georges Duhamel, con sus lentes que le sirven para ampliar las dimensiones de las cosas y penetrar en su entraña secreta, está contemplando el barajar incesante de sombras y de imágenes móviles en uno de los cinemas de la Unión. Liberal "a la inglesa", Duhamel rechaza todo lo que de alguna manera puede afectar a su libre albedrío, todo lo que puede corromper la atmósfera pura de pensamiento en que vive y respira su individualidad. Duhamel es centinela de su espíritu y guardián de su parcela de libertad y, ante el espectáculo semibárbaro del cinema actual que obra como un opio degradante en la conciencia del hombre de estos tiempos, levanta su maldición de profeta. Diríjese su anatema principalmente contra la música de cine que coopera con el film al embrutecimiento de la multitud. "Esta es la falsa música —dice el

observador—. Música en conserva. Esto sale del matadero de música como las salchichas del almuerzo salen del matadero de cerdos. Sí. Debe haber allá lejos, en alguna parte, en el centro del país, una inmensa construcción de ladrillo negro, cabalgada y hendida por los arcos de un elevado. Es allí donde asesinan a la música. Allí es donde muere estrangulada por unos cuantos negros, como los lechones del Middle-West. Es acogotada por brutos cansados y medio dormidos. A eso se da el nombre de discos. Es la música en cajas de conserva".

".... Esta es una especie de pasta musical, anónima e insípida. Pasa y corre sin descanso. Está embutida de trozos conocidos, seleccionados probablemente por sus relaciones momentáneas con el "texto" cinematográfico. ¿Los novios van a atravesar el ecran? Pues, he aquí que de esta maleza musical surge de golpe la "Marcha Nupcial" de Lohengrin. Diez compases nada más. ¿Por qué milagro éstos se encadenan súbitamente a la "Sinfonía Militar" de Haydn? Es porque el ecran acaba de vomitar un desfile de infantería..."

Urge trabajar por la redención del cinema. No debemos perder la esperanza de verlo colocarse a la cabeza de la cruzada de la cultura, en cuyas filas militan la radio, el periódico y el libro. Hay que pensar en lo que sería el cinema, no como me-

dio de explotación, sino como instrumento de difusión cultural, arrancándolo de manos de los empresarios fenicios y entregándolo a sociedades artísticas, científicas y educativas.

El cinema norteamericano, que es el que cuenta tal vez con mayor número de adelantos materiales, es el más atrasado en lo que se refiere a su desenvolvimiento interior. Falta de invención, uniformidad desesperante de asuntos, técnica arbitraria, desconocimiento de todo factor ideológico y psíquico, gusto exagerado por la pseudo-hazaña, son las características del film yankee. Los empresarios norteamericanos se han preocupado tan sólo de aumentar la "fuerza exterior" del cinema, dotándolo de todos los mecanismos necesarios a su perfeccionamiento material. El sonido y el color han venido a enriquecer el film moderno que se conquista gradualmente los públicos de todo el mundo. Mas, a pesar de la policromía y la sincronización, el cine continúa siendo un espectáculo cándido e infantil, como fué el guíñol o el teatrito de fantoches. Es que le falta un gran soplo espiritual que le anime y le incorpore realmente a la vida. El film ruso, el alemán y el eslavo han iniciado ya esta obra de adaptación humana, que es una segunda creación.

Algunas consideraciones sobre el cine moderno y su desarrollo en el mundo. Un análisis de las tendencias y las tendencias dominantes en el cine hoy existente, para su mejor comprensión.

*el
culto
de
la
máquina
y
de
la
publicidad*

Sobre los tejados corren alfabetos eléctricos. Las fachadas de las casas están cubiertas de una floración luminosa y los altoparlantes gritan, dialogan y cantan sobre la muchedumbre, en todas direcciones. Bocinas que aúllan como mastines, campanillas persistentes y agudas, timbres irradiantes como dolores nerviosos, sirenas de barcos que mugen bovinamente, pitos de sonido perforador, desgarran el aire de la gran urbe. Pasan sin descanso los automóviles de antenas de luz, los tranvías —con su ombligo de cristal iluminado por dentro—; los ómnibus que son los verdaderos paquidermos de la circulación urbana, los trenes elevados que subrayan el cielo con su veloz trazo

luminoso. Debajo del suelo, ruedan como torrentes de hierro los trenes subterráneos. Máquinas y hombres pululan por todas las avenidas y paseos, y se precipitan en las plazas formando la peligrosa ruleta del tráfico. Los anuncios lo cubren todo como una vegetación monstruosa: en el pavimento florecen letreros de colores; por las fachadas trepan enredaderas de palabras; los tejados y las cúpulas se coronan de resplandores acrobáticos; en el aire navegan súbitas claridades; rubrican el cielo con sus iluminaciones los aviones de propaganda.

Los hombres ya no se comprenden entre ellos porque han empezado a hablar las máquinas. Por todas partes resuenan coros de hierro y de acero. Máquinas para cortar y para rehacer, para aserrar, moler, pulverizar; máquinas para destilar, quemar, fundir; máquinas para mezclar, dilatar, reducir, calcular, andar y ver. Máquinas para fabricar salchichas y para ajusticiar a los reos. Máquinas para suprimir la descendencia y para lactar a los niños. Máquinas para conducir otras máquinas y para jugar al ajedrez. Solamente no se ha inventado todavía, dice con suave ironía el profesor Alfred Siegfried, "la máquina para coger fresas".

Este es el espectáculo de la civilización mecánica que nos ofrecen los Estados Unidos. Civilización baconiana —como la define justamente Duhamel— porque descansa toda entera sobre las apli-

caciones del método inductivo. Las creaciones materiales del hombre, multiplicándose hasta superar todas las fantasías, amenazan reducir cada vez más los dominios del espíritu. Las máquinas que al principio se inventaron para la economía del esfuerzo, para la ayuda del trabajador manual, ahora son empleadas para producir febrilmente hasta congestionar los mercados del mundo.

A medida que se intensifica esta locura de la producción, va creciendo esta publicidad que prepara las puertas de escape. La máquina sin la réclame, pronto sería inutilizada por su propia obra.

Los anuncios abren nuevas vías de circulación a esos verdaderos ríos de productos que lanza la máquina sobre la tierra. Naturalmente esta propaganda no favorece sino al fabricante que, por este medio, obliga a servir a sus intereses a los demás hombres, transformándolos en sus compradores, es decir, engañándolos, pues los valores auténticos de las cosas resultan falseados por el lente de aumento de la publicidad exagerada.

En las ciudades norteamericanas, los grandes anuncios entablan una especie de duelo para adueñarse del hombre —del comprador— y reducirlo a una cifra en el libro de caja del industrial moderno, señor del mundo. Yanquilandia es el único país donde la posesión de la materia, por ruín que sea, concede al hombre una realeza: El Rey del acero,

el Rey del azúcar, el Rey del carbón tienen tantos palacios y súbditos como los que antaño poseían los monarcas de mandato divino.

Con un tipo de civilización semejante, asentada sólo en lo temporal, los valores morales quedan postergados y acaban por desaparecer. La civilización y la cultura libran su batalla en tierras de la Unión y la ventaja es hasta este momento de la primera, como no podía ser de otro modo en un pueblo que ha hecho de la Bolsa su templo y del "ring" el altar de un nuevo culto.

*hombres
de
color*

Uno de los capítulos más interesantes del libro de M. Georges Duhamel es el que trata de la separación de las razas en los Estados Unidos. Toda la piedad, toda la ternura del gran escritor francés, apóstol de una humanidad más justiciera, aparecen en esas páginas. Algunas figuras de negros pasan a través de ellas; mas se esfuman casi inmediatamente. Hubiéramos deseado, es verdad, pinturas más completas, mayor número de sucesos narrados con ese gran temblor humano que el autor de "Confesión de Medianoche" y "Vida de los Mártires" sabe infundir a sus creaciones; pero la intención del ilustre viajero era otra y ha preferido ofrecernos un alegato contra la civilización despiadada que repudia y acosa a los hombres de color.

El coloured people sufre un verdadero calvario en los Estados de la Unión. Los negros son rechazados de todas partes y obligados a aislarse como los leprosos. Les está vedado el contacto con los hombres blancos hasta en los más pequeños menesteres de la vida diaria. Hay hoteles, cines, tranvías, almacenes, sólo para la raza maldita. Los hombres de color no tienen entrada en los recintos que la civilización americana construye para admiración del mundo. Ni siquiera el cementerio, pórtico del más allá, les admite en su seno. No hay muerte niveladora para ellos. Los huesos de estos infelices son destinados a un cementerio especial, cerrado y amurallado, que es como el símbolo de la soledad eterna de su raza. Los ciudadanos de los Estados Unidos emprenden el viaje sin retorno, practicando las supersticiones religiosas de los negros; pero sin perdonarles la afrenta de su piel. "Nada hay de común entre las razas, hasta en el aniquilamiento", dice Duhamel. Nada hay de común sino esta cruz dolorosa, esta cruz impotente que hace, de ambos lados de la calle, a pesar de las murallas, su mismo signo de imposible concordia".

Sin embargo, los antiguos esclavos negros trabajaron esforzadamente para la riqueza de la Unión y han aportado a ella su energía y su espíritu. Por los resquicios de la vida americana se escapa, de vez en cuando, el aliento misterioso de estos abue-

los y sopla en la música moderna, de ritmo desgarrado, que nos hace estremecer como un lamento o una amenaza. Los ciudadanos yankees disfrutan actualmente de la prosperidad acumulada por varias generaciones de hombres de color que llevaron una vida franciscana de privación y desprendimiento de los goces de la tierra, en los ingenios de azúcar y en las plantaciones de algodón, y se consolaron con la Biblia —pozo inagotable para la sed del rebaño humano— o con los sencillos cantos metodistas. El orgulloso norteamericano de nuestro tiempo cree que toda esa grandeza que le rodea ha sido creada únicamente con su esfuerzo, sin sospechar que lenguas y sangres diversas han concurrido a la construcción de la moderna Babel y que en cada piedra está gritando una cultura diferente. Los genuinos yankees han jugado solamente el rol de empresarios en esta edificación ciclópea. El negro, eterno "prisionero de su piel" es el que más ha arañado la tierra para que brotara ese río de oro que va a desembocar en Wall-Street y se esparce luego como inmensa red apresando naciones y pueblos de los cuatro Continentes.

Nuevamente Luis Salavin deja su casa de la calle Pot-de-Fer (¿vive ahí o en Val de Grace?) para medir los caminos del ancho mundo. Ha visto ya casi toda Europa y varias veces se ha refugiado en Africa, huyendo del maquinismo y de los prejuicios de la civilización occidental. La anterior escapada fué a Rusia —que también visitaron Luc Durtain, Blaise Cendrars, Barbusse, Panait Istrati— y de allí regresó con su corazón liberal sofocado por las pieles, el vodka, los soldados y los campesinos. Otra vez al escritorio de empleado modesto y al diván aquel del que decía Henry Bidou que era "el más profundo retiro de Salavin, la concha del caracol". Luego, a andar de nuevo.

Mas ahora hacia los Estados Unidos, o sea el reverso de la estampa soviética. Conocer quería los dos polos de la civilización contemporánea: el Estado colectivista donde un partido político ejerce el poder en nombre del proletariado y el Estado individualista donde el capitalismo gobierna en nombre del pueblo.

Tres normas mentales se había fijado Salavin-Duhamel: Calma pura, equilibrio, serenidad. ("Retrato de Salavin por él mismo"), y la visión de la América sajona tenía que parecerle excesiva. Los rascacielos alojándose en las nubes. El Empire-State de Nueva York plantado en el camino de los dirigibles. Hormigueros humanos moviéndose ordenadamente al mandato de los timbres y los guíños luminosos. "Civilización de insectos" anota el viajero. Y más arriba: "Ciudades inhumanas construidas en un suelo que no invita a la moderación. Lagos, valles, ríos, bosques, llanuras, todo es desmesurado. Nada parece hecho para inclinar al hombre hacia un sentimiento de armonía". Luego Chicago, la ciudad cáncer. La deificación de la máquina que lo arrolla todo y amenaza transformar a nuestro siglo en una Edad ciega, imperialista.

Duhamel se va al campo para airear y tonificar su espíritu. Mas el campo en los Estados Unidos aparece tiznado de carbón, prisionero entre vallados, construcciones, letreros prohibitivos, carteles

industriales. Inconocible sin su libertad y su soledad memorosa. Diríase que hasta la tierra misma no realiza allí su trabajo con alegría. Está sometida a la tortura de la explotación febril. El agricultor no cuida amorosamente la heredad sino que trata de hacerla rendir el máximo provecho en el menor tiempo. No es éste el agro francés que el campesino cuida, más que con amor, con secreta avaricia, ni mucho menos el agro holandés, amaestrado, vestido y alimentado científicamente para la conservación de su gran salud botánica.

El observador desconsolado busca la cifra espiritual —el significado— de la vida norteamericana, en el hogar, los espectáculos, las costumbres. Mas por todas partes sólo halla un materialismo estrecho, oculto bajo un barniz de aparente puritanismo. La reglamentación de los actos menores de la existencia diaria es llevada hasta el límite. Hay una especie de dictadura higienista y moralizadora que pesa sobre los individuos y las cosas. Se ha hecho una ley para reducir la duración del beso de cine a la longitud de siete pies de celuloide. El consumo de alcohol es prohibido; pero en la feliz tierra del dipsómano Edgar Allan Poe, todo el mundo —sin excluir la mujer— bebe hasta el delirio, hasta la muerte. Coktails de agua de Colonia. Coktails de agua dentífrica. Coktails de alcohol de madera. Miles de individuos viven del contrablan-

do, son poderosos como reyes y constituyen la primera fuerza electoral en la política, gracias a la prohibición. Confort si lo hay, mas éste es "purramente muscular y táctil" nos dice Duhamel.

Este gran libro, "Escenas de la vida futura", es uno de los documentos más fieles sobre los Estados Unidos. Entre los libros franceses del género —parciales en su mayor parte— ocupa un lugar excepcional por su elevación e independencia. Fresca está todavía la lectura de "Un ojo nuevo sobre América" del joven escritor Paul Achard que fué a Nueva York invitado por una empresa cinematográfica yankee. Aún tenemos en el paladar el sabor del caramelito cosmopolita de Paul Morand que cantó a la gran urbe "encrucijada del planeta". El libro de Duhamel es el de un hombre libre que pertenece a la estirpe espiritual de Rabelais, Voltaire y Montesquieu. La Academia Francesa ha discernido con razón un premio excepcional a estas "Escenas de la vida futura" que andan ya traducidas a varios idiomas.

Para completar su juicio panorámico de nuestro siglo, Georges Duhamel acaba de publicar su "Geographic cordiale de l' Europe" donde están consignados sus viajes por Holanda, Grecia y Finlandia. La simpatía por el mundo, que alienta en todos los libros del creador de Salavin, le coloca a la cabeza de los escritores franceses de generoso sentimien-

to universalista, entre los cuales están Jules Romains, Philiphe Soupault, Jules Supervielle, Valery Larbaud, Pierre Mac Orlan. Todos pertenecen a la línea de André Gide, del que han tomado su funda "sed de conocer". Aun hay otros escritores "gideanos", pero de inclinación campesina, católica o localista: Henry de Montherlant, León Paul Farque, Ramuz, Max Jacob.

Duhamel sabe infundir a sus obras un gran alieno humano que le va acercando día a día al pueblo y le dará la altura definitiva, al lado de los maestros excelsos. Sus libros serán buscados cada vez con mayor afán. Novelista de los niños, cantor de los humildes —tiene un tomo de poesía unanimista, "Compagnons"— amigo de todos los que sufren, se identifica con su personaje Salavin que quería ir "hacia la santidad sin la fe". Indiferente a la frescura del laurel, el gran escritor francés trabaja sin descanso. Medita sobre los problemas contemporáneos. Ve el mundo. Anda por las modernas ciudades. Moscú, New York, Berlín, le han visto pasar sobre el friso de la muchedumbre. Su mirada compasiva, tras de los lentes de cerco de carey, parece poner sobre los hombres un gran resplandor de piedad.

*el
año
nuevo
en
berlín*

el año nuevo en berlín

*el
año
nuevo
en
berlín*

“Prosit Neujahr”. Bajo la nieve delgada y uniforme como polvillo de azúcar, que va amontonándose sobre árboles y casas, los buenos berlineses se echan a la calle a recibir al año nuevo. Es verdaderamente imposible hacer de filósofo esta noche y permanecer junto a la estufa, hojeando el libro preferido. Los ascensores bajan sin descanso con sus racimos humanos y las puertas giratorias desgranán en las aceras sus sartas de hombres. Dejamos sobre la mesa “EL MUNDO SIN HORIZONTE”, tomamos el sombrero y el abrigo y nos dirigimos hacia la estación de Stralau Rummelsburg.

Los trenes eléctricos ruedan casi vacíos. Todo el mundo está en el centro de Berlín. Como una serie de estampas dibujadas al carbón, pasan las

estaciones urbanas: Janowitzbrucke, Alexanderplatz, Borse. Tomamos Friedrichstrasse abajo. La multitud va y viene ordenadamente a lo largo de esta gran arteria de la ciudad. Nada de gestos excesivos, ni de alegría pirotécnica. Tan sólo, sentido espectacular del humorismo; pero de un humorismo silencioso. Entre el hormiguero, se ve gesticular figuras cómicas con sombreritos diminutos y monóculos de a veinte céntimos. Nos hemos preguntado con cierta inquietud: ¿qué ha querido decir Berlín este año con su provisión de monóculos grotescos? ¿Es acaso una manifestación de oculto amor popular por el pasado aristocrático? El estudio que hemos hecho de los varios aspectos de la vida alemana, nos permite creer que más bien es una simple corporización del afán colectivo por liquidar ese pasado. Es de ver el regocijo con que las berlinesas llevan el monóculo, y sus guiños de picardía, para comprender el colapso definitivo del viejo partido Monarquista alemán.

Un oleaje de campanadas rueda sobre los techos y las serpentinas de colores se estiran en el aire como las jarcias de un buque naufragio. Nos asalta el deseo de encontrar un amigo, una tabla de salvación en el remolino berlínés. Andamos hacia el edificio de nuestra Legación; pero nos detenemos a media marcha. Inútil buscar el puñado de tierra de nuestro país, porque en él no hallaremos el cora-

zón hermano sino la ceremoniosa genuflexión extranjera. Inhospitalaria Legación del Ecuador en Berlín, donde, a más del culto señor Icaza, no se encuentra sino la mano enguantada de frialdad de unos hombres extraños :el Secretario de la Legación, el Cónsul, el Vice-Cónsul, los empleados inferiores, todos son alemanes.

Echamos a andar por la calle del Faisán. Está abierta la puerta del Instituto "Humboldt", donde ha plantado su tienda de campaña la Asociación General de Estudiantes Latino-americanos de Berlín. Tenemos amistad con los directores de esta querida AGELA, y vamos en busca de ellos. Pero, esta vez, no hay nadie junto a la estufilla eléctrica. El paraguayo Cuevas, el nicaragüense Alvarez, el argentino Schweide, todos han salido. Schweide estará dialogando, bajo los tilos forrados de algodón, con su amiguita alemana o habrá ido, seguramente ,a escribir el artículo sensacional de la noche en la redacción de algún periódico de Berlín. Si por lo menos encontráramos al revoltoso Amaro, hermano menor del general mejicano al que acaba de condecorar el gobierno del Ecuador! También los estudiantes han cambiado esta noche su birette universitario por el clásico gorro de papel y Amaro estará luciendo su tipo azteca, en las mesas de los cafés, ante un asombro de ojos azules.

En la Friedrichstrasse, los berlineses sueltan sus

globitos de goma, como mensajes de esperanza, hacia el cielo tapado con algodones de nieve. Un saludo en español. Un cordial apretón de manos. Es Manuel Utreras que ha llegado de Kiel. Charlamos con el estudioso profesor normalista, perdidos en el corazón anónimo de la multitud.

En los umbrales de las puertas, espolvoreados de nieve inmisericorde, alargan sus manos amoratadas los mendigos de Berlín. Tocan estos mendigos sus maquinitas de música o venden folletos de propaganda social. ¡Inválidos de la guerra y del trabajo, adivinando en la oscuridad el rumor del nuevo año que avanza, imploran la caridad de los hombres! Es el Berlín triste en la entraña del Berlín alegre. La multitud se mueve con orden entre las gesticulación luminosa de los grandes avisos comerciales; pero tiene un sentido patético su marcha. Este año no hay carros orlados con ramas de pino, ni automóviles chillones, ni alegorías. Parece que, de los cuatro extremos de la ciudad, ha acudido a la cita del año nuevo sólo la pobre clase media. Marcha la multitud con lenta majestad, como soportando sobre sus espaldas el peso de una gran cruz invisible. Esta cruz ha sido labrada por Francia con el hacha de la guerra.

“Intolerables son las condiciones impuestas por la Nación de los Derechos del Hombre sobre la frontera oriental de la Alemania” ha escrito reciente-

mente Lloyd George en un periódico de Viena. Estas palabras son de valor definitivo, ya que constituyen la confesión de uno de los principales autores del Tratado de Versalles.

La declaración de Lloyd George ha servido para que se levantara el avispero en la Cámara de los Comunes y para que volvieran a su labor humanitaria las izquierdas; pero la política francesa no ha retrocedido un punto de la línea que se ha marcado en el cobro de las reparaciones de guerra, las más crecidas que registra la historia. Las naciones vencedoras sostienen la tesis de que es necesario agotar las posibilidades económicas de Alemania para la paz del mundo. En “Le Petit Marseillais” se llega a decir que “los Aliados triunfantes deben reducir a su adversario a un estado tal de impotencia y someterle ulteriormente a una tal servidumbre que la guerra sea, durante un siglo, absolutamente inconcebible”, y que “los Aliados estrechamente unidos deben mantener a la Alemania en una situación en que no pueda siquiera reflexionar sobre los resultados de la última guerra”. Estos excesos de una política de belicismo está pagando ahora el pueblo alemán. Sorprende la fuerte contribución anual a que está obligada cada familia para saldar la deuda de la derrota. Sólo el carácter de hierro de estos hombres explica el heroísmo con que soportan el calvario de la Transguerra.

En Alemania, la totalidad del conjunto social se ha convertido en Clase Media. Las antiguas clases están igualadas por un sobrio nivel de vida. La vieja aristocracia se ha encerrado en el refugio de una vida mediocre y las clases inferiores se han desplazado hacia la periferia de las ciudades y hacia las obscuridades subterráneas, donde sueñan mesiánicamente en el advenimiento de un mundo mejor. En cambio, la Clase Media llena los teatros, las Universidades, los cafés, los trenes, los paseos públicos. Esta Clase Media está animada por un diario afán de nutrirse espiritual y materialmente. En todas partes se come y se lee. Hay como un anhelo colectivo de resurrección, de nueva vida. Escapada de la oscura pesadilla de la guerra, esta Clase Media quiere hallar la antigua alegría del vivir. En Berlín ha renacido el gusto por los autores clásicos y por la belleza del desnudo. La actual mujer alemana se capacita vigorosamente, por medio de la gimnasia corporal, para el alumbramiento de un nuevo pueblo, más fuerte de cuerpo y más bello de espíritu. Todas las muchachas berlinesas llevan dos cosas en su abultada maleta de cuero: un libro de Goethe y un pedazo de pan con jamón.

Observando el hormiguero humano, a lo largo de la Friedrichstrasse, sobre el Spree, resalta más vivamente el símbolo de la Clase Media Alemana. Es un puente entre dos mundos: la vieja y la nueva

época. Atrás quedan las ruinas de un mundo caduco; delante se elevan las más audaces construcciones. El himno de los martillos y de las garlopas ha despertado a los guardias franceses que espían desde lo alto de la antigua trinchera. "La Germania, reconstituida con una rapidez vertiginosa, es más rica que nunca, más fecunda que nunca", grita alarmado un periódico de Francia y el conocido escritor Maurice de Walleffé, en "París-Midi" del 11 de Noviembre, aniversario del Armisticio, aconseja muy inoportunamente que "los franceses no deben evacuar la Rhenanie" y que deben seguir el ejemplo de los belgas que "son menos confiados en el humor aparentemente pacífico de los vecinos del Outre-Rhin".

No es verdaderamente muy honroso para la intelectualidad francesa de estos tiempos que uno de sus ejemplares más nuevos sostenga el principio de la represalia y que ese principio bélico lo eche a volar precisamente en el día aniversario del Armisticio, o sea en el día de la paz, en que debían volar tan sólo las palomas áticas y estrecharse las manos las naciones, fraternalmente arrepentidas. Pero Ludovic Naudeau y el señor de Walleffé pueden vivir tranquilos. La construcción en que se halla empeñada actualmente Alemania se apoya sobre los puntales de la reforma económica y social. La gran nación prepara en sus hondos laboratorios

las nuevas sorpresas de la Ciencia y ha confiado la dirección del espíritu a los más altos vigías del pensamiento: Spranger, Sterne, Kohler, Uexküll, Hartman, Kerschensteiner.

Las muchachas berlinesas cogidas de las manos, saltan y bailan de alegría con las campanadas del año nuevo. Con el pelo de trigo al viento y los jóvenes cuerpos sacudidos de risa cordial, las "gaviotas del Spree" encarnan el sentido más íntimo de la especie. Fuertes y hermosas se acercan a los hombres como la promesa eugenésica de una humanidad mejor. Hay que dejarlas el paso franco: son las madres de la nueva Alemania.

Tomamos el tren de regreso a Stralau-Rummelsburg, mientras las campanas de Berlín parecen echar paletadas de nieve aplacadora sobre el incansable afanar del mundo.

Berlín, 1º de enero de 1929.

*filiación
poética
de
Jaime
Torres
Bodet*

*perfección
y
medida*

El nombre de Jaime Torres Bodet ha viajado por todas las latitudes sobre el lomo de media docena de libros. Las revistas literarias, en su vuelo cosmopolita, han preparado un amplio horizonte a la voz del poeta. Nos era ya conocida y amada la manera de su canto; pero es sólo en "DESTIERRO" donde hallamos su filiación poética definitiva, o sea la medida exacta de su sueño y la estatura verdadera de su poesía.

Jaime Torres Bodet nos da esta vez una versión pura del mundo. En su libro las cosas se iluminan de pronto, en su cara más secreta, con una luz inocente. Mundo de lo imperceptible y lo impalpable, en su construcción hay algo de la arquitectura del humo. Desterrado de la realidad, el poeta crea

otras realidades —de materia poética— igualmente vivas y animadas: “la cigueña de la lámpara, el oso amaestrado de la alfombra y esos misteriosos cirujanos que son las sillas, se congregan de noche para la autopsia de las lunas muertas. El espejo cuenta al revés sus cadáveres. Los visillos amortajan a los paisajes reclusos. Como en el teatro de Cocteau, del armario sale un médico a examinar la herida del clavel en la solapa del vestido inmóvil. Por la humedad de los muros resbala una galera dormida”. (1)

La poesía de Torres Bodet es arbitraria, sobre-realista. Es una rehabilitación de la fantasía de los mejores tiempos de la creación literaria. Esta poesía se mantiene sin un desmayo de principio a fin, desarrollándose en versos largos y numerosos como los pliegues del mar. Los bloques límpidos, cargados de lírica sal, dejan al descubierto de vez en cuando un escama reluciente o un mineral maravilloso.

En este “DESTIERRO” no hay tortura íntima ni drama. Hay la luz de la pupila asombrada ante un espectáculo irreal. La expresión poética se ordena conforme a los cánones de la arquitectura, en una sabia simetría, y alcanza los planos más altos

(1) Jaime Torres Bodet: “Destierro”.—Editorial Espasa Calpe.—1930.

de la serenidad. No hay rastros de lucha interior por la conquista de la expresión justa. El verso está hecho de un material transparente y fluido que corre con naturalidad arrastrando imágenes inéditas. No hay abundancia sino selección y sobriedad clásicas. Amplitud resonante donde irrumpen frecuentemente las flautas cortas y delgadas de los endecasílabos.

Los motivos modernos, abordados con un dejo de maestría y clasicismo, adquieren un encanto nuevo y perdurable. Se exalta sobre todo el viaje. Entendido que en tren de lujo, que no se parece en nada sin embargo al pullman de Paul Morand y de A. O. Barnabooth que canta cínicamente “les borborygmes”. Nuestro poeta viaja en un vagón de felpas y vidrios asépticos.

Hay un escalofrío de urbe civilizada en esos poemas donde se mezclan las realidades mecánicas, las pausas efímeras del silencio, los panoramas barajados al azar, la obsesión purificadora del hielo, el secreto descubierto de las cosas que nos circundan. El poeta inventa una especie de mitología moderna: La Virgen de los Termómetros, el Visir de los Cines, la Reina de los Telescopios.

La poesía de Torres Bodet es densa, rica, nutrita de bellezas interiores, honestamente disimuladas; y el material idiomático de que está construida aparece rejuvenecido, ganancioso de exceilencias

y virtudes nuevas. Las palabras son tan ligeras que podrían pesarse solamente "en una balanza de música". Hay algunas que se han unido por primera vez en acoplamientos sorprendentes y otras que se han embellecido por vecindades armoniosas. El vocabulario es hermoso y disciplinado y en él cada palabra está cumpliendo su rol poético.

"DESTIERRO" es una serie de poemas ejemplos de la intimidad. No es un destierro del cielo, como el del poeta de "SOBRE LOS ANGELES", sino un destierro en el Sueño. La narración de este viaje a través del sueño está contenida en el libro desde la partida, ante la presencia invitadora y sobrenatural de la lámpara, hasta el regreso al mundo de las formas concretas y familiares. Torres Bodet nos ha dado con su última obra uno de los mejores exponentes de la poesía de evasión en nuestra lengua.

imagen

Un libro de poesía es un registro del mundo. Registro en extensión o en profundidad. El ser poético viaja lo mismo a lo largo de los continentes geográficos que a través de las latitudes espirituales del planeta. Muchas veces se enriquece de singulares hallazgos. El poeta, por un pequeño salario de gozo, emplea su vida en esta especie de registro civil de la belleza, investiga el parentezco de las cosas y lo anota virginalmente en su cuaderno.

Jaime Torres Bodet cataloga imágenes de aparente sencillez aunque de perspectivas recónditas. Mas bien dicho, por medio de imágenes registra sus impresiones del mundo exterior y relata su propia historia emocional. Su imagen es sintética, destilada como una esencia sutil, cuajada en múltiples

facetas, "químicamente pura". Imagen despejada, geométrica, precisa como un teorema y hecha para ser captada totalmente por los ojos, sin intervención de la voz, menos del canto. Poesía visual, en esquemas, donde se adivina el trabajo de la mente y la aportación de la cultura. De una cultura conquistada a fuerza de las más altas disciplinas y de la poda severa de lo espontáneo y lo exuberante.

El ojo del poeta sigue el contorno del mundo material, aprisiona su ser profundo y verdadero, lo guarda cuidadosamente hasta su cristalización definitiva y lo devuelve luego en categoría de pensamiento. El sentido del color, el humorismo —un humorismo que rezuma apenas de algunos poemas—, la construcción de lo arbitrario, se nos manifiestan discretamente en imágenes compactas. He aquí una cristalografía de "DESTIERRO":

Imágenes de color:

"Todo el invierno ha llegado en esta carta de
(Rusia)"

(pág. 21)

"la ternura de una toronja en el país de un frutero
(vacío)"

(pág. 22)

"la hoja de la retama
contaba el color del tiempo".

(pág. 31)

"y la soledad de la garza se multiplica de pronto
(por la frecuencia del mirlo)".

(pág. 33)

"Batallas del sonido contra el aire,
de la voz contra el eco, del calor
contra la geometría del diamante.
Te encarcelé con triángulos, fulgor".

(pág. 44)

"en que los automóviles estampan
tropeles de fantasmas
sobre paredes de papel poroso".

(pág. 95)

(Aquí pasa una sombra de Rafael Alberti).

Humorismo, casi podríamos decir también sentido de lo que los franceses llaman "bizarre", hay en las siguientes imágenes:

"La Tierra cuelga del clavo
en que la colocó una mañana de invierno el señor
(Laplace)".

(pág. 102)

“Qué metálico Dios
en este mar de nieve en qué me lanza
ordena
la pesca de mi cuerpo destrozado?

(pág. 119)

“La Tierra está pendiente del capricho de un ju-
(gador de billar”.

(pág. 55)

“Y no hemos traído del Diluvio
una sola tarjeta postal”.

(pág. 103)

Imágenes de lo arbitrario, invención pura:

“Se oyen pisadas que no se acercan, testigos
que no declaran, tambores que no redoblan, cor-
(netas
en que el ejército aguarda la orden de un emperador
(fusilado”.

(pág. 15)

“en que se oye el gemido de la puerta de plata que
(cierra
un Arzobispo demente sobre una iglesia de llamas”.

(pág. 24)

“Para que no pidamos socorro a los ángeles
el ladrón de Bagdad ha cortado las venas de los
(teléfonos”.

(pág. 103)

Estas imágenes de juego ágil, desfilando sin fin
en una pista transparente y vasta, hacen que su
creador ocupe un lugar señalado en el panorama li-
terario hispanoamericano de hoy, donde le vemos
pensativo, asomado a una alta ventana, con la raíz
del sueño marcada en la frente. El notable hispa-
nista y crítico francés Georges Pillement dice:
“Torres Bodet es el Giraudoux de lengua española,
con toda su invención, toda su exquisita libertad,
su emoción discreta y su sonrisa tierna y cómplice”.

disciplina

Lo que aprendemos sobre todo, en el último libro de Torres Bodet, es la disciplina poética. Todas las voces confusas que pugnan por escaparse de la garganta del hombre, son ahogadas por el poeta para dar salida sola mente al canto organizado y limpio. Su poesía es una construcción diáfana e inteligente, cuyos elementos se superponen en equilibrio perfecto hasta lograr la estabilidad y la altura premeditadas. El constructor trabaja en andamios de maravilla y con niveles de luz. Toda su obra está bañada en el resplandor de la creación intelectual.

En nuestra América, donde aún subsisten el énfasis y la declamación, al amparo de los pseudocríticos que proclaman que la poesía genuinamente

americana debe ser grandilocuente, la obra poética de Torres Bodet es un ejemplo. Ejemplo y modelo del control que la inteligencia debe ejercer sobre el impulso lírico. La poesía a gritos, la "poesía en bruto", si se nos permite la expresión, está en derrota ante la poesía civilizada. La aparición del poema culto es ya, felizmente, una realidad en muchos países hispanoamericanos.

En el México admirable de hoy se hallan, al lado del claro maestro Alfonso Reyes y del autor de "DESTIERRO", el Carlos Pellicer de "CAMINO"—que es una vía real hacia la plenitud—, Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, González Rojo. En Cuba, Juan Marinello y ahora Eugenio Florit. En Colombia, Luis Vidales, Castrañeda Aragón. En el Perú, el interesante César Vallejo, Alberto Hidalgo, Guillén, Xavier Abril, Martín Adán y otros. En Chile, el profundo Neruda, Salvador Reyes, Juan Marín, Gerardo Seguel y muchos más. Jorge Luis Borges, el ramoniano Oliverio Girondo y Leopoldo Marechal en la Argentina. Y así casi en todo el casillero continental.

Jaime Torres Bodet es también, y sin ceder en calidad al poeta, un prosista magnífico. "MARGARITA DE NIEBLA" y "LA EDUCACION SENTIMENTAL" son obras ricas en contenido estético. Aun en la materia más ancha de la prosa tra-

baja Torres Bodet con una preocupación arquitectural (1). Espíritus de la talla de Benjamín Jarnés afirman que estas dos novelas colocan a su autor "en la más firme jerarquía del idioma castellano".

Nuestro poeta llegó a playas españolas con un bagaje de libros y un espíritu madurado al calor de la concentración y el estudio. Tuvo que esforzarse y batallar contra una "muralla de nombres" para dejar ver la luz que traía en la frente. Ya lo dice él mismo: "He tenido que aprender a nadar en una competencia de náufragos". Luego, su obra se impuso. Las mejores revistas de Occidente la comentaron con elogio. Los críticos españoles señalaron al recién venido puesto de honor entre los jóvenes. Y en la actualidad es el poeta que nos hace la más aguda insinuación de esta hora con su "Embarque hacia la Geometría", que es el viaje hacia las líneas disciplinadas, la perfección, la nitidez y la medida. No hay duda que allegará innumerables espíritus su propaganda de belleza, su mensaje de sobriedad y de altura.

Barcelona, abril de 1931.

(1) "Proserpina Rescatada"

*tres
itinerarios
de
europa*

*esplendor
y
miseria
de
un
mundo*

En la Kürfürstendam —pascua máxima de la luz —mendigos inválidos se lamentan a la par de sus pobres organillos. Mientras en Potsdam, las parejas felices discurren entre las estatuas y en "Wintergarten", "Faun", "Romanisches Kaffée", los valses desenvuelven, en redondo oleaje ,la espiral de una mundana alegría ,la Unter den Linden y la Friedrichstrasse crucifican la angustia proletaria de varios millares de desocupados. Berlín deslumbrante ,por fuera, de vitrinas y escaparates, siente por dentro vahidos de hambre y de muerte.

París, vestido de lujo, asiste a la Opera, a las carreras de caballos de Auteuil y a las exposiciones pictóricas de la Rue Bonaparte. Los turistas deshojan una primavera de billetes de Banco en Mont-

martre, a la hora en que "la horda" de Montparnasse despliegase en busca de un café de pocos céntimos y los obreros promueven un motín en Grenelle y algunas pedradas rompen las vidrieras de Batignolles.

Y en Londres, la niebla vela piadosamente la procesión de espectros que surge de Green-Street clamando por un pedazo de pan. Y en Madrid —la "ciudad de trigo y de vino"—, mientras los señoritos asisten a la corrida de toros con un clavel a la oreja, la multitud se apretuja en torno del cadáver de un compañero obrero, muerto por la Guardia Civil durante una huelga. Porque esta es la doble fisonomía de Europa, mitad risa y mitad llanto, floración de arquitecturas suntuosas y maraña de miserables desvanes, de cubiles oscuros donde vegeta un mundo que no ha visto jamás la luz.

Europa es el reinado de la máquina. El motor ha ahuyentado a la poesía y a la gracia y ha creado una belleza nueva: la belleza de lo monstruoso, de lo desmedido, de lo brutal, del dolor humano. A comienzos del siglo, la máquina se presentó como la liberadora del hombre, la redentora del trabajo manual, la multiplicadora de la riqueza. Cuando empezó a palpitar el corazón del motor elevaron himnos jubilosos los poetas unanimistas y futuristas. El hombre era el dueño de la bestia de acero que trabajaba para su prosperidad. Sólo algunos

economistas avisados dieron la voz de alarma: "La máquina desplaza al trabajador" dijeron. Mas, nadie los escuchó. Y ahora el hombre es el esclavo de la máquina que produce incansablemente hasta determinar una superproducción —no con arreglo a las necesidades del mundo sino al nivel productivo de las épocas de mayor abundancia—, arruinando al fabricante y dejando en el arroyo a falanges enteras de obreros. La desocupación crece arrolladora y millones de voces se alzan reclamando su derecho a la vida en el seno de las grandes capitales. Es la plebe moderna que anuncia la "decadencia de Occidente", como la plebe antigua anunció la decadencia del romano Imperio. Y para que nada faltara al cuadro, no han escaseado tampoco los mesías —al nuevo estilo— que han prometido un mundo mejor y han logrado el ciego fervor popular: Mussolini, Hitler, los pequeños apóstoles de la "Action Française".

Cuando Europa era el equilibrio y la medida, el amor a la verdad y a la justicia, bien merecía ser un ejemplo para el mundo. El espíritu europeo fué el iniciador, en la Antigüedad, de las más elevadas conquistas intelectuales. Grecia (espíritu de geometría), Alemania (espíritu de música), Francia (espíritu de crítica), Italia o mejor Roma (espíritu militar, espíritu jurídico y espíritu religioso) son los cuatro puntos de la más alta lección uni-

versal. Mas, hoy, asistimos a la agonía del espíritu europeo. Desde Marx, a través de Nietzsche y de Bergson, hasta Sorel y Jacques Maritain, ha venido desenvolviéndose el proceso de una especie de anarquía mental. "Todo el espectro de la luz intelectual —dice el autor de *Monsieur Teste*— ha ostentado sus colores incompatibles aclarando con una extraña lumbre contradictoria la agonía del alma europea". Esta agonía es precipitada por los vientos tumultuosos que vienen de Asia y Norteamérica, o sea por el colectivismo comunista y el colectivismo capitalista. Europa era el paraíso del Individuo, la morada del Hombre Interior; pero actualmente ha perdido su cordura con la máquina y se pregunta: "Espiritualismo o materialismo? ¿Individualismo o colectivismo? ¿Familia o corporación?" (1)

La máquina ha engendrado también la nueva política. Ha echado a la calle masas sedientas de justicia. La máquina ha creado la masa. Donde no hay máquina no hay masa, sino pueblo. Con esas vociferantes multitudes vomitadas de las fábricas se construyen los nuevos partidos políticos. Seis millones de desocupados son suficientes para dar el poder a Hitler. Y los millones de obreros sin trabajo, que hormiguean en Inglaterra y Fran-

(1) Cunha Leal: "Os Meus Cuadernos".—Lisboa.

cia, bastarán a no dudarlo para entronizar a otros como él. Mas, curadas las masas del engaño falaz de los líderes militaristas y patrioteros que ofrecen salvar al país al precio de la guerra, volverán al punto de partida: a la lucha social. El socialismo —agrario en España, industrial en Francia y Alemania donde la tierra está bien repartida—, tomará por su cuenta la reconstrucción de Europa.

Los caminos del mar llevan a los puertos europeos naves cargadas de hombres de todos los lugares del planeta, ansiosos de respirar el ambiente histórico de ruinas y monumentos y de engolfarse en las grandes avenidas donde el lujo va sonando su claxon. Allí, las comodidades de la vida, los ascensores maravillosos, las luces de origen invisible, los trenes pasando sobre las casas como un fugaz trueno de oro; los edificios como montañas talladas en mármol y en piedra. Los espectáculos nunca vistos. La franqueza en las relaciones sexuales. La alegría del vivir. La conquista física del mundo. Pero allí también —dejando el monúculo gozoso del turista— las multitudes hambrientas, el derrumbarse de un ciclo económico, los barrios obreros cargados de hollín y de dolor, las usinas insaciables, devoradoras de hombres, los seres monstruosos escapados de la pesadilla de la guerra —fauna de las tumbas—.

*pieles,
soldados,
vodka*

El tren cómodo que recorre la Alemania del Norte, cierra herméticamente sus ventanillas desde Stettin, donde empiezan a sentirse los soplos glaciales de la tierra eslava. Ciudades con sus chimeneas humeantes. Llanuras y llanuras polonesas. Hombres con grandes botas. Aparición de una arquitectura extraña, con cúpulas en forma de corazón invertido, o más bien de rábanos desmesurados. La escarcha que convierte a los árboles en grutas fantasmagóricas y la nieve endurecida que presta al aire una fresca vibración y una tierna luz. Un letrero —"Proletarios de todos los países: uníos" — señala el lugar de la frontera soviética.

Al otro lado, duerme la esfinge rusa. He aquí

el país enigmático que los hombres de este siglo odian y aman. Nuestros antepasados no tenían de esta tierra más que una vaga imagen: figuras girando al son monótono de las balalaikas, en un baile delirante, vertiginoso, embrutecedor; el lujo y derroche de los bayardos, las fiestas suntuosas en Petrogrado, el apaleamiento de los campesinos, la locura mística de los nihilistas, los trineos corriendo sobre la nieve, perseguidos por manadas de lobos hambrientos, el infierno blanco de Siberia... Ya nada de esto existe. El tiempo ha borrado la estampa romántica de Rusia. En la Aduana, vestidos uniformes, rostros duros y autoritarios. Hay una estricta prohibición para cierta clase de impresos y manuscritos. Prolifa revisión de pasaportes. Reglamentación de la cantidad de cigarrillos, jabón, ropa que debe llevar el viajero. Y por todas partes, soldados, soldados y más soldados.

Nuestra generación empezó a amar a Rusia con Dostoiewsky —creador formidable de una literatura torturada, de unos tipos vivientes de epilépticos, imbéciles, irresponsables, como los "hermanos Karamassof", el "príncipe idiota", etc., en una anticipación genial de Freud y su escuela— luego con Tolstoi, amigo de los humildes, predicador de la redención del hombre por la pedagogía, exaltado defensor de los campesinos —uno de los alegatos más hermosos es su "Polikushka"—, y Gor-

ki, pintor de vagabundos y mendigos, o sea del "lumpen-proletariat". Después vinieron Turguenev —o el falso ruso—, Goncharov, Andreciev. Los novelistas proletarios nos enseñaron a amar una Rusia distinta: Gladkov, Leonov, Pilniak. Y, sobre todo, Boris Lavrenef e Iván Jiga.

Pieles, soldados, vodka. El afán febril de trabajo, de laboreo, de siembra. La nueva Rusia siembra hasta en avión. Aviones cargados de semillas vuelan y dejan caer sus granos sobre Siberia, hasta ayer estéril. Las "brigadas de choque" trabajan incansablemente en las usinas, en las fábricas, en los bosques. Millares de leñadores construyen sus barracas en la floresta y llenan inmensos depósitos de madera. Los tractores —en número de cien mil— facilitan y simplifican la obra. Centrales eléctricas brotan en todo el país. Denieprostroy es la más grande producción eléctrica del mundo. "La historia de la ingeniería —dice Knikerbocker— no cuenta por ahora con un caso en el que haya sido empleado tanto cemento, como Denieprostroy". La obra de fábrica de la central cuesta 220 millones de rublos. Allí trabajan diecisiete mil obreros y en torno de la obra se está construyendo una ciudad que debe extenderse hasta la isla de Hortiza y que debe tener después de cuatro años medio millón de habitantes. Fábricas de acero, de aluminio, de ladrillo y de cemento se construyen sin ce-

sar. La industria del papel y de la prensa florece, —el discurso de Stalin propugnando el cambio de línea en el Comité Central Comunista alcanzó la tirada de catorce millones de ejemplares, o sea el record mundial de edición—. Se planean grandes pozos de petróleo en Bakú. Se multiplica fabulosamente el comercio de pieles en la "Pouch nogostorg". Se acomete, en fin, el segundo plan quinquenal para la industrialización de Rusia.

Este es el anverso de la medalla soviética. El reverso es un gobierno fuerte, implacable, que representa a una ínfima minoría de la población —el Partido Comunista, más exactamente una fracción del partido, pues la otra es trotszkista—, apoyado en organizaciones de disciplina que se puede llamar militar.

La pobreza de los individuos es extraordinaria. Sólo el Estado acumula riqueza y se fortalece. La cultura se vuelve unilateral. Escasean los teóricos que conozcan el proceso del desarrollo económico del resto del mundo y se envían directivas erradas a los partidos afiliados a la Internacional, promoviendo una corriente anti-intelectualista en las clases obreras y sacrificando a los mejores militantes en absurdas tentativas.

Cuando el proletariado universal y los intelectuales entraron en grandes masas en las filas del Comunismo, fué en la época de la "Liquidación del

Analalfabetismo", del Ejército Rojo, de la implantación de los Konsomol o juventudes comunistas, de la fundación de la Armada del Arte, de la adopción de la arquitectura futurista y de la creación del teatro soviético. Había élan constructor y genuinamente revolucionario. El actual Gobierno de Rusia opera dentro de la revolución en una forma poco menos que burguesa: en la forma que obraría el Gobierno de cualquier estado capitalista, ansioso de reconstrucción y hegemonía. Imita los esfuerzos fabriles e industriales de los Estados Unidos. Empieza a fabricar en serie y a forzar la producción hasta el delirio. Con la obsesión del plan quinquenal, construye usinas gigantes, inmensas redes eléctricas para el transporte de los productos, enrolando muchedumbres enteras en verdaderos trabajos forzados. Se puede decir que toda Rusia vive en una tensión perpetua, en un ritmo febril. Hay que reconocer, sin embargo, que ese incomparable esfuerzo no se realiza para el enriquecimiento individual sino para el provecho colectivo. Los obreros de los países burgueses trabajan hasta diez horas diarias para crearse una situación propia y para utilidad del capitalismo particular. Los obreros de las brigadas de choque en Rusia —espoleados por la emulación, sabiamente despertada por los dirigentes— trabajan un tiempo semejante para provecho del Capitalismo esta-

tal, alimentados por la esperanza de originar la revolución social en el mundo. Mientras tanto, aquí y allá, ninguna plaza para el espíritu, ningún bienestar para el miserable. El mismo esfuerzo, la misma opresión al servicio de distinto Mito.

Pielles, soldados, vodka. Perfil de un país primitivo que sale de la oscuridad y se debate en la luz. Orgullo de una raza que quiere construir en diez años el progreso —la vida industrial— que Europa ha construido en varios siglos. Impulso desbordado. Desprecio de la vida presente y amor exaltado a la vida futura de la humanidad. Nuevo idealismo. Nuevo trascendentalismo. Nueva religiosidad consistente en el esfuerzo común y el común sacrificio por el advenimiento de una era mejor. Y el Hombre Interior derrotado por el Hombre Económico, por el hombre-cifra en una civilización de hormiguero. Nueva York y Moscú van a marchas forzadas, por distintos caminos, hacia la Sociedad Colectivista. Con todo, la U. R. S. S. significa el más categórico ensayo, realizado hasta la fecha, de implantación de nuevas doctrinas económicas, de nuevas formas de vida social. Es un símbolo y una esperanza para todas las avanzadas de este siglo. También es el movimiento más acelerado —con resonar de hierro y violento chisporroteo de fragua— que se ha visto en la historia política del mundo.

*meditación
sobre
el
mediterráneo*

El mar acumulando sin cesar —superponiendo— sus volúmenes líquidos, es una lección de mutabilidad, de eterno cambio. Todo desaparece, vuelve a ser y torna a morir, en un círculo sin fin. La luz sobre las aguas es un continuo espejismo, un inestable resplandor. Aquí, en el Mediterráneo —“cementerio marino” de pueblos, civilizaciones y culturas— suena bien el lamento del moderno Parménides, angustiado por el perpetuo devenir. Un barco de vela —imagen de la vida humana— corre zozobrante sobre las aguas. Los pescadores cantan con sus voces llenas de sol italiano, ajenos al peligro. Nos vienen a la memoria los densos exámetros de Valery —el nuevo Parménides de

Cette— que canta al gran mar de piel de pantera, “inmenso poder salado, hidra absoluta que se disuelve en un tumulto, símil del silencio”.

En la costa de Italia —Génova, Viareggio, Livorno, Nápoles, Palermo— el Mediterráneo es azul, espeso, con reflejos metálicos. A lo largo de la Ribera de Liguria se recuestan las pequeñas aldeas de pescadores, los pueblecitos gozosos donde engorda la uva: Bordighera, Alassio, Santa Margherita, Rapallo. Y, sobre todo, Lerici y Porto Venere, donde se oye vagar en la soledad neumática y numerosa las sombras de Shelley y de Lord Byron. Baja aquí “la diáfana justicia de la luz, la de armas implacables” y se aclara el espíritu y el pensamiento dá flor bajo la tersa campana de la frente. La temperatura sumerge al cuerpo en un baño de delicia. La tierra es rica en jugos y en plantas y en esa otra inmensa vegetación histórica de los monumentos. Sin embargo, el hombre no es feliz, porque ha quitado sus ojos de la naturaleza y los ha puesto en las ruinas. O sea, porque vive con la cabeza vuelta hacia el pasado. La grandeza de la romanidad, la estatura heroica de sus muertos, el aliento de tumba que se escapa de las épocas antiguas, el eco luminoso de una gloria extinguida y lejana, le hacen olvidar el camino del futuro, el sentido creador de la existencia. El italiano actual vive como en un deslumbramiento.

En una cegadora luz de puesta de sol. En el penúltimo resplandor de la cultura occidental.

Hace algunos años, Italia empezaba a llenarse de resonancias universales. En granjas y caminos se cantaba a veces la “Internacional”. Los campesinos se organizaban en sindicatos. Los socialistas revolucionarios tenían la mayoría en los municipios y en las fábricas. El viento de la renovación soplaban tan fuerte que esparcía el polvo de las ruinas, hasta el extremo de que ciertos hombres se llenaron de pavor y fueron a pedir consejo a las armas. Los inválidos de la guerra —miembros del Trincerismo— y los conservadores —despojos del viejo Partido nacionalista de Corradine— se unieron con los agricultores ricos y los patronos y formaron los “fascios” o gavillas armadas. Todo por la conservación de las viejas instituciones, de los dioses nacionales, de las ruinas itálicas, del cesarismo y la romanidad.

Mussolini —antiguo vagabundo, maestro de escuela, albañil, soldado y periodista en “El Porvenir del Trabajador”— comprendió que podía ser el jefe de ese batallón acéfalo. Y comenzó su campaña de exaltación de los mitos italianos. “La sangre es la rueda que mueve la Historia”, escribió. Y, con Italo Balbo, el frente de las legiones armadas, marchó sobre Roma. La monarquía, débil e irresoluta, le abrió las puertas del Capitolio. El

Fascismo quedó así dueño del Poder y los "camisas negras" se lanzaron sobre los vencidos como los soldados de Sila. El Foro, la Columna de Trajano, las Termas, vieron pasar las mismas sombras seculares. Los mismos episodios como cuando la caída de los Gracos. El nuevo caudillo y sus pretorianos instauraron el terror blanco, la justicia del hacha.

Todas las ciudades de Europa vieron llegar a los emigrados italianos. Nitti murió en su destierro de París. Guillermo Ferrero envejece en Ginebra. Cien más fueron perseguidos o ejecutados. Un boletín internacional, "La Defense des Victimes Politiques", denunció al mundo las crueidades del nuevo régimen.

Mientras tanto, Mussolini proyecta su sombra sobre las escuelas y forma regimientos enteros de "balillas" o niños fascistas. La cultura toda se pone al servicio del Fascismo. Hay una ciencia unilateral. El movimiento literario es tendencioso y constituye el mayor soporte del régimen. Desde Giovanni Papini hasta Bacchelli (autor de "Spartaco") todos los escritores jóvenes militan en el partido del Duce. El Futurismo íntegro —con PalaZZeschi, Buzzi, Conrado Govoni, Luciano FolgoRe— forma en las legiones a cambio de recompensas y honores académicos. (Marinetti es miembro de la Academia Fascista). Los poetas "crepuscu-

lares" y el "Grupo de la Ronda" se han contagiado también del espíritu reinante. Hay un poeta oficial del Estado fascista: Giuseppe Ungaretti, el extraordinario evocador de "Il Porto Sepolto" y "Allegria di Naufraghi". Un crítico oficial del régimen: G. A. Borges, el de "Tempo di Edificare". Y un teórico del Fascismo, Curzio Malaparte, tan conocido en el mundo de habla castellana por su "Teoría del Golpe de Estado".

Ninguna libertad para el pensamiento escrito. Imposibilidad de la propaganda que no sea oficial. Espionaje extendido por todo el país como una red espesa. La clase obrera vigilada como en una inmensa cárcel. Organización de sindicatos oficiales con patronos y policías. Exaltación de la obediencia y del servilismo. Militarización del país, compra y fabricación de armamentos en grande escala (La denuncia: "Italia es un polvorín en el corazón de Europa", ha hecho abrir los ojos a las grandes potencias). La creación de una casta burocrática, de un funcionarismo todopoderoso. Y tan sólo un intento de organización colectivista: "L'Opera National di Dopolavoro".

Un buen día, un joven escritor de corazón abnegado y de universal cultura, tratando de escapar a la irremediable asfixia espiritual entre las cuatro vallas militares de la Italia fascista —prisión común— escribe e imprime con sus propias manos

un manifiesto político que es un verdadero llamado a la juventud de su país para que se apreste a dar la batalla a un régimen esclavizador de conciencias. El joven escritor se embarca en un avión, con algunos ejemplares de su manifiesto, y vuela sobre Roma dejando caer las hojas impresas como un pentecostés de blancura —un nuevo pentecostés revolucionario—, sobre la ciudad. Las gentes reciben con sorpresa ese mensaje de lo alto, leen, comentan el texto, y al fin un rumor inmenso anuncia que el león multitudinario despierta. Mas los pretorianos, lebreles del Duce, no duermen; y una flotilla de aviones —terceto de acero— sale a la caza del gerifalte audaz. Espirales, giros, figuras de una celeste geometría, describe el avión fantasma sobre los pórticos y las columnas, y al fin se hunde en el aire de miel del Mediterráneo. Largo vuelo sobre bloques azules, sobre espumas. De pronto, el motor falla, cesa el impulso, y el ave de acero desciende a sepultarse en las olas. El Hombre Libre descansa para siempre en el “cementerio marino”. Un magnífico documento humano, un verdadero testamento para los hombres de su generación ha dejado el nuevo héroe italiano: “HISTORIA DE MI MUERTE”.

Muerte que el mar latino ha elevado a la categoría de la más excelsa vida, a la categoría del símbolo, o mejor de una lección de libertad.

Todo desaparece, vuelve a ser y torna a morir, aquí en el Mediterráneo, donde “el tiempo es resplandor y el sueño ciencia”.

1933

*Juan
Montalvo
y
yo
en
París*

*Juan
Montalvo
y
yo
en
parís*

Cielo de mirada llorosa. El otoño moteaba el aire con sus plumillas de nieve. Don Juan sacudía de vez en cuando su negro vestido o se destocabía gallardamente del sombrero de copa y hacía volar a capirotazos los copos aconstelados. Torcimos por la calle de San Honorato y entramos en casa de Voisin, escoltada de espejos y relumbrante de cristalería. Luego, sentados ante una mesa cubierta de mantel albísimo, mi señor don Juan sorbió una media docena de ostras y dió cuenta de una chuleta de cordero, truchas y legumbres verdes.

—¿Truchas, maestro? le pregunté un poco asombrado.

—Y de las buenas, que son gloria del paladar, me contestó.

—Por ahí me dijeron que era usted muy sobrio.
—¿Quién lo duda? Se puede comer hígado de ganso o uvas tesalianas, como Platón, sobriamente. Hay que huir de la hartura que hace morir esa gran maravilla que es el deseo. Y ahora venga un camembert "maduro".

El vino ahí se quedó intocado, porque tanto el maestro como yo preferíamos las libaciones de agua, que nos traían la memoria de nuestra meseta andina. (Agua del Ambato con gusto de durazno y agua de mi Machángara natal con olor de hierba nueva). De sobremesa, sólo unos minutos, porque don Juan quería caminar un poco, a pesar de que el film inmaculado de la nieve pasaba de cielo a tierra sin descanso. En sus viajes por Alemania e Inglaterra, el maestro se había acostumbrado ya a la caricia refrescante de los volanderos copos, y la estación no hacía mella en su ánimo. Cubrió nuevamente los negros anillos de su pelo con la romántica chistera, le ayudé a ponerse su abrigo señorial y salimos por esas calles. Andando, la noción del tiempo huyó de nuestra mente y París se nos ofreció a la vista en una sucesión interminable de mágicas estampas. Nos metimos por entre los tilos canos del Luxemburgo y meditamos ante la fuente de Médicis y nos vimos rodeados de blancas estatuas y escuchamos entre las hojas misteriosos suspiros. De pronto cesó de caer

la nieve y el sol resplandeció en un bloque de nubes como una pepa de oro en el cuarzo.

—Mire, le dije señalando las vidrieras del palacio, lavadas por la luz.

—Se diría que están "como embebidas de ópalo", me respondió don Juan.

Del Luxemburgo, dimos un salto a los Grandes Boulevares, cauce de una activa multitud. Hombres borrosos y mujeres elegantes y hermosísimas pasaban a nuestra vera. Don Juan dejó escapar un suspiro —Flora, Laida von Krelin, Lucrecia, Catalina, Aifosa? ¿Cuál de estas amables sombras hacía gemir ese corazón bajo su planta?— Yo no quise preguntarle nada a fuer de discreto, aunque sabía algo de sus cuitas de amor y de su felicidad y tortura de padre que no quería dejar a su hijo en tierra francesa.

Seguimos por el Boulevard de la Madeleine y pasamos por la Opera. (Me acuerdo todavía de mi emocionada visita a la oficina de los "GRANDS JOURNEAUX LATINS-AMERICAINES" a donde fuí a ver al poeta César Vallejo). La fachada del edificio de la Opera nos cerró el paso con su mole inmensa.

—Aquí conocí a Doña Eugenia, Emperatriz de Francia, dijo don Juan Montalvo.

Boulevard de las Hijas del Calvario. Jardín de Aclimatación. Puerta de Neuilly. He aquí la vieja

encina en cuya corteza, en otro tiempo, los enamorados grababan nombres y fechas. Dulce alameda de la Puerta Maillot donde las hojas en tropel van prendidas a la clámide resonante del viento. Entre los árboles, el lago de las patinadoras. El maestro vió allí en otra estación a las muchachas de París, calzadas de alados patines, describir figuras geométricas sobre la página cándida de la nieve.

Un silencio manso caía de los árboles y se iba entrando por los canales del alma, como un mar de lágrimas secretas, amenazando hacer naufragar el corazón, la vida misma. En ese trance me tocó a mí la de suspirar y don Juan, mirándome a los ojos, dijo:

—“La nostalgia es una horrible enfermedad y a ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas”. Tu pena es la mía, hijo. Años lejos de la patria, por no ver la ruindad, el estado lastimoso a que la han llevado los malos gobiernos. El des tierra voluntario, antes que dejar que se contamine el alma de esa peste de vileza que se ha enseñoreado del Ecuador. Ellos, los irredentos, lanzarán su vaho de insultos sobre nuestra palabra, espejo de verdad, y tratarán en vano de echar polvo de olvido sobre nosotros. Al fin, nuestras estocadas de luz acabarán con la tiniebla. Espera y confía que yo también supe confiar y esperar. Borrero,

Veintimilla, García Moreno, el obispo Ordóñez, eran enemigos poderosos; pero a la postre los hicieron entrar a empellones en la Historia con una marca de fuego en la frente. Yo tuve mi “noche del huerto de los olivos” en Ipiales, las estaciones de mi calvario fueron los puertos y ciudades de Europa; mas me considero feliz con haber merecido una sonrisa de la patria.

Le escuchaba en silencio, caminando a su lado. Parcía crecer hasta los tejados su excelsa estatura. Su voz me venía como del cielo y sus ojos negros me guíaban con un resplandor de eternidad.

La noche iba entrando y apenas entrevimos, al pasar, entre sombras azules, la Puerta Delfina y el Arco de la Estrella, plantado como un gigantesco imán hacia el cual se precipitaban, en ríos presurosos, hombres y vehículos.

—La lección que quiero darte, prosiguió el Maestro, es una lección de soledad, de constancia, de rectitud moral y fidelidad a las ideas. De rebeldía y resistencia al sufrimiento. La soledad en sus mágicas retortas sublima nuestro dolor, en sus alambiques destila nuestro concepto del mundo y engrandece nuestro espíritu con su maravillosa alquimia. Te aconsejo el trato de la soledad porque ella hará madurar tu inteligencia y te señalará los ocultos senderos interiores, mientras llega la hora de la acción.

—Está bien, le contesté. Soledad, ilustración, rebeldía, rectitud..... ¿Y el genio, mi señor don Juan, y el genio?

Miré hacia mi derecha y no vi sino la noche donde se había fundido su negra vestidura. Una puerta sonó en la sombra. Las casas, en doble hilera, con los fusiles de sus chimeneas, iban a prender a un reverbero lejano. Me encontraba en la calle Logelbach, paradero de don Juan Montalvo durante su estada en París.

* * *

Todo esto había sido visto con los ojos de la mente, al terminar la lectura del "ESPECTADOR" montalvino. La sugerión que la obra del grande hombre ejerce sobre nuestro espíritu es inmensa. Nos auxilia y nos conforta. Fué Montalvo ciudadano del mundo, "a caballo sobre la geografía" como dice Alfonso Reyes hablando de Groussac. Hombre libre, amigo de todos los hombres libres de la tierra, ejercitó sus limpias armas en defensa de generosos ideales humanos. Mente audaz y elevada, se propuso igualar y poner segundas partes a las obras maestras de la literatura universal: el Quijote, Childe Harold, Don Juan Tenorio. Viajero cosmopolita, vió todo lo que había

que ver con ojos antiguos y la mente lastrada de Historia. Conoció Francia, Alemania, España, Italia, Inglaterra y Grecia y purificó su espíritu en las aguas de las culturas pasadas y presentes.

Juan Montalvo llegó a Europa en la época del duelo de espada y en los comienzos de la lucha de clases. Postrimerías del romanticismo. Chistera y suicidio de amor a lo Larra. En la plaza de la Concordia fué casi atropellado el hombre libre por el caballo de un guardia, en el curso de una manifestación popular. De ese episodio guardó siempre una imagen coloreada de violencia. Tenía gustos aristocráticos y era, dicen sus contemporáneos, presumido en el vestir. No conoció el reverso de Europa, la fisonomía pobre de Europa desde un vagón de tercera clase. No realizó trabajos manuales por el pan de cada día, como lo hemos hecho quienes vivimos en medio del proletariado. Fué un hombre contemplativo, la flor de nuestra clase media, que no tuvo que remar en la dura galera del trabajo, y que tenía, eso sí, un gran amor a los humildes. Su alerta y su grito en defensa de los indios, todavía no encuentran eco de igual magnitud en nuestro rapado e infeliz agro. Una chispa indígena había en su manera de escribir: el gusto del primor, el amor de la ornamental. Sin embargo, por su prosa, es el primer escritor

español del siglo XIX. A Larra y a Juan Valera —con quienes se le puede comparar— les supera en conocimiento de las humanidades clásicas y en laicismo.

“Siento nostalgias de mitimae” escribió una vez Don Juan Montalvo en el destierro. Y ese mismo sentimiento de aborigen arrancado del suelo natal, es el que me aprieta ahora la garganta, mientras ordeno estas líneas sobre el papel, cerca de esta ventana por donde se ve un cielo gris, horadado de chimeneas y una muchedumbre de casas agrupadas sin la gracia de esos puñados de casucas sencillas que se encuentran por toda la anchura de nuestra Sierra, en medio de vastas extensiones inquietas que aguardan la cirujía georgica del arado para dar a luz.

peregrinaje
a
medan

otra

vez

Zola

A comienzos del otoño, eclesiastés del tiempo, en que la tierra se despoja de su oropel vegetal y aparece con su dibujo real y escueto el mundo, los amigos internacionales de Zola han querido nuevamente tomar el camino de Medan y visitar la casa de estilo barroco, el jardín anciano, los objetos familiares, caros al Maestro. Entre los árboles —cuyas hojas intentan una conversión religiosa al polvo—, se han agrupado dos centenares de hombres, envueltos en una luz inocente de domingo. Ha caído un chaparrón matinal, y el buen olor de la tierra mojada es el saludo de Zola a sus numerosos huéspedes.

Otra vez, vuelve a conmover a las juventudes laicas y republicanas el pensamiento emancipador del Amigo de la Multitud, el novelador de las ciudades —Lourdes, Roma, París—, y el defensor exaltado de la tierra, los pobres y el trabajo. Se recuerda la

labor misionera del Maestro, su madurez apostólica y su vida militante en la casita aquella de la Rue de Bruxelles, donde acudían los jóvenes de su tiempo a recibir la lección germinal y las enseñanzas de la paz. Se le pinta atormentado por el deseo violento de la justicia, interviniendo fraternalmente en el gozo y la amargura de los hombres y lastimando su dedo acusador contra los causantes del malestar del mundo. Se le ve plantado en el terrón francés, extendiendo sus brazos hacia los Continentes más nuevos, en una actitud como de abrazar a la humanidad entera.

M. Takebayashi, escritor y filósofo japonés, trae el saludo del Asia abuela al padre de FECUNDIDAD, y en ese saludo se siente como un afanar de pueblos y un rumor de arados y se adivina el mensaje de un grupo de humanidad que trabaja y sufre, atado a la gleba amarilla. La universalidad del Maestro ha congregado, bajo estos "árboles sapientes del Paradou", hombres de diversas direcciones del espíritu y la geografía; pero nivelados por el común denominador del pensamiento social.

A la luz de un ciclo de domingo donde se anuncia un temporal próximo, las izquierdas literarias han pronunciado su palabra de orden: "Con Zola o con nadie: la fraternidad o la muerte". (1)

(1) Discurso de M. Emmanuel Berl.

*transguerra
y
reacción*

Los pasados otoños, la memoria del Maestro ha logrado una adhesión más numerosa. Han venido de los cuatro vientos miles de peregrinos a conocer el sillón de cuero de Córdoba donde trabajaba el autor de LOS ROUGON MACQUART. Esta escasez de ahora es un reflejo de la reacción que se ha enseñoreado de la Francia de la Transguerra. Los rumbos del pensamiento popular son hacia el arraigamiento, la superstición y el belicismo. No es posible amar a Zola cuando se tiene empleado el espíritu en el comercio y el corazón inundado de malquerencia al hombre extranjero.

Desde la Normandía hasta el mar latino soplan aires de xenofobia. Francia pierde su carácter hos-

pitalario. La extranjería no despierta sino el deseo de lucro. La desconfianza en los otros y la certidumbre de su propia superioridad han ganado a la postre el corazón francés que, antes de la aventura bélica de hace quince años, estaba abierto a los cuatro puntos del planeta.

El hombre permanece adherido al país como el marisco: no le tienta el azar del navegante ni la empresa del colonizador. Conservar el palmo de tierra donde asienta sus pies y seguir el oficio de los padres, sin separarse una línea de lo que ellos hicieron y pensaron, es el objeto de su vida. Luego exprimirá el olivo o la vaca, el pequeño negocio o la industria lamentable y, hurtando el pan a los hijos, llevará diariamente su alimento a la hucha. Se diría que la biblia de la Francia actual es "El ahorro" de Samuel Smiles.

La sociedad retrocede con espanto ante la multiplicación de la especie, tal como la acostumbraba pintar Zola, entre aire sano y tierra del surco; mas eso no la impide hacer del amor una de las profesiones liberales. Nianá, "la mosca de oro", renueva diariamente su liviana tarea en las mansiones de la alta burguesía y en las moradas de los pobres. Nutrida de la ciencia del buen vivir, ella encarna el espíritu de esta Edad económica y, sobre todo, de un pueblo donde la Iglesia y el museo

se han convertido en industrias lucrativas y que ha levantado la torre más alta del mundo: la Tour Citroen. (1)

¿Pueden mirar de frente, los vencedores de la última guerra, la luz cruda de *LA DEBACLE*? La obra total de Zola es un alegato contra la aventura bélica y una acusación, desde el otro lado del tiempo, del actual afán homicida, del adiestramiento en el arte de matar. La Francia de hoy hace centinela, envuelta en su capote sombrío, en la trinchera del Rhur. Muy pocos son los corazones que laten por la fraternidad de los hombres y las industrias pacíficas.

(1) Nombre que se le ha dado últimamente a la Torre Eiffel por hallarse cubierta con un gran anuncio luminoso de automóviles de esa marca.

en su oficina. Tendrá que convencer a los amigos y
admiradores de que la literatura indiana es
el elemento y no un elemento en una civilización
en que nació una cultura de aquella y que
el que se interesa en la cultura y civilización no
debe tener miedo de perderse en su cultura.
También se dice que el que se interesa en la
literatura de la India no debe perderse en la
literatura de la India.

la tribuna

Con su frente recortada en golfo y su barba larga
como península de nieve, M. Ferdinand Harold es
un superviviente de la vieja guardia literaria del
siglo pasado. Conocedor de todos los itinerarios
del espíritu, ha hallado sin dificultad la ruta de las
generaciones más nuevas y se ha incorporado a su
aventura intelectual. En otro tiempo, subió a la torre
orgullosa del simbolismo; pero conservó siem-
pre tendida una escala hacia la multitud, es decir
no perdió su contacto con el mundo. Hizo frecuen-
tes salidas, encendiendo su luz orientadora en las
agitaciones políticas y sociales. Escribió su Exilio
de Harini con evocaciones de la epopeya sánscrita;
mas su corazón estaba ya perdido de amor por la
muchedumbre, y le fué forzoso regresar a ella.

Ahora está M. Fardinand Harold, Presidente de

"La Liga de los Derechos del Hombre", de pie en el jardín de Zola, evocando al Maestro, incansable combatiente por un mundo mejor, y rindiendo homenaje a Madame Severine, cuya palabra fué luz de los humildes y refugio de los perseguidos por la justicia. Severine murió en los comienzos del año y con su voz traspasada de caridad se apaga uno de los últimos ecos de Zola en nuestros días.

M. Harold dominó desde su juventud las lenguas antiguas, necesarias al comercio con los Clásicos; y es con palabra vecina de la forma perfecta que nos presenta a Zola dirigiendo la batalla por la libertad desde LA TRIBUNA de Pelletan. Venturoso tiempo fué aquel en que los débiles hallaron defensor, la tierra cantor enamorado, los trabajadores sencillo camarada, y sin igual intérprete los hombres sitibundos de justicia. "Emancipador y pacifista", Zola dirigió su sueño patriarcal hacia las colonias, donde no se escucharía sino el mandato de los surcos, donde crecería el árbol de la abundancia y donde la humanidad sería una sola familia.

En la luz inocente del domingo, se han vuelto a repetir las palabras del Maestro: "Si yo viera a mi hijo con un fusil entre las manos, le llevaría de la oreja a la escuela, diciéndole: 'Trabaja, pequeño miserable! A tu edad se aprende a vivir y no a matar'".

**temporal
sobre
el
mundo**

Saludado por la primera metralla de la lluvia, M. Emmanuel Berl lee su condena del pensamiento burgués. Las aguas, atacando en escuadrones cerrados, limpian de manifestantes el jardín de Zola. Hácese menester subir al comedor del Maestro y refugiarse entre sus objetos queridos. Afuera, sacude su gran bandera el temporal como un trasunto del otro, del auténtico, que comienza ya a soplar en Occidente y que sigue amontonando nubes sobre el mundo.

"Muerte de Zola, muerte de Jaurés —dice Berl—; nuestras infancias y nuestras adolescencias están comprendidas entre estas dos masas de sombra. El uno en literatura, el otro en política, son los dos últimos representantes del pueblo.

La novela ha cesado de cumplir una de sus tareas principales que es la de contener una especie de **DIARIO DE ABORDO DE LA SOCIEDAD**. Todos quieren escribir obras maestras y pintar el hombre eterno. Sólo que, casi siempre, no es precisamente una obra maestra aquello que nos dá a leer el autor. Lo que se nos presenta es una humanidad de convención —libros procedentes de otros libros y no de la experiencia— o también una humanidad de excepción: el burgués convertido buscando sus itinerarios de huída. De ahí esa desesperanza, ese deseo de évasión que constituyen generalmente el fondo del escritor moderno.

Y, al rededor de nosotros, sentimos esta hambre del pueblo que nos interroga sin que podamos responderla, que nos aprieta sin que podamos satisfacerla, que reclama una justificación de su pena sin que podamos darla. Se diría que las usinas gigantes determinan una zona de silencio de la cual el obrero no puede ya nunca salir y donde el intelectual no puede jamás entrar.... Si la organización económica y social del mundo moderno vuelve imposible el contacto del intelectual y del pueblo, es que esta organización ha cesado de ser tolerable y una revolución debe intervenir".

*meditación
sobre
Zola*

La entraña misma de la obra zolesca es el sentimiento de solidaridad con el mundo. El Maestro baja del mirador solitario del esteta a ponerse en contacto con la humanidad. Inaugura una especie de "literatura colectivista" en los tiempos más intransigentes del simbolismo. El Simbolismo es la escuela individualista por excelencia; el naturalismo, por el contrario, está animado de un espíritu social. La discusión entre estas dos tendencias continúa aún en nuestros días interesando a todos los trabajadores del pensamiento.

Hasta ahora, la victoria ha sido del simbolismo, auspiciado por un "estado de cosas individualista". Con diversas etiquetas, el simbolismo ha logrado penetrar en la corriente de la inquietud humana, desplazando a los intelectuales jóvenes hacia la derecha, parapetada anacrónicamente en su usada

fórmula del "arte por el arte". El fantasma, el cubismo literario, el dadaísmo, el surrealismo, se han alejado de la humanidad para ir en busca del Inconsciente. El unanimismo y el simultaneísmo, en cambio, han introducido el sentimiento de la gravedad de la vida y han exaltado las masas, los grupos, las máquinas, los trabajos de los hombres, en una concepción cósmica de la existencia; mas su duración ha sido breve.

La admirable lección de Zola —lección de pasión y solidaridad— no puede ser comprendida por los actuales estetas y dilettantes, enfermos de egocentrismo, los barresianos "cómplices de Judet y de Drumont" y las vanguardias patrióticas de este costado de Europa. Sólo tres grandes escritores han recogido en Francia la herencia del Maestro: Romain Rolland, Henri Barbusse y Georges Duhamel. (1)

Parejo con su sentimiento de solidaridad con el mundo, era en Zola su amor ilimitado por la justicia. En los días en que el ánimo nacional estaba exaltado por la fanfarria bélica y en que la opinión pública, los jueces y los intelectuales habían condenado a un hombre a morir en la Isla del Diablo, el

(1) Y en este último tiempo, los escritores llamados "populistas".

Maestro tomó la defensa del desvalido, pidió la revisión de su causa y logró el despertar de los espíritus libres. Era el proceso Dreyfus que tanto apasionó al mundo y que descubrió la corrupción de la alta burocracia y del militarismo. Los partidos de la Monarquía y de la Iglesia, Alberto de Mun, los "boulangistas" —superficiales y ruidosos patriotas— clamaron contra Zola, como lo habían hecho contra Dreyfus. El Maestro fué procesado por el Tribunal del Sena y condenado a un año de prisión por su libro *YO ACUSO*, que era un llamamiento a la conciencia libre del mundo. Muy pocos estuvieron al lado de Zola; mas, entre ellos: Clemenceau, Anatole France, Jaurés.

Zola es también un poeta de la multitud y de la tierra. Su obra es como un gran registro donde se mezclan las voces de las plantas, de los animales y de los hombres. Lienzos murales donde se representan las labores agrícolas, el gesto que multiplica la especie, las costumbres de los hogares pobres, los episodios humildes del trabajo, son las novelas zolescas. Literatura del pueblo, ella fué para el pueblo y para la eternidad.

La derecha simbolista reconoció también, aunque tarde, la obra del Maestro. Hace pocos meses, una editorial de París ha publicado la Colección de Cartas inéditas de Mallarmé a Zola, curioso epis-

tolario en que el limpio esteta de L' AZUR expresa su admiración deslumbrada al pintor de la industria naciente y de los abigarrados conjuntos humanos.

Hasta nos parece que, en momentos, la fuerza creadora mallarmeana trata de ejercitarse en la materia sencilla, amada por Zola. Hojeando las CHANSONS BAS de Stéfane Mallarmé, encontramos un pequeño mundo, simple y humano, en todo distinto de las habituales aristocracias del simbolismo: "El Vidriero", "El Vendedor de Ajo y de Cebollas", "La Mujer del Obrero", "El Voceador de Periódicos".

Zola fué un exaltador de la "naciente aventura industrial", a la que dió un sentido patético. Puede decirse que en él se encuentra la semilla de la futura "literatura proletaria", cuyo advenimiento será seguro el día en que las clases trabajadoras reciban la misma ración de cultura que las otras clases, mejor capacitadas económicamente.

En esta hora del mundo, en que hasta los más pequeños pueblos no disimulan su afán por convertirse en potencias militares y en que todos los partidos alimentan un sueño común de destrucción, la vasta obra zolesca es una invitación a la paz y a la fraternidad de los hombres.

París, octubre de 1929.

*estampas
de
marsella*

la corniche

La Corniche es un largo corredor natural, una cornisa sobre el Mediterráneo. Un mirador hacia un paisaje elemental de aire, luz y agua. El aire multiplica sus vidrieras hasta el horizonte, ventanal mayor, límite y prisión diáfana de barcos de vela y remo. La luz tiene el color del aceite de olivas del Mediodía francés y ondula sobre el mar con untuosidades y reverberaciones súbitas. El pelotón de las aguas avanza y retrocede en constante ejercicio, dejando el suelo cribado de agujas líquidas.

Playa del Prado. Terrazas con sus mesitas bajo grandes parasoles, como un campo de setas. Balnearios. Dulces acantilados que lamen las lenguas saladas del mar. Bonneveine. La vieja capilla. Todo es aquí simple, inocente, como vestido de blanco. Unos obreros y unas mujeres pasan con sus cestos de merienda, camino de Madrague de Montredon.

En la Pointe Rouge, el mundo parece más transparente y más liviano. Mi bastón se hunde en el suelo y mis ojos se van sobre el mar. Aquí la vida no es sino un deslizamiento continuo: el aire sobre el agua, el agua sobre la arena, la arena sobre la roca. El tiempo sobre la inmensidad.

Innumerables bañistas se esfuerzan por colonizar las olas playeras. Niños y niñas juegan con el mar como con un abuelo, y es de ver la cana espuma humillarse tiernamente junto a las cabezas infantiles. Barcos tripulados por desnudos remeros corren sobre la pista acuática, con un rumor que es como un canto a la fuerza. Hombres encarnados y mujeres de piel de yodo —ya en pedestal de arena o ya a lomo de ola— se saturan de sol meridional y sal marina y reconstruyen el paisaje de un mundo atlético ya desaparecido.

Pero más me gusta el balneario sin nombre, el balneario sin nadie, donde el viento parece querer llevarse el paisaje, sujeto sólo por débiles amarras. Los silencios y los tumultos súbitos nos hacen temblar de emoción cósmica. La materia frágil nos habla de las cosas mudables y eternas. Y nuestra frente se arruga sin comprender, ante los pliegues continuamente renovados del mar indescifrable, del latino mar, ilustrado de luces antiguas y naves modernas.

*la
cannebiere*

El hombre del turbante rojo me abraza y me dice:

—Hombre, yo que lo creía en el Cairo!

—Dispense Ud.; pero no lo conozco.

—Si yo lo he visto la última vez en casa de Selim Ainí . . .

El hombre del turbante rojo y yo marchamos por la Cannebiere abajo. ¿Qué importa que no nos hayamos visto nunca si hay un anhelo mutuo de comprensión y de fraternidad? Pasan algunos turbantes azules. Bambolea sobre nosotros un momento el letrero de un café japonés, y miramos absortos su escritura pintada con idéntico cuidado que las pestanas artificiales. En el acuario de las vitrinas boquean el frac de cola de pescado o se retuerzan las anguilas multicolores de las corbatas.

—Aquí hablan árabe, dice el hombre del turbante rojo deteniéndose cerca de una de esas mesas, colocadas a la orilla de la calle, que son como el muestrario de todos los idiomas del mundo.

Pasan estudiantes asiáticos, barberos españoles y soldados negros con su risa eterna, pegada como una tarjeta blanca en la mitad del rostro.

—Este es Lintao, dice el hombre del turbante rojo presentándose a un estudiante anamita.

La Cannebiere sale del muelle mojada y fresca, y sube, sube en derechura hasta la Iglesia de los protestantes, atravesando entre los árboles de la alameda de Meillán. En la Iglesia parece agudizarse y convertirse en una flecha de 70 metros que hiebre hondamente el cielo. Desde el muelle hasta la Iglesia, andamos en una verdadera ascensión. Andamos indiferentes como el tiempo, mientras a nuestro lado circula en doble río presuroso la humanidad. Máquinas, hombres y animales pasan ciega e incesantemente hacia su destino. Andamos bajo el gran cielo, partido en dos por el venable sonoro de un avión. El hombre del turbante rojo, el estudiante anamita y yo nos detenemos. Sobre una puerta hay un letrero luminoso: "Hotel de las Razas".

el puerto

Cangrejos, ostras, erizos de mar. Aquí está amantonada por todas partes, sobre las mesas, la juguetería océanica. Porque el mar también tiene —¿por qué no?— sus juguetes. En estos pequeños erizos marinos guarda todos los alfileres de cabeza negra que ha logrado coger en los naufragios. Las ostras le sirven de estuche para sus piedrecillas, algunas veces preciosas. Lo que es el cangrejo está hecho de caucho elástico y recién mandado a pintar.

El mar resopla aquí cerca como vigilando sus cosas para que no las toque nadie. Hombres de cara amarilla, marinos, mujeres de pueblo, soldados de África, pasan echando miradas de codicia a las mesas bien surtidas del puerto y mirando con recelo al mar vigilante. Cuando el mar se quede

dormido, hacia el mediodía, la gente tomará por asalto los restaurantes porteños, en una verdadera sublevación de colores.

En las mesas hay frutas traídas desde los lejanos trópicos, rebanadas de pan color de sol, aceitunas verdes, de ese verde hermoso que resulta de mezclar el azul y el amarillo, pescados rojos, cristalería luminosa como el aire.

La gente devora sin descanso las cosas del mar. Pero el mar se venga cruelmente de los que le quitan sus juguetes. Sucede que, de pronto, un hombre tose con fuerza y se lleva el vaso desbordante a la boca con un extraño temblor: Es que ha sentido en su paladar alguno de los finos alambres que forman la armazón de la maquinaria marina o se le ha atravesado en la garganta uno de sus clavos, agudo como un alfiler.

*notre
dame
de
la
douane*

Jeannette sale a la ventana del albergue y mira hacia el camino por donde llegó cada tarde. Pequeños cuadrados de luz han ido brotando aquí y allá, en el campo. Cerca hay un bosquecillo, como una lluvia sólida sobre una colina, y algunos otros árboles están desperdigados junto a los bardales y las casas. Un tranvía amarillo me deja a pocos pasos del albergue cuyo nombre delata la vida sencilla y el candor rusticano: "Au Bien Etre de Notre Dame". Veo a ambos lados del camino las ventanas empañadas por la respiración de los que adentro fuman y beben. Jeannette baja corriendo las escaleras y me echa los brazos al cuello.

En el comedor del albergue, los parroquianos juegan a los naipes, al lado de una estufa que ronca apaciblemente. Sobre las mesas están las jarras de vino y, arrimadas a los bancos, las escopetas de los cazadores. Porque este es un pueblecito de cazadores de conejos, en los arrabales de Marsella.

El patrón—un hombre que hizo la guerra de los cuatro años (1914-1918) y que luego se alistó como voluntario en el ejército internacional reclutado contra la Rusia bolchevique — repite por centésima vez, con ademán tartarinesco, ante un grupo de obreritos boquiabiertos, sus aventuras en el país de las balalaikas y del vodka. Madama Ivrand apoya las palabras de su marido, con todo el peso de sus ochenta kilos de carne, mientras mide el vinazo o lava la vajilla. Decididamente, estamos en el reino de la mejor novela francesa, de la novela realista. Boule de Suif se ha convertido en la compañera inseparable del meridional y fanfarrón personaje de Daudet.

Jeannette y yo cenamos una ración de conejo y unas frutas. El señor y la señora Ivrand nos dan las buenas noches y subimos a nuestra habitación. Tras de la ventana vemos algunos tejados lejanos con su barrenita de humo perforando el cielo. El bosquecillo se aclara intermitentemente con los reflectores de algunos autos que pasan como estrellas fugaces. Escuchamos sin querer los jura-

mentos de los cazadores y las risas de los que juegan a la belotte en la planta baja. Un tranvía amarillo corre ruidosamente hacia Marsella, entre los ladridos de los perros, huyendo de la sombra pálida de Nuestra Señora de la Aduana.

*castillo
de
if*

Esta vez el Conde de Montecristo viaja en canoa automóvil. La pasajera de pelo negro quisiera ser Mercedes la Catalana. Fuere de broma — dice el del timón—, yo tengo la misma cara de Dumas padre.

¿Pero, a dónde vamos en esta oscuridad? Nos miramos inquietos adivinando la respuesta, leyendo en los ojos de los otros la respuesta, viendo asomar en el horizonte la respuesta: Al Castillo de If.

Este es un mar, la mitad de tinta china y la otra mitad de leche. Navegamos en lo negro con dirección a la franja blanca del confín. Envuelto en una sábana de luna, el castillo sale lentamente a nuestro encuentro.

Mi amigo el conde de Montecristo dice:

— Somos fantasmas navegando hacia la torre-fantasma.

Presos de la más delirante de las novelas, nos dirijimos hacia el Castillo de If. Inmóvil, sobre su montón de piedras seculares, el Castillo medita en su eternidad. El abate Faria, sentado al lado de la pasajera de pelo negro, deja caer distraído su muestrario de corbatas.

De pronto, nuestra canoa automóvil entra en la zona de lo blanco, deslizándose como sobre un telón de cine. Nos miramos las caras sorprendidos de estar allí todos juntos. No somos sino sombras proyectadas en la inmensidad por el endiablado cinematógrafo de la luna llena.

*un
marinero*

Los cables, las cadenas muerden el costado de la nave, las grúas se lamentan en medio de su febril ejercicio; pero él sigue escribiendo, indiferente al rumor de la vida que afuera discurre. Su cabina está llena de luz mediterránea, de olor marresco. Sobre la mesa se ve extendido un plano de Marsella, junto a un mapa de Oceanía, una esfera y una aguja de marear.

Los remolcadores, los bateles se abren paso ruidosamente sobre las aguas, con una palpitación de remos y de motores. Giran las lunas negras de las poleas. Los fardos hacen su travesía aérea desde el muelle hasta la bodega de los barcos de carga. Pero él sigue escribiendo, con ojos y oídos puestos en su mundo que gira entre su corazón, la brújula, el mapa y la luz. La mano de venas fir-

mes, obediente al dictado interior, va alineando sobre el cuadernillo de papel los caracteres de una escritura hecha como de algas y de líquenes marinos. Los ojos a veces se apartan de la tarea y suben hasta el redondo ventanillo por donde se ve el mar y dos barcas acostadas. El agua y el cielo afines se encandilan al poniente. El hombre que escribe, suspira. Es joven y viste el uniforme de la Marina Francesa.

Conoce todas las rutas de los barcos. Ha visto las islas Fidji y le ha quemado el rostro el sol de Suez. Ha hecho una "escalera ardiente" en Panamá y ha vagado varias noches, en compañía de su pipa, por las calles de Sidney. Ha bebido anís, ron y café, navegando por el Océano Pacífico. Tiene todavía en los ojos la frescura matinal, paradisíaca de Uturoa y Papeari "hijas oceánicas del nácar y del coral". Ha contado los arrecifes de Queensland y ha desembarcado en el extraño país de la lana: Wooloomooloo.

La sirena de una fábrica tiembla en el aire, a lo lejos, y el marinero pára un momento de escribir y escucha. Llega hasta' él, de modo indistinto, el cuchicheo de las aguas de la Joliette en torno de la nave anclada. Ve mentalmente la Plaza de la Bolsa con sus árboles decapitados por una ordenanza municipal. La carrera Saint Louis. Los pequeños cafés marseleses. El Bar de la Casca-

da. Las casas viejas del puerto y las montañas azules al fondo. Marsella, en fin, Marsella la Desuada, Marsella, "depósito de aparatos y de sueños marinos".

La luz ha ido haciéndose delgada como un báculo. Entonces la mano se detiene sobre el papel. El ventanillo se vuelve cada vez más pálido y en medio de su pequeño círculo aparecen algunos puntos luminosos. Las estrellitas solitarias son como los asteriscos de Dios en medio de los grandes párrafos de las constelaciones y los mundos, y su insistente llamada convida a la lectura ininteligible y angustiosa del infinito. El marinero, cuyo nombre es Louis Brauquier, se queda con la mirada suspensa del ya oscuro ventanillo. Leamos, por encima de su hombro, el título del libro que está escribiendo: "EAU DOUCE POUR NAVIRES. (Poemas de Marseille, Panamá, Suez et Oceanie". (1)

(1)—Editions de la Nouvelle Revue Francaise.—1930.

*la
república
en
españa*

I

primavera civil

Con estas hojas recién nacidas de la nueva estación, que se asoman curiosas por todas partes en los troncos y en los tallos enternecidos de dulzura solar, han venido también las escarapelas y las banderitas tricolores, agitadas estas últimas como el mundo vegetal por un viento de exaltación y de revuelta.

Los ciudadanos de toda España han acudido a las elecciones, en una como pascua del civismo, y han cubierto las urnas con una floración de papeletas electorales. Triunfaron las izquierdas republicanas con el auxilio de la primavera española y de este buen sol que establece luminosas correspondencias con los hombres y las cosas. Los ganaderos y pescadores vascos, los hortelanos y fruteros valencianos, los mineros bilbaínos, los co-

merciantes catalanes, los campesinos del agro andaluz, han favorecido con su voto a los candidatos antidiinásticos. España entera se ha puesto en pie para manifestar por medio del sufragio su voluntad soberana.

Después del sábado electoral, ha venido el domingo de entusiasmo y de concentración de fuerzas. Alfonso de Borbón llama a palacio a los generales adictos y les ofrece la Dictadura. El almirante Aznar declina dignamente el ofrecimiento. El general Sanjurjo, jefe de esa célebre Guardia Civil, sucesora de la Santa Hermandad, que se ha acostumbrado a considerar como malhechores a todos los españoles, renuncia su cargo para no enfrentarse con el pueblo.

Mientras las altas personalidades de la Monarquía entran y salen del Palacio Real, la muchedumbre ocupa las calles y las plazas en dramática expectativa. Las figuras más eminentes del socialismo español, como Fernando de los Ríos, Largo Caballero y otros se han congregado en casa de Miguel Maura, en compañía de algunos ilustres perseguidos por el régimen como Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña, Presidente del Ateneo de Madrid. Indalecio Prieto y Marcelino Domingo han sido llamados del destierro. En torno de los próceres se encuentra también la agrupación "Al Servicio de la República", presidida por

tres maestros admirables: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.

El domingo por la noche, pasa resonando como un gran viento "la Marselesa" por algunas calles de Madrid. La multitud va creciendo hora tras hora. Una bandera tricolor se encoge y se estira sobre una cúpula, en una especie de gimnasia alegre. En el palacio hay un trajín inusitado, un ir y venir con objetos valiosos y reliquias antiguas, a los que se desplaza apresuradamente de sus sitios familiares para alojarlos al fondo de los baúles destinados a pasar la frontera con rumbo a Francia.

Lunes: Primer día de la República. Eibar, Barcelona y Zaragoza han proclamado el nuevo régimen. Un hombre venerable, con la cabeza blanca, agita una bandera tricolor en una ventana de la Gobernación, en Madrid. Es Alcalá Zamora. Lo saluda una salva de aplausos. Los guardias civiles se han envuelto en el brazo una banda de tela con los colores de la República. "La Marselesa" resuena de un lado a otro de España con una entonación que es oída en todos los países de la tierra.

Día y noche han desfilado hombres, mujeres y niños, en una verdadera fiesta cívica, por entre los árboles que parecen celebrar también su fiesta vegetal. Los estudiantes se abrazan con júbilo, pues ven en la naciente democracia la coronación feliz

de su obra. Fueron ellos, verdaderos orientadores y mártires, quienes proclamaron, los primeros, la Facultad de San Carlos "cantón republicano", en pleno régimen monárquico y en medio de la molicie y el recogimiento de las vísperas de la Semana Santa.

Tremolan las hojas recién nacidas. El aire limpio encauza las voces de los himnos. Todo es verde, juvenil, preparado para una nueva vida. En cada balcón se mece como una enhienda palma de tres colores la bandera de la España libre. De los campos llegan camiones cargados de gente que canta con la voz fresca de la gleba. Por el norte suena el himno de Riego El rey se ha ido.

*dos
retratos
de
soldados*

La República ha sido también la resurrección, en espíritu, del capitán Fermín Galán y del capitán Hernández. Los dos fusilados de Jaca asisten ahora, en efígie, a su jubileo y su apoteosis. Hacía falta la primera sangre, la "lección de sangre", para que la República fuera posible en España, y Galán y Hernández la vertieron gustosos sobre la tierra aragonesa.

Una mañana, por el camino aldeano de Ayerbe, marchaba un grupo de hombres con el fusil a la espalda, conversando alegremente entre el silencio acogedor de los campos. El sol arrancaba destellos como de cristal a las bayonetas. Iban estos hombres confiados al encuentro de la Guardia Ci-

vil de Huesca que se había comprometido con ellos para levantarse contra el régimen. Caballos y tricornios relucen a los lejos y se oye en efecto algunas vivas a la República. Mas, de pronto, resuenan los fusiles de los guardias y los sables caen sobre los cuerpos, describiendo curvas de luz. El grupo de hombres retrocede y envía sus parlamentarios. Los capitanes Galán y García Hernández son los encargados de cumplir esta misión ante las fuerzas del orden. Se reunen en consejo los jefes leales y condenan a los parlamentarios a ser pasados inmediatamente por las armas. Dos muertos quedaron sobre la hierba, con la cara vuelta hacia el lado de Francia, en un secreto afán de fuga; pero su mensaje caminó, caminó a través de toda España, hasta los lugares más recónditos, despertando la conciencia de los pueblos.

Jaca llenó la medida de la paciencia ciudadana. Ya no cabía en el pecho español tanto dolor. Sobraba en la península esa espada que había cortado dos vidas ejemplares. Vidas de estudio y de fervor, vidas creadoras que no tenían otro anhelo que aportar a la sociedad el regalo magnífico de sus ideas y el presente de su acción fecunda. "NUEVA CREACION" se llama el libro de Fermín Galán —libro digno de este tiempo—, cuyas páginas de justicia se han levantado en un vuelo alto sobre la huesa de Jaca y se han repartido en varias

direcciones por los cielos ibéricos. Muerto el hombre, ha empezado a vivir su libro.

Ahora aparecen los retratos de estos dos soldados ciudadanos, sobre la multitud, como callados símbolos, entre los emblemas y las banderas. Nos parecen más vivos que la mucherumbre borrosa que pasa sin cesar, pues se repiten, se multiplican y vuelven a aparecer ante nuestros ojos con su actitud eterna. Elllos son la personificación del ideal que surge, cae y otra vez se levanta irremediablemente y para siempre. Perteneцен a esa clase escogida de ejemplares humanos que orientan a la sociedad, la guían y la salvan.

Las efigies de los dos capitanes desfilan entre músicas heróicas. Son los nietos legítimos de aquel Cid que después de muerto ganó su última batalla. Muertos, derribaron un trono.

*la
segunda
república*

Nadie hubiera dicho que un hombre iba a subir desde la Cárcel Modelo de Madrid a la primera magistratura del Estado. Alcalá Zamora, procesado con otros políticos por el célebre Manifiesto revolucionario de diciembre, es el Presidente de la Segunda República Española. Ministros, son los jefes de las izquierdas: Marcelino Domingo, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Prieto. Embajadores de la República, los intelectuales: Américo de Castro, Pérez de Ayala, Alvarez del Vayo. La reconstrucción de España se inicia felizmente con estos hombres. Todo entra sin dificultad en el ritmo de la nueva vida. Sólo una interrogación se mantiene en el horizonte: Cataluña.

Cuando España aún tenía rey, el día 14 de abril

en las primeras horas de la tarde, varios hombres decididos ocuparon el Ayuntamiento de Barcelona y proclamaron la República Catalana. El animador de este movimiento fué Francisco Maciá. Se constituyó un Gobierno Provisional, bajo su presidencia y se lanzó un Manifiesto al pueblo. El escritor Ventura Gassol, Secretario del nuevo Gobierno, se prodigó en oraciones cívicas. Flameó el bicolor catalán al lado del tricolor español. El pensamiento del apóstol Maciá era provocar el levantamiento de las otras regiones de España y constituir luego una Confederación de pueblos ibéricos con vistas a ultramar. La realidad defraudó sus sueños. Galicia, Andalucía, Vizcaya no respondieron a su llamada. En Madrid se declaró con algún retraso cancelada la monarquía y aparecieron desde este momento coexistiendo dos Repúblicas, la Española y la Catalana.

Como en la Primera República, el Presidente ha venido a Barcelona a conferenciar con el Gobierno regional. Ha habido un abrazo espectacular de los dirigentes y se ha invocado el pacto de San Sebastián. Maciá ha cedido por el bien del país y ha convenido en volver a la histórica fórmula de la "Generalidad de Cataluña".

No hay ya dos Repúblicas coexistentes; pero el conflicto sigue en pie. De un lado, la Cataluña rica, anhelante de conseguir su autonomía política

y administrativa, y del otro lado la España pobre que se opone indirectamente a esa autonomía porque ve en ella la mutilación de su medio principal de subsistencia. Los municipios catalanes están elaborando un Estatuto autonomista para someterlo a la Constituyente. De su resolución depende la tranquilidad futura de España. La primera República se malogró por el problema catalán. Esperemos que la Segunda sea más afortunada.

*sentido
de
la
revolución
española*

Lo que da un verdadero sentido a la revolución española es la organización de los Partidos de izquierda en el momento de la toma del Poder y los primeros actos del Gobierno de la naciente República. La disciplina socialista ha influido en mucho en el movimiento ordenado del pueblo para la cancelación del régimen monárquico. Las clases obreras han controlado desde el primer momento la actividad de las ciudades y han llevado la dirección de las manifestaciones colectivas. Nada de motines callejeros ni de sucesos lamentables. Todo ha estado dispuesto con previsión y cordura. Ha sido desterrada casi por completo la

violencia. La exaltación romántica de la arenga y de la barricada ha quedado para la historia novedosa de los pasados tiempos. La política de hoy es un gran juego de masas con una táctica superior y un conocimiento profundo de los resortes vitales de la sociedad, que pueden ser paralizados en el momento necesario. En mi periplo de observación por Alemania y Francia, ya tuve ocasión de admirar la organización y disciplina de las clases proletarias, bajo la dirección de los partidos avanzados. Esta disciplina y esta organización han culminado ahora en España. La Revolución española ha enseñado al mundo sobre todo la posibilidad de un cambio social y político, valiéndose del control de todas las actividades en un instante determinado y prescindiendo de la revancha contra las clases derrotadas y del episodio sangriento.

Tres actos significativos ha realizado el nuevo régimen: La celebración de la Fiesta del Trabajo, el homenaje a Pablo Iglesias y el homenaje a Vandervelde. Al día siguiente de la proclamación de la República, toda la juventud se congregaba en la Puerta del Sol para rendir su tributo de admiración a la memoria del ilustre fundador del Partido Socialista español. Habló Macelino Domingo y los estudiantes llevaron a cabo algunas manifestaciones cívicas. Luego fué el homenaje a Van-

dervelde y el paro general en toda España el primer día de mayo.

El Senado francés ha enviado su saludo y su aplauso al Gobierno de la nueva República. Es verdad que los extremistas se han opuesto a ello, porque consideran al actual régimen español como un régimen burgués; pero los socialistas han mandado a través de los Pirineos su caluroso mensaje. Sea lo que fuere, la nueva República está en capacidad de realizar ensayos magníficos. El Gobierno está integrado por intelectuales de izquierda, el pueblo se encuentra bien disciplinado y con una organización obrera de las mejores de Europa occidental y la juventud se halla en un momento de tan singular entusiasmo reformador que impulsará a los Gobiernos a seguir adelante. Como una introducción a la obra, se ha abordado ya los tres problemas esenciales de la vida nacional: La Iglesia, el trabajo, la tierra.

Sopla un viento de temporal con dirección a Italia, amenazando echar por el suelo otra corona. El Occidente está en pie a lo largo del Mediterráneo hasta donde se divisan los haces de los Lictores. El pensamiento libre vuelve sus ojos esperanzados hacia la península ibérica. La Revolución española está en marcha.

Barcelona, abril de 1931.

*la
república
en
españa*

II

muchedumbres

La implantación de la República ha descubierto a los ojos del mundo un nuevo cuadro de la vida española. La pintura de tonos sombríos, como ejecutada en terciopelo señorial, a que nos tenía acostumbrados la España clerical y monárquica, ha sido sustituida por una verdadera pascua del color, en que se acusan fuertemente los matices civiles. En el cuadro de la vida actual hay que anotar sobre todo la aparición de la multitud. Ya no se puede personificar a España entera en una sola figura cubierta de vestiduras suntuosas — el rey Don Felipe, “todo de negro hasta los pies vestido” que dijo Manuel Machado, o el Caballero de la mano al pecho — sino que hay que representarla por medio de la muchedumbre en movimiento. Huelgas y levantamientos agrarios en Andalucía. Mítines en casi todas las grandes ciudades. Congreso del

Partido Socialista en Madrid. Homenaje a Joaquín Costa, el apóstol aragonés de la predica contra el latifundio. Campesinos en marcha hacia Sevilla. Movilización de la Guardia Civil y de la tropa y batalla gubernamental contra el sindicalismo. Episodios como para la historia de la revolución social en la puerta de la Macarena, en el barrio, de Triana y sobre las azoteas y tejados sevillanos.

La muchedumbre se ha colocado de lleno en el primer plano de la vida española, dando la impresión del despertar de un pueblo y de una raza. Todo lo que estaba callado, latiendo en silencio bajo la ceniza de una aparente indiferencia cívica, en el paréntesis de las dictaduras militares que precedieron al derrumbamiento de la monarquía, ha sido levantado por la Revolución, en virtud de una ley que podemos llamar de elasticidad social que hace que el movimiento de expansión de las masas sea mayor mientras más grande ha sido la presión de la mano que las oprimía. La multitud, sedienta de libertades por una privación de largos años, se ha puesto en marcha por los cuatro costados de España. Muchos hombres se han adjudicado el papel de conductores y de guías. Otros, que hasta ayer no concebían una cultura española democrática, se han adaptado miméticamente al nuevo orden de cosas. Figuras populares como la del aviador Franco o la del doctor Vallina han tratado de

servirse del dinamismo de las clases trabajadoras para subir al primer plano de la actualidad peninsular. Pero este es el hecho anecdotico. La realidad histórica es la muchedumbre española organizándose y poniéndose en marcha hacia su alto destino.

La actitud subversiva la hemos tenido en Sevilla y en Córdoba. Los cortijos andaluces como las isbas rusas guardan en estado latente la revolución. Los trabajadores de los campos viven en una indigencia y servidumbre tan sólo comparable a las de los indios de la América del Sur. El parentesco racial entre la madre Andalucía y las repúblicas hispanoamericanas se prolonga en el régimen de la tierra. El latifundio se come casi toda la provincia, impidiendo el cultivo intensivo y la pequeña propiedad. Esto ha hecho que el proletariado andaluz, esperanzado por el advenimiento de la República, se haya decidido a levantarse sin retraso contra el régimen agrario que norma su propia subsistencia.

La actitud ordenada de la muchedumbre la hemos visto en Barcelona. El Plebiscito, convocado por el Gobierno de la Generalidad para votar el Estatuto Catalán, ha sido un alto ejemplo de ética social. Todos los habitantes de la región han concurrido disciplinariamente a expresar su voluntad de autonomía. Cataluña ha afirmado una vez más

su espíritu de solidaridad y cooperación interior. Las autoridades, las instituciones, los particulares, se han dado la mano en esta gran sardana política de la catalanidad. Siempre nos ha parecido la sardana — ronda de hombres y mujeres que giran cínicamente cogidos de las manos — la expresión más fiel del alma de Cataluña, cerrada a toda intrusión de afuera, celosa de conservar la armonía del círculo apretado que ha llegado a constituir a fuerza de ayuda mutua, y atenta solamente a su propio ritmo. La conciencia catalana se ha manifestado de modo unánime en torno de Maciá, "el primer patriota ibérico" como se le ha llamado en estos días. Las muchedumbres se han escalonado a lo largo de los caminos prorrumpiendo en un solo grito — ¡visca Maciá! ¡visca l'Estat Catalá! — hasta el corazón mismo de Madrid, a donde ha ido el Presidente de la Generalidad con el objeto de entregar al Gobierno central el pliego del Estatuto, en que está consignada la voluntad de su pueblo. A las cuatro direcciones de la península ha lanzado el apóstol estas significativas palabras, que son como la médula de la Revolución Española: "No habrá paz en el mundo si no hay un cambio completo en la organización social" "Nosotros queremos una vida nueva no sólo para Cataluña sino para toda España".

*las
cortes
constituyentes*

Nueva aparición de la muchedumbre: las Cortes Constituyentes de Madrid. Muchedumbre representativa de la otra, fracción la más activa del pensamiento español, colectividad disciplinada y consciente. Numerosos hombres sentados. Hombres de pie. Ondulación de cabezas curiosas en torno. Hombres que hablan. Ejercicios de la voz que va ascendiendo por la escala del tono hasta encontrarse con la cólera celeste de la campanilla. En lo más alto, el Presidente Besteiro. Las mareas, la pulsación mínima de la Cámara están controladas por el ademán severo de este hombre de perfil augusto y de sienes plateadas. Las ideas humanitarias y generosas — carbón ardiente — de su juventud, le han dejado estas cenizas de paz a la orilla

de la frente. Han pasado muchos años desde aquellas tentativas socialistas y huelgas memorables inspiradas por Julián Besteiro; mas el político sigue incommovible con su ideario. El tiempo le ha nutrido de experiencia y de cordura y le ha dado una actitud definitiva ante los problemas de su país y del mundo actual.

En los bancos se levantan Ossorio y Gallardo, Guerra del Río, Valle Inclán, Soriano, Gregorio Marañón, Luis de Zulueta. En un rincón medita José Díaz Fernández, el crítico sagaz de "EL NUEVO ROMANTICISMO". Una mujer dice cosas profundas. Es la doctora Clara Campoamor. En verdad, España es "la primera nación del mundo que incorpora a la mujer al Parlamento". José Ortega y Gasset, orador a la inglesa, habla con la densidad de pensamiento que le es habitual, de los posibles haces ibéricos. Comentan los jóvenes: "Indudablemente pudiera ser ésta la hora mediterránea de España y Ortega su profeta". (1) Mas los ojos del filósofo están puestos esta vez en una cosa terrena, la Presidencia de la República, y su palabra ya no inaugura nuevos horizontes. Tres voluntades más se tienden también, como lazos ambiciosos, al solio: Azaña, Lerroux, Sánchez Román.

(1) E. Giménez Caballero: "El Robinsón Literario".

Eduardo Ortega y Gasset, el compañero del solitario de Hendaya, echa a volar su pensamiento emancipado, sin vinculaciones con hombres ni doctrinas. Su liberalismo no es ciertamente el de Benjamín Constant, que perseguía el equilibrio de la sociedad; mas recoge todas esas voces oscuras, ese afán impreciso de renovación, que están balbuceando en la conciencia de la nueva España. Barriobero es la oposición. A Sevilla, la mártir, le ha nacido un defensor en este hombre sencillo y elocuente. El diputado pide cuentas de los obreros andaluces a quienes se ha aplicado la ley de fuga y de las viviendas de ciudadanos, cañoneadas por la tropa y la Guardia Civil. En una convención, Barriobero hubiera sido figura de primera fila. En las Cortes, su voz se abre paso lípidamente entre una selva de rumores adversos. La Cámara nombra una Comisión de Responsabilidades que estudie los sucesos de la huelga sevillana. Hay un revuelo en el banco azul, donde se sientan los hombres del Gobierno. El anacrónico Maura, que hubiera sido un buen ministro de la Monarquía, busca el apoyo de las derechas para justificar su política andaluza. Maura es el representante de las clases conservadoras de España que quisiera una República sin obreros, gobernada por la tradición y la espada.

Besteiro preside — como antaño las asambleas

del Partido Socialista — la batalla ideológica, el estallar, de lado y lado, del pensamiento feliz. Todos esos hombres, desde el religioso vasco hasta el sindicalista catalán, se esfuerzan en dar una constitución justa a una nación recién emancipada. El Proyecto Constitucional consulta la estructura federal de España, la reforma agraria y la separación de la Iglesia y el Estado. Operaba en silencio un fermento conservador en la Cámara; pero, sin embargo, ha triunfado la orientación laica en las nuevas tablas legislativas del país. La España clerical ha entrado en una frágica agonía. Con ella están en peligro de perecer todas esas ideologías, esas literaturas más o menos bellamente disfrazadas, que habían puesto en circulación en la península los "escritores loyolas" como los llama Xavier Abrial. Se deja ver por todas partes una especie de apresuramiento por incorporarse a la nueva vida. Despues de pocos años ya no reconoceremos a España en los retratos franceses de Merimée y de Barrés, ni siquiera en los de Henri de Montherlant, sino en los cuadros duros de Henri Beraud y Víctor Sergue. El carácter, la pronunciada fisonomía actual de la vida española están encarnados fielmente en ese obrero con los puños cerrados que cruza a través del libro de Sergue, titulado "NAIS SANGE DE NOTRE FORCE".

Como una respuesta a la afirmación general de

que "los curas gobiernan en España", aparece este Artículo de la nueva Constitución: "No existe religión del Estado. El Estado disolverá las asociaciones religiosas y nacionalizará sus bienes". Ha principiado un éxodo de hábitos hacia Italia y las acoyedoras Repúblicas de la América cristiana. Es verdad que el clero continúa siendo — como lo proclaman voces airadas por ahí — el principal accionista de los ferrocarriles españoles. Mas este resto de poder irá desapareciendo poco a poco del país, refugiándose tal vez en las Provincias Vascongadas, la Vendée de la España actual. Tres o cuatro reductos clericales quedarán apenas en el territorio de la nueva República, emplazados allí donde la religión se ha industrializado, haciéndose accesible al comercio y al turismo, como Montserrat en Cataluña, frente a los azules Pirineos, o Limpias en Santander. En el sitio donde se levantaban antes conventos, incendiados ahora por la multitud rencorosa, se están construyendo afanosamente bibliotecas. El país entra con ardor en el ritmo de la cultura. En la lucha entre el cilicio y el abecedario, saldrá triunfante a no dudarlo este último. El cardenal Segura, Primado de España, se hunde ya irremediablemente en un crepúsculo de luces dramáticas.

*sobre
la
vida
y
la
obra
de
humberto
fierro*

*hace
nueve
años*

Cerca de media hora se había dado de disciplinas, con rosarios de granizo, la ciudad franciscana. Lavando antiguas culpas y veniales pecados, corría el agua rizada a lo largo de las calles. De las canteras del cielo se habían desprendido bloques albísimos, como para una fiesta de blancura. Diríase que Quito iba a hacer la primera comunión.

Humberto Fierro, al que había conocido la víspera, medía la ciudad con una mirada de gozo. Contemplábamos el panorama desde la azotea del Club de Estudiantes, entre una tropa blanca de tejados.

Este era el mundo caro al poeta de “La Navidad de los ángeles”. Nada de colores excesivos en torno; nada de líneas bizarras ni de pintoresco desor-

den. La inclinación de su espíritu era hacia lo discreto y lo mesurado. Le placía la obra del granizo porque le quitaba la visión de una ciudad abigarrada y le presentaba una construcción de pureza. Además le afelpaba los ruidos y le lavaba de colores inútiles la retina.

—Leamos un poco — nos dijo Fierro, sacando un libro—. Esta es la hora de Oscar Wilde.

Comprendimos al poeta entonces, en ese atardecer que lucía pensativamente sobre la ciudad, como una lámpara rosa sobre una página en blanco.

*federico
amiel
y
maría
bashkirssef*

La vida de Humberto Fierro se nutrió bellamente en el predio íntimo de Amiel. Creció en la soledad y a ella entregó lo máspreciado de sí mismo. Se alejó de los hombres y se puso a escuchar el coro de las cosas eternas. Como el solitario gi-nebrino ,trabajó su autoanálisis hasta la finura de un mecanismo de relojería. Levantó una muralla del lado de los hombres y abrió una ventanita al mundo de lo maravilloso. En su aislamiento, nunca interrumpió el diálogo con el hombre interior.

Jamás conoció la alegría. Desde su torre de señales, nos dió la clave de su vida en cifras dolorosas. Pero su dolor no andaba de rodillas, ni le-

vantaba las manos a la altura. Era actitud de caballero herido en duelo, que se lleva la mano en guantada al corazón para ocultar la estocada.

Hizo de su vida un culto al salvaje retraimiento de Amiel y al dolor civilizado de María Bashkirs-sef. Como el primero, se inclinaba desdeñosamente sobre el perfil de ruina que tiene la tierra, y, como la segunda, amaestraba su lamento y lo educaba hasta volverlo regalo del oído.

Atento al dictado del hombre interior, Fierro no puso su mano en los negocios de la tierra. Desdeñó el éxito vano, se libró de las ataduras del suelo y se evadió, por fin, al mundo de la conciencia, donde vivía en un diario aprendizaje de perfección, en medio de una selva de símbolos.

Estaba hecho para el deslumbramiento, lo que vale decir estaba creado para la poesía. Moldeaba con desvelamiento de orífece su dolor, lo que significa: vivía ganado por el arte. Un arte deslumbrado, y a la vez discreto, fué así el de este desposado de la soledad y caballero de la Orden del Silencio.

evasión del mundo

La hacienda en el Ecuador tiene aspectos de dominio feudal. Los "señores naturales del suelo" viven en la casa solariega y la indiada en las cabañas del contorno. En la casa de los señores se encuentra casi siempre lo que han menester cuerpo y espíritu para su comodidad: divanes amoldados al ocio, buena mesa, cuadros, piano, libros. En cambio, en las casucas de la servidumbre, no hay otro regalo corporal que el cuero de oveja extendido en el santo suelo, ni otra riqueza que el perro familiar, guardián y pastor.

En una de estas haciendas de nuestra sierra del norte, frente a una naturaleza de milagro, Fierro contó hasta veinte años. Se encontró rodeado de libros lujosos y de partituras, y de cierta sociedad

cortesana, adicta a su padre, que era un gran señor. Sus continuas lecturas le habían enseñado ya la vanidad de lo terreno, y, viendo próxima la conquista de su espíritu por el mundo, resolvió alejarse. Llegó a las cabañas de la indiada y no vió su dolor, porque él venía ya cargado con el suyo desde el fondo de los siglos. Escapó a las alturas, y habitó en los riscos como Segismundo.

Calentó su cuerpo en el sol de los venados, penetró el secreto de las piedras inmensas, desordenadas por el cataclismo geológico, y comprendió a los árboles, genios familiares que dejan caer sobre el hombre "oscuras palabras".

Creyó, como Segismundo, que la vida es sueño y apartó de sus ojos con cuidado las imágenes ingratas de la realidad. Escogió para amar todo aquello que estaba en consonancia con su espíritu: la verde náyade, la acompañada oropéndola, el cuerno de cacería, la gacela de ojos húmedos, mitad agreste y mitad mitológica.

el renovador

El primer poema que publicó Humberto Fierro se propagó en ondas concéntricas y llenó de inquietud las letras ecuatorianas, como un verdadero mensaje de renovación estética. "SUEÑO BLAN-

CO" fué calificado de modelo de extravagancia, audacia e irreverencia, por los que viven de la inquisición del pensamiento. Corría el tiempo más azaroso para el buen gusto. Revistas y libros rebosaban de poesía becqueriana y hojas de álbum. Contra esa dulce dictadura, se había alzado una montonera de poetas jóvenes que flameaban el capricho como bandera. Entre esos dos campos, alzó Fierro su soneto "Sueño blanco".

En este poema, dentro de su aparente parnasianismo, apuntaban ya las singulares dotes de su creador: Limpieza de lugar común, gusto por el vocablo difícil, hallazgo erudito, expresión de noble elegancia, sentimiento dolido y agonioso.

Tanto fué el revuelo y la guerra de la crítica inepta, que despertó por fin el interés de los más jóvenes. Inicióse la imitación de las nuevas normas y la búsqueda del propio tono.

Un día, a la sombra de una palmera vírgen de la Plaza de la Independencia, en Quito, se le acercó Ernesto Noboa Caamaño a Humberto Fierro que leía a uno de los Clásicos, y le dijo:

"Poeta, aquí le traigo a alguien que quiere conocerlo. Es Arturo Borja que se ha aprendido sus versos de memoria".

Y los tres sellaron su pacto de belleza.

*todos
han
callado*

Hombres ubicados en diversas zonas de la poesía, se reunieron una vez y se pusieron juntos en camino. Se confiaron a un mismo azar. Tomaron remo en la misma embarcación. Navegaba airosa RENACIMIENTO con el sol ecuatorial en los mástiles. Esteban en la marinería; Wenceslao Pareja, Falconí Villagómez, Manuel Eduardo Castillo, Medardo Angel Silva, José María Egas, Humberto Fierro, Ernesto Noboa Caamaño y otros.

Wenceslao Pareja elaboró poesía fluvial y terceto amoroso con extraordinaria perfección. Falconí Villagómez nos dió páginas de antología, en medio de traducciones insuperables de algunos maestros del simbolismo francés. Manuel Eduardo

Castillo iluminó estampas poéticas con original primor. Silva captó la madurez del trópico y sumó acendrada filosofía y forma trabajada en versos que quedarán para siempre. Egas se retiró del mundo con su Fray Luis de Granada y fué turbado algunas veces por la tentación de la multitud. Ernesto Noboa se ofreció sangrando en el verso y articuló su lamentación de moderno Job.

Todos eran marineros del espíritu y grumetes del cielo. Jamás se había visto renacimiento artístico semejante en nuestra tierra de arrieros y agricultores. Con las velas abombadas de viento, los tripulantes cantaban una canción que volaba por el Continente.

Mas, un día, todos callaron. Los unos bajaron al fondo de las aguas de la vida; y subió sobre los otros la marea oscura de la muerte. Y ahora calla también para siempre este Humberto Fierro, el que había clavado en lo alto del palo mayor, el gallardete más puro.

*perseverancia
en
la
obra*

La primera juventud parece aparejar misteriosamente el dón poético; pero, luego de arrivado el hombre a su estación reflexiva, la planta interior se sacude de flor y hoja, en un desnudamiento de todo lo que no es esencial. Doblado el Cabo de Hornos de la juventud, la vena líquida del canto desemboca en el ancho golfo de la prosa.

Por la mitad de la vida, sacude tan recio el temporal que pocos son los que permanecen en lo alto de los mástiles en derrota, firmes en su actitud de vigías. Todos se refugian precipitadamente en la tierra, buscando seguridad y amparo.

El mundo se despoja entonces de su envoltura fantástica y aparece en su hosquedad de bola tris-

te donde se afana oscuramente la especie de los hombres Comerciar, Dominar, Poseer, son las palabras definitivas, ante las cuales retroceden los amables fantasmas del arte. Desde la tierra, agujereada de tumbas, sube hasta la médula del hombre el pavor del fracaso y el deseo de entregar su pasto al cuerpo que se caerá mañana en ceniza.

Fierro se mantuvo siempre en el más airoso mástil. No fué en pos de amparo, no buscó la notoriedad mundana a costa del sacrificio de su poesía, no quiso cortarse vestidura de hombre modesto y servicial para alcanzar el favor de los poderosos, no participó en las empresas políticas ni en las masonerías de la ambición, y permaneció fiel a su arte, impávido ante el jubileo de los nulos y de los pequeños, escudado en su desdén.

Perseveró en la obra, mientras todos callaban urgidos por la realidad; y, a todos aquellos que le rodeaban, alección con el espectáculo de su vida dedicada a la belleza. Escribió varios libros, en un país sin casas editoriales y sin lectores, tan sólo para placer de su espíritu y como disciplina para lograr la perfección del hombre interior.

*empresas
de
juventud*

Después de un verano de polvo y fatiga, deserto espiritual sin cisternas aplacadoras, en medio de un ancho respiro de nuestras letras, decidimos fundar con Fierro una Editorial de revistas y libros de autores jóvenes. Iniciamos nuestra labor con una publicación quincenal, *FRIVOLIDADES*, penetrada de intenciones de arte nuevo.

Escribió en ella Falquez Ampuero, el más grande de nuestros parnasianos, un estudio definitivo sobre Pal Verlaine, en una prosa relumbrante de pedrería como una tiara papal. César Carrera Andrade nos dió algunas páginas éticas, arrancadas de su obra de ensayista. Adolfo H. Simmonds nos regaló crónicas de magistral desenvolvemento. Nosotros estudiamos a Picasso y a Apolli-

naire, el poeta de los "caligramas", la "Létre-Océan" y LOS OBUS COLOR DE LUNA.

Una cabeza de Humberto Fierro, finamente dibujada por Kanelo, ornaba un estudio de Medardo Angel Silva sobre el poeta, que en otra página de la misma revista hacía su confesión de hidalgo tétrico, en un romance a lo García Lorca. Luego acometimos la empresa de la publicación del primer libro de Fierro en nuestra flamante editorial CULTURA (Colección "Apeles"). Teníamos el vasto plan de dar a luz una docena de volúmenes ilustrados y "El laud en el Valle" debía ser el primero de ellos. Después de un mes de diario bataliar, apareció, por fin, el libro deseado con dibujos del autor. Por supuesto que estos dibujos eran por el estilo de los de Ramón Gómez de la Serna ...

El chaparrón crítico se abatió sobre el poeta en golpes desiguales. La incomprendión no dejó piedra sobre piedra de su libro. En cambio, en una revista de España, se le ponía a Fierro en un alto predicamento, legítimo, y se citaba como sus maestros a Heine, Musset, Byron, San Juan de la Cruz ...

Es ocioso decir que la revista expiró en el primer número y que la "Colección Apeles" principió y dió fin en el libro de Humberto Fierro.

*el
amor
por
la
edad
media*

Un gran amor a lo gótico, que es la flor de la Edad Media, había en "El laúd en el Valle". Su autor se paseaba por la cultura medioeval con la desenvoltura del hábito y la seguridad que da el conocimiento. En la aventura de las Cruzadas se detenía su corazón con evocador suspiro, y su mente escuchaba en sueños el cuerno de cacería sobre el estruendo del avión y el automóvil.

Fierro amaba a la Edad Media como a la edad de la cultura. Admiraba a sus monarcas y pontífices, torturados por la fiebre religiosa y protectores de las ciencias y las artes. Añoraba esa gran

época en que la humanidad vivía para el ideal y en que la codicia de la riqueza no había ganado todavía el corazón del hombre. Veía con amor al Occidente desbordándose hacia el Asia para liberar la tumba del Maestro. Se inclinaba deslumbrado ante el espíritu religioso que había levantado las catedrales y las basílicas como una floración de piedra sobre el mundo.

En nuestro país, donde la aristocracia colonial se ha transformado en burguesía republicana para conservar sus privilegios sobre el suelo, el poeta Fierro es cosa sin par de legítima aristocracia, ya que ella le viene de una Edad caballeresca y no de la Colonia, de espíritu dominador y mercader.

Construida nuestra República "sin el indio y contra el indio", hemos conservado la actitud gallarda del conquistador. Dos de nuestros mejores escritores, Zaldumbide y Crespo Toral, representan esa mentalidad: el primero, en su pureza colonial y el segundo en su vestidura burguesa. Fierro, como Eguren en el Perú, es entre nosotros, tal vez, "el único descendiente espiritual de la Europa medioeval y gótica".

*el
poeta
puro*

Mariátegui, uno de los más altos guías de la juventud actual de América, dice en un estudio sobre José María Eguren: "Representa en nuestra historia literaria la poesía pura. El arte de Eguren es la reacción contra el arte gárrulo y retórico, casi íntegramente compuesto de elementos temporales y contingentes. Eguren se comporta siempre como un poeta puro. No escribe un sólo verso de ocasión, un sólo canto sobre medida. No se preocupa del gusto del público ni de la crítica No recita siquiera sus poemas en velladas ni fiestas. Es un poeta que en sus versos dice a los hombres únicamente su mensaje divi-

no". (1) Estas líneas parecen escritas sobre Humberto Fierro, que siempre desdeñó marchar al compás del suceso y de la crónica. Jamás puso el oído al coro mediocre de nuestra crítica. Nunca participó en los concursos, verdadero hipismo de las letras. Trabajó su obra, lejos de las ventanas de la popularidad, amparado en una sombra discreta y con la paciencia del monje que ilumina las mayúsculas de un libro de vidas de santos.

Con los ojos ocupados en la visión de su universo profundo, no vió pasar a su lado esos ríos de curso rápido que son las escuelas literarias.

Plantado en una orilla del torbellino mundanal, no existía más que para aposento de sus propias creaciones y formas.

Alimentó su juventud con los clásicos griegos, y de ellos no salió sino con rumbo a la Edad Media. Construyó la escultura de la elegida de su corazón, con elementos de Beatriz, Ofelia, Armida y la condesita María. La vió a la luz de su mente:

"Asomada a la ojiva de su mansión de piedra".

Escribió entre un dulce rumor de almas que le visitaban: Tristán, el Príncipe Querido. Romeo, Lorenzo el Magnífico, Reinaldo y Godofredo. Via-

(1) "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana".

jó a Thulé y a Elsinor y acercó a sus labios la copa del desencanto.

Fierro cultivaba el romance con originalidad y extraordinaria soltura. Dentro de la más estricta forma, vertía las más finas y extrañas imágenes. Ponía su expresión al tono del medioevo, como en el *ROMANCE DE CACERIA* o en el *ROMANCE DEL INFANTE CIEGO*. Cierta afinidad de dicción y elegancia le acerca al poeta argentino Enrique Banchs, que es "otro eco americano del Occidente medioeval" y que ha escrito romances para perdurar en la antología del idioma.

Fierro desenvuelve casi toda su poesía dentro del simbolismo. Nada tiene que ver, sin embargo, con el Simbolismo francés, del que se mantiene alejado hasta sus últimos años. Se nutre de una concepción simbólica del mundo, y sólo en las postimerías entra en el dominio de la mitología maillarmeana: el azul, la nieve, el cisne. Penetra en el secreto de lo decorativo y de lo estilizado: "la tarde dorada como un luis"; "un insecto de escudo y alas de pedrería, se defiende de un faisán"; "las lunas venecianas, veladas por los días, muestran, entre los Sevres, suspenso el cotillón"; etc.

Sorprende la unidad de tono en toda esta poesía trabajada y culta. Y es que Fierro no se prodigó en el diarismo, ni en la novela, ni en el teatro, ni en la literatura política. Fué exclusivamente poeta.

No comprendió el drama de su pueblo, ignoró al indio y se mantuvo extraño a su enigma. Fué "demasiado occidental y extranjero espiritualmente para asimilar el orientalismo indígena. Pero, igualmente, no comprendió ni conoció tampoco la civilización capitalista, burguesa, occidental". (1)

Fierro no escribió con el fin de conmover a las masas. Era poesía de refinado intelectualismo la suya, y no estaba hecha para la fácil digestión del vecindario. Muy continuamente insertó en su verso el episodio histórico o la evolución libresca; mas no con fin didáctico, sino como manifestación de las preferencias de su espíritu. Poeta "en voz baja", se dedicó a enseñar a la palabra su rol mágico y a hacer de sus versos un documento de suprema elegancia. Su obra nos quedará como un Itinerario para penetrar en los dominios del silencio.

*ceniza
del
gozo*

El poeta parece destilar, en alambique de perfumes, gotas de clarificada filosofía. Nos las brinda luego en poemas minúsculos como frágiles pomos. Toda su concepción del mundo está encerrada en ellos.

La vida es para Humberto Fierro una mascarada de vanidades, donde desfilan el Boato, el Poder, la Gracia, la Traición, "Semíramis que con sus perlas sorprende", "Nerón que ve el dolor con su esmeralda". Es necesario evadirse de ese mundo envilecido y refugiarse en el arte. Pasan las vidas y las cosas: sólo el arte es eterno. La soledad contribuye a la formación artística y al engrandecimiento del hombre interior.

Ese hábito de la soledad, se había enseñoreado

(1) Mariátegui: Obra citada.

ya del poeta en su primera juventud. Gustó de sus jugos enloquecedores hasta perder la noción del universo circundante. Le despertó la vida con su urgente llamada; y entró, entonces, en el torbellino. El mundo era como una floresta maravillosa, a la luz de sus sentidos, y no hubo árbol de cuyo fruto no comiera. Creyó eterna la alegría, y asentó su pie en la tierra con imperio. Los coros del placer acunaban a su alma como una lejana tempestad. Mas, luego vió que estaba en el centro de una selva oscura, oyó el aullido de chacal del dolor y se vió en las sienes agujas de ceniza.

Regresó desencantado a la cima de su soledad, a contemplar las ruinas de su alma; y se fortaleció en su convencimiento de la vanidad de todo, de la brevedad de la alegría y de la victoria final del dolor.

En un poema minúsculo, Fierro nos ha dado la historia de su dolido apaciguamiento:

“F A U N O

Canta el jilguero. Pasó la racha.
Entre los mirtos resuena el hacha.

La rosa mustia se inclina loca
sobre su fuente, cristal de roca.

El fauno triste de lama rubia
tiene en los ojos gotas de lluvia”

*esquife
y
áncora*

Andando entre las barracas de libros viejos, a lo largo de los muelles del Sena — de este Sena que arrastra despojos de miseria y despojos de gloria —, he pensado en Humberto Fierro y en el destino infortunado de la cultura ecuatoriana.

El libro ocupa entre nosotros el último lugar en la vida diaria y no tiene categoría de necesidad. La lectura es faena de la que nos hurtamos con alegría. Hemos simplificado la vida a su esquema animal y hemos empozado el espíritu en los más bajos cienos. Sólo las cosas prácticas merecen nuestro respeto y nuestro aplauso, porque ellas entrañan la posibilidad de cotización económica y, en último término, de goce material. Dichosas naciones éstas de la Europa y de la Mitteleuropa que se

construyen, en sus cuatro estaciones, una primavera artificial de libros!

El escritor vive una existencia heroica en nuestro medio. Sabe que sus obras no tendrán editor ni comprador y que su tarea de trabajador del espíritu le será suficiente para atraerse el menosprecio de los "hombres prácticos", de los predicadores de "obra positiva". Libra batalla diaria el productor de belleza y de cada encuentro sale mohino y descalabrado. Toda nuestra historia literaria es como el hostilizamiento de los escasos Pioneros de la Cultura, por la tribu o la kabila confabulada.

Humberto Fierro no tuvo siquiera la alegría de ver editados sus libros. Cuatro volúmenes inéditos encierran, como cuatro partituras, el cuadro sinfónico de su existencia: VELADA PALATINA, LAS COPAS DE NINIVE, EL ESQUIFE DE LAS MUSAS, y ANCORA. O, en prosa despeinada: Juventud, amor, madurez y descanso final. La velada palatina le grabó en el alma ritmos y colores y vistió su estilo con la elegancia del mirifiaque y la finura del lebrel. Salió del castillo florido de su juventud entre un clamor de olifantes y acercó sus labios sitibundos a las copas de Nínive donde apuró el placer del mundo. La traición le partió el corazón por la espalda y, dolorido, se embarcó en el Esquife de las Musas. Arrojó luego su "áncora" a la entrada del Golfo de la Muerte.

Ya está para siempre anclado en las aguas mansas de la eternidad. Y sus señales de luz llegan de vez en cuando hasta nuestra oscura ribera, enseñándonos el Itinerario del Espíritu.

París, Setiembre de 1929.

*la
tenebrosa
etapa*

*fuego
en
cataluña*

El Sindicato Unico de Trabajadores ha declarado la huelga general. Barcelona se pone el vestido del motín, que es la blusa de obrero, la gorra y la alpargata. Las calles están como en los días en que sopla el viento del mar: cruzadas de estremecimientos, de carreras y de rumores tumultuosos. Los tranvías, volcados aquí y allá, dejan ver sus entrañas mecánicas y su caparazón gigantesco. El vecindario ha cerrado, desde las primeras horas, puertas y ventanas, y los automóviles han desaparecido sin dejar rastro. De tiempo en tiempo, se escucha el pesado sacudimiento de los camiones militares que pasan con sus gavillas de fusiles, con su mies de acero.

Bajamos por la calle Aribau, donde un sol de últimos días de enero, como una lente pálida, chamasca las puntas de los árboles pelados por el frío y blanquea con una lechada de cal inmaterial el remate de los edificios. Algunas vidrieras relumbran en lo alto. En el extremo de la calle, se abre como un golfo de verdor la Plaza de la Universidad, convertida en campamento por los soldados de la fuerza pública. Los tranvías que hacen el trayecto de la Plaza España al Astillero, yacen acostados sobre la vía, y en torno de ellos grupos de oficiales fuman y conversan. Algunos soldados despachan su rancho frugal, sentados en las gradas mismas del monumento al sabio médico catalán Bartolomé Robert, y los caballos beben en el tazón de piedra, al pie de los segadores esculpidos por José Llimona. Los estudiantes han despojado buen trecho de la Gran Vía de su vestidura de adoquines y esos hoyos de tierra mojada son como las úlceras y lastimaduras de la ciudad. La gente se apiña en la calle Pelayo, en los alrededores de la Plaza Cataluña y a lo largo de las pintorescas Ramblas, cuyos árboles escuetos se cubren de un móvil y esponjoso manto de gorriones, sus anuales visitantes.

Nos metemos entre la multitud, con el oído atento a los comentarios de los hombres de gorra proletaria. Hay innumerables mujeres con sus cestos

de compras, y niños menesterosos en quienes se quedará grabado para siempre el espectáculo de este mundo sacudido por una racha de dolor y de espanto. Montones de sillas de mimbre arden, como fogatas primitivas, entre los árboles de la Plaza Cataluña. De pronto resuena un choque numeroso de herraduras en la piedra y la multitud retrocede en violento y arrollador oleaje. Ya llega la Guardia Civil! Ya está aquí. Jinete en grandes caballos, con sus tricornios de luto y sus capotes sombríos, estos veteranos de la muerte no tienen rival en eso de descalabrar ciudadanos a golpes de sable y abatir hijos del pueblo a tiros de carabina. No hay en Europa una guardia semejante. Sólo los antiguos cosacos del Zar, los "salvajes del Cáucaso", pueden hombrearse con los carabineros españoles. Benemérita la llaman los monárquicos a esta Guardia Civil, que siendo creada para la custodia de la propiedad en los campos y la persecución de malhechores por caminos y sierras de España, ha sentado sus reales en la ciudad para sobresalto de los vecinos. El pueblo no la oculta su malquerencia y suele contestar sus descargas con una espesa red de silbidos y un aguacero de piedras.

Los guardias civiles galopan de dos en fondo — "doble nocturno de tela" que dijo el poeta del romancero gitano — con sus carabinas amenazado-

ras, encañonadas sobre la muchedumbre. Han resonado algunos disparos en el edificio del Sindicato Unico, y allá corren con estruendo de cascos, sables y espuelas. Echan sus caballos sobre las gentes que huyen en todas direcciones, y al toque de atención de una corneta colérica hacen una, dos, tres descargas, dejando desierta la Rambla de Santa Mónica. Sólo algunos cuerpos se arrastran bajo los árboles. Otros yacen mudos para siempre. Un joven, casi un niño ha caído cerca de nosotros, con la cara al cielo. Donde antes circulaba en ríos palpitan la salud, el plomo ha hecho brotar una monstruosa floración de sangre. Los ojos inmóviles por la muerte parecen interrogar a lo alto el por qué de esta violencia que ha hecho descender súbitamente la noche sobre su vida, recién abierta al gozo y al dolor del mundo.

- - -

Vísperas del Antruejo, esa fiesta que ha venido quedando desde los tiempos en que la humanidad era inocente, los campos catalanes se han levantado con la bandera roja. Ya nadie en la aldea sencilla prepara los cintajos y las máscaras y los farolitos de papel para el baile de los tres días venturosos.

Nadie quiere ver la luna nueva carnavalesca. El sembrío, la mina y la industria doméstica no dan lo suficiente para la vida de la humilde comunidad y los pechos aldeanos están ardiendo en cólera y desesperación. Hay que adueñarse de la casa del cura que es el único rico del lugar, les aconsejan unas voces ocultas y estremecidas de un sentimiento que no se sabe si es amor o es odio. Hay que armarse y combatir con las llamadas fuerzas del orden. El pueblo minero de Figols abandona las oscuras galerías subterráneas y sube a refugiarse en los montes, armado de picas y fusiles. En Cardona, los obreros izan la bandera roja en el Ayuntamiento. Los de Sallent fijan en las paredes de sus casas carteles y proclamas declarando la revolución social. Guerrillas de trabajadores armados salen de Suria a apostarse en los caminos de las cercanías, mientras en San Clemente las montoneras proletarias dan la batalla a los soldados.

Algunos hombres han quedado acostados sobre la tierra con su disfraz definitivo de lentejuelas — agujeros — de sangre, en las vísperas de este Antruejo inhumano. Otros se han lanzado prí fugos entre los riscos y las peñas, a vivir en perpetuo sobresalto como las fieras salváticas que ven hasta en sueños la sombra del cazador. Y muchos más, por fin, han sido encerrados a bordo de un navío y despachados sin rumbo por los caminos del Océa-

no. (1) Esta es la lucha de clases, lucha sin cuartel, y este es el siglo de la guerra social. A nuevos tiempos, nuevas costumbres, y si no que lo digan esos niños barceloneses que están jugando en la calle Margarit con una bombas de dinamita que han encontrado en la altura de Montjuich. Esas son las auténticas bombas de carnaval de este año, que quisieran hacer volar a la sociedad capitalista entre resplandores de fiesta.

*panorama
del
mundo*

Echemos ahora una ojeada sobre el resto de Europa. Mas de seis millones de hombres sin trabajo provocan manifestaciones y tumultos en las ciudades de Alemania. Los partidarios de Hitler se proveen de armamento y se organizan militarmente para la lucha social. Los "nazis" o camisas pardas — imitación de las camisas negras del reino mediterráneo, con perdón sea dicho del Conde Sforza — cazan a tiros de revólver por las calles a los infelices "judex" (1). Los grandes almacenes Tietz y Wertein de Berlín son propiedad de dos firmas judías, y allá se van los hitlerianos con el hachón encendido, a convertirlos en un montón

(1) Sólo en alta mar recibió el "Buenos Aires" la orden de marchar hacia la Guinea española.

(1) Judíos, en alemán.

de ruinas humeantes. Mientras tanto, en las barriadas obreras se organizan las milicias comunistas, el "frente rojo", y, por otro lado, los monárquicos alemanes movilizan sus "cascos de acero" y sus "hackenkreuz".

Francia no suelta el fusil de la mano, atenta al agitado pulso del mundo, y se levanta en actitud desconfiada pidiendo la reducción mundial de armamentos. El proletariado libra en Austria frecuentes batallas contra el socialismo que se ha amparado del Poder y que ha realizado la reforma agraria. Italia se arma febrilmente y prepara a la luz del día sus legiones para lanzarlas a la conquista mediterránea, a la persecución del sueño cesáreo de Mussolini y sus pretorianos. En su visita de Occidente, Gandhi, el salvador y libertador de hombres, el mensajero del espíritu, ha sido recibido en Roma con desfiles militares, maniobras de artillería y vuelos de escuadrillas aéreas. Hemos visto en el cine a ese gran hindú, con la alba túnica tejida por sus propias manos y su cráneo como quemado por un fuego del cielo, dibujar una sonrisa triste en sus labios ante esa ostentación de máquinas de muerte. ¡Cómo le recibía la capital del orbe católico, la madre de la civilización occidental al apóstol de la no-violencia! Tiene razón el Mahatma cuando condena esta civilización capitalista y mecánica, este materialismo económico,

este belicismo imperialista de las naciones europeas.

El siglo avanza en la oscuridad de los tiempos, y mientras se suman los años, la humanidad va rodando más atropelladamente hacia el dolor y el desconcierto universal. Los pueblos desconfían, se odian, conspiran. Francia quiere empujar a Polonia contra Rusia. Italia guarda un rencor secreto contra Francia y busca el apoyo de la Alemania fascista. La Alemania socialista se pone del lado de la Unión Soviética. Austria del lado de Alemania. Los Balcanes secundan el propósito italiano. Las naciones nórdicas quieren la república. Y a todo este complejo afanar político, se añade el desastre económico y financiero que sacude hasta a las más grandes potencias capitalistas, como Inglaterra que se ha visto obligada a detener su marcha orgullosa y rectificar orientaciones, en medio de una marejada social amenazadora aún para el mismo régimen.

Y en Asia? ¿Qué sucede en Asia? La carretera de Nanking a Hang-Chow se llena de una muchedumbre interminable que va huyendo de las granadas japonesas. Ancianos, mujeres, niños, familias numerosas con sus fardos y sus carritos donde viajan las reliquias del hogar, se precipitan como un río oscuro entre los campos. El éxodo amarillo se prolonga a través de Shangay, del Yang-Tse,

de la Manchuria que sacude su tricolor independiente. Las fuerzas chinas y las fuerzas japonesas se hallan empeñadas en inmensos duelos de artillería, y multitudes enteras se abaten sobre la gleba asiática, como las espigas de arroz al filo del hierro. En las ciudades de la China y del Japón se organizan manifestaciones en favor de la guerra y los generales de la República amarilla se dan la mano reconciliados, en torno de la enseña de Chang - Kai - Shek. En las aguas del Continente abuelo fondean barcos de todas las potencias de la tierra, con su reflector asestado perpetuamente sobre la costa, como el ojo vigilante del mundo. A la India le ha tocado el papel más importante de nuestro tiempo. El levantamiento del pueblo hindú es el capítulo primero del gran drama social que acabará con los viejos imperialismos. El "Leninismo teórico y práctico" (1) sostiene que la insurrección de las colonias será el principio de la Revolución social ya que significará la agonía de los grandes Imperios y la creación de un nuevo orden internacional, de una nueva Era, en suma. La India con su resistencia pasiva está minando el imperialismo británico, de igual manera que las colonias de Palestina, con el cristianismo, hicieron derrumbrarse en su tiempo el poderío de Roma.

(1) Libro de V. Stalin.

Hasta hay una similitud entre Gandhi, el hombre de vestidura sencilla que predica en el Punjab, y Jesús, el hombre del Nuevo Testamento, que dice su Sermón de la Montaña. A los infelices parias que declaran su hostilidad a Inglaterra poniendo en movimiento sus telares primitivos, los soldados ingleses contestan con la metralla, convirtiéndose las orillas del Ganges en el teatro de la "epopeya del alma, sin igual en nuestro tiempo", como dice el autor de la "Vida de Ramakrishna".

La Sociedad de las Naciones, ante la ineficacia de su intervención en el último conflicto bélico, alimenta el proyecto de armar un gran ejército internacional para desarmar a los pueblos y mantener la paz en el mundo. Estamos en los umbrales de una Edad profundamente materialista, en que los hombres desengañados del poder del espíritu y convencidos de la ineficacia del fervor moral, confían a la fuerza la solución de todos sus conflictos. En otro tiempo, un resplandor venido de lo alto hacia abatirse la espada del centurión. Ahora, a la espada se opone la masa. La Sociedad de las Naciones tendría a sus órdenes, de realizarse el proyecto, un ejército mercenario como el de la antigua Liga Hanseática. Los modernos reiters y lansquenetes de esa armada internacional se pasearían por Europa entre los resplandores de la guerra, pues los pueblos no se sujetarían fácilmen-

te a los nuevos tiranos. ¿Será verdad que estamos en las proximidades de una segunda Edad Media en que se liquidará para siempre el poder de las naciones capitalistas — feudales y aristocráticas — por la insurrección de las naciones coloniales y semi-coloniales — plebeyas — que tendrían que enfrentarse con el ejército mercenario de la Liga de las Naciones? Todo puede suceder en esta época de sangre y de acero, en que también se organizan internacionalmente todos todos los pobres del mundo en torno de una bandera donde se cruzan — en lugar de los dos maderos ya inútiles — una hoz y un martillo.

Es verdad, Romain Rolland. Este es el siglo oscuro y violento, la etapa en que el Derecho ha sido devorado por la Fuerza. "Cada uno — nacionalistas, fascistas, bolcheviques, pueblos y clases opresoras — cada uno reivindica para sí, rehusándolo a los otros, el derecho a la violencia, que le parece el Derecho En este viejo mundo que se desploma, ningún asilo, ninguna esperanza. Ninguna gran luz".

Barcelona, febrero de 1932.

*castelar
y
los
peces*

*cuadrito
de
época*

Una vela blanca y pura, como una pluma de garza, va trazando no sé qué misterioso signo sobre la línea del horizonte. El viento del Este arruga la reluciente lámina del mar Menor y encrespa los árboles de la murciana costa. Mayo hace espuma en los naranjos. Es tiempo en que la morera de vellosas hojas se cubre de nuevos brotes y en que las guitarras y bandurrias turban el sueño de las mozas y el silencio susurrante de la huerta. En las barracas, de muros de adobes y caperuza de paja, hacen su visita los primeros ramos de flores, junto al tinajero, el fogón y el arca grande de pino, oliente a pan y a frutas maduras.

Una luz marinera y huertana da lustre a las arenas, a los frutales y a las altas ventanas de la

quinta de los Servet, en San Pedro del Pinatar. Don Emilio abre las vidrieras de su alcoba y echa una ojeada sobre el campo. Aspira con fruición el buen olor de los granados, cidroneros y limoneros, que viene cabalgando en el aire. Luego se pone a escuchar no sé qué vago rumor que intercepta a veces el chillido de los pájaros. Algunas zancudas pasan a lo lejos, sobre el acantilado. El rumor se ha ido haciendo cada vez más perceptible, hasta llenar con su sonoridad el paisaje. Todo adquiere como un humilde candor al imperio de las musicales ondas. Es la campana del oratorio de la quinta que llama a misa dominical. La campana campesina va filtrando desconocidas y celestes mieles en el corazón del contemplador.

Don Emilio cierra la vidriera, pone en orden su modesto atavío y asiste al oficio cristiano. El viento del mar, a paso de carga por los corredores, penetra en el oratorio como en su propia casa. Los cirios tiemblan ante la presencia del intruso y las colgaduras se inflan como velas anhelantes de partir. El oleaje marino resuena como un órgano distante. Esta es una especie de misa panteísta, la misa por excelencia que acompañan, a modo de monaguillos, los elementos y que la primavera satura con sus rurales fragancias. Los huertanos lucen orgullosamente su manta espinardera lorquina, sus almidonados zaragüelles y sus alpargatas

de cintas negras. Con su sombrero de anchas alas dando vueltas entre sus manos rugosas, sienten penetrar en su alma, como un chorro de frescura, la beatitud de su tierra, de su mar y de su cielo.

Después, el paseo a lo largo de las rocas aborregadas y las sinuosidades del litoral. Guitarras que zumban como abejorros mayores de la primavera. Carretas de bueyes que transitan por los senderillos llenos de sol. En un claro, frente a un redondo moral, jóvenes parejas bailan la típica parranda. Los huertanos se alegran de domingo y de vino. Don Emilio, lento y claudicante, sigue su paseo con los ojos puestos en el sosegado mar Menor. Unos barquichuelos se mecen en un fondeadero. Más allá, unas palmeras, los ápices agudos de unas plantas de pita. Litoral peñascoso. En el horizonte, naves que vienen de Cala Blanca con su carga de mineral de hierro.

Los pescadores canturrean mientras preparan sus alquitranadas redes. Los botes crujen. Dan sus últimos golpes en el agua los remos chorreadantes. He aquí que la red, ya lista, se sumerge en el mar y sólo quedan visibles sus flotadores de corcho. Un paréntesis de espera en que se cargan las pipas. Una quietud paciente y silenciosa en la que salta de vez en cuando un agudo chascarrillo regional. Luego, los desnudos brazos musculosos tiran de la pesada red donde se debaten prisioneros centena-

res de peces. Angustioso batir de aletas y fugaz relucir de escamas. Saltos y cabriolas sin fin de los que sienten esparase el aire branquial, la respiración bienhechora y con ella la vida. De la red a los cestos van pasando los pequeños cadáveres de plata, contados por expertas manos.

Cerca de los pescadores, Don Emilio contempla, con los ojos bañados de tristeza filosófica y el bigote caído, los episodios de la pesquería. Las convulsiones agónicas de los peces que mueren asfixiados le hacen pensar en el trascendental tema de la existencia. Barrunta su próximo fin y le invade una ola de acedia. Su espíritu se conturba ante la idea de la muerte, y más aún de la angustiosa muerte por asfixia. Flaquea el cuerpo envejecido del pensador. Al buen hombre que le acompaña, le dice con una voz débil como un soplo, señalando con su bastón el cesto de los peces: "Quién sabe si yo moriré como ellos?"

*teoría
de
la
asfixia*

La laringe, la tráquea, los bronquios son los caminos sensibles del aire. El pulmón es la meta. Allí en ese órgano que los fisiólogos comparan gráficamente a un racimo, esas pequeñas uvas que son los alveólos pulmonares captan el oxígeno del gaseoso elemento. Ya nutrido de vital sustancia, el vino rojo de la sangre recorre la intrincada tubería de las arterias, en un trabajo de superior alquimia. El corazón acompaña — motor acompasado — el funcionamiento del maravilloso mecanismo. Mas si el aire llega a faltar, momentáneamente se aceleran los movimientos respiratorios, en un esfuerzo por restablecer el perdido equilibrio. En seguida el mecanismo funciona con mayor lentitud y el co-

razón se pára. La muerte ha sido cosa de pocos minutos. Este fenómeno que se observa en el campo de la fisiología, suele suceder también en el mundo de la política. El fracaso de un régimen, de una doctrina o de un partido, no es sino su muerte por asfixia. La popularidad es necesaria como el aire para el vivir político y cuando falta este elemento primordial, la muerte sobreviene inexorable. Ese "aire de muchedumbres" ha nutrido a lo largo de la historia del mundo a los grandes conductores, caudillos y civilizadores. Ha habido también hombres señores que, cubiertos con la escafandra de luz de la soledad, han llegado a respirar en una atmósfera limpia y serena, atmósfera de altura, lejos de la multitud; pero estos han sido los menos: sabios, héroes y místicos.

Castelar — el individualista — sintió más profundamente que nadie el pueblo, lo colectivo. Fué hacia las masas en busca del ambiente indispensable para que su ideario pudiera vivir y prosperar. El miedo de la asfixia le hizo adoptar posturas contradictorias, actitudes que no encajaban dentro de la órbita de su confesión política. Orador ante todo — hasta en el estilo y en la vida — gustaba de entrar siempre por las dos grandes puertas del éxito y del favor público, que algunas veces se le cerraron al declinar de su existencia. El mozo entusiasta y elocuente que, después del pronuncia-

miento de Vicálvaro, en el mitin del Teatro Real, prendió el fuego de la libertad republicana en los pechos españoles, se volvió el escritor tolerante de "La Soberanía Nacional" y de "El Tribuno". Catedrático de Historia en la Universidad Central de Madrid, fué admirador de Felipe II, el sombrío caracol del Escorial. Autor de la llamada "Fórmula del Progreso", combatió sin embargo con ardor las doctrinas modernas que Pi y Margall sembraba por ciudades y campos peninsulares como una semilla luminosa. Su polémica con el sabio catalán y su campaña periodística contra el socialismo y el federalismo, le dieron inmensa popularidad en su tiempo. Mas, cuando vió — a la vuelta de su desierto — que las ideas federales se habían expandido ya por toda España, no tuvo inconveniente en aceptarlas y fué a ocupar un puesto en la dirección del partido demócrata al lado de Pi y Margall y Estanislao Figueras.

El político gaditano necesitaba con todo una más amplia resonancia para su oratoria, un marco más grande para su figura tribunica, y esto le dieron las Cortes. Tumultuosas y pintorescas Cortes del año 1869, en que alternaban los chalecos carlistas y las pecheras democráticas en los escaños de los representantes, en medio de un hemiciclo multicolor, formado por rostros patilludos y lindas caras de damiselas, por mantillas y abanicos, levitas y

chisteras. El diputado por Zaragoza se levanta, y escaños y tribunas enmudecen. Su gesto parece crear el silencio y su frase poderosa, traspasada de azúcares literarios, recuerda la leyenda del panal de miel en las fauces del león. Habla sobre el tema eterno de la libertad de conciencia. Habla, o más bien dicho canta sus "odas en prosa". Sus ojos iluminados presiden el ademán de la mano elocuente. De la boca van escapándose, como un fluido sonoro, las palabras numerosas, hasta llenar el globo del aire, los ámbitos de la Cámara. El globo se revienta en aplausos. El corazón de la multitud galopa febrilmente. Castelar le contagia su emoción y sopla sobre él su gran aliento. Nunca había vivido el pueblo español en un clima espiritual más alto que en esos días del orador magnífico. Nunca se trataron con igual elevación, en medio de la "plaza pública", los temas trascendentales de la sociedad y del hombre. Lo atestiguan sus discursos sobre la Constitución monárquica y sobre la existencia de Dios.

Una pausa de varios años. Salmerón, el estoico, abandona la presidencia de la naciente República, por no firmar una sentencia de muerte, y a Castelar le llega la hora de asumir el poder. Mas, el jovenzuelo entusiasta del Teatro Real, el escritor demócrata y el defensor fogoso de las libertades, es ahora el Dictador inflexible que suspende las

Cortes, se apoya en la fuerza armada, decreta una quinta de cien mil hombres y entrega los mandos militares a generales conservadores y monárquicos como Martínez Campos que posteriormente debía encabezar la sublevación de Sagunto y proclamar al joven príncipe Alfonso XII.

Las Cortes siguientes le niegan un voto de confianza al gobernante y sobreviene la asfixia del régimen. Castelar dimite y el general Pavía con sus guardias civiles invade el recinto legislativo, expulsando de él a los diputados. Carabinas y sombreros de hule campean en los escaños donde la víspera corría el agua mansa del discurso, a la sombra del árbol de la ley.

Ya en plena restauración, Castelar acomoda su pensamiento a las sinuosidades de la nueva política y en el mitin de Alcira echa a los cuatro vientos su concepción de una España armada hasta los dientes, de un orden estatal asentado en la fuerza militar, o sea "en la infantería y la caballería y, sobre todo, en la guardia civil". (Lo mismo que proclaman actualmente las extremas derechas españolas, en vía hacia un fascismo de nuevo cuño). Luego — diputado por Huesca en los sucesivos Parlamentos — va adquiriendo su figura perfil gubernamental, contorno de pensador evolucionista y de doctor en realidades. De allí a poco, en sus esfuerzos por librarse de la asfixia en medio del am-

biente peninsular, funda el Partido Posibilista, almáciga de los futuros hombres de la monarquía. La órbita política de Castelar toca ya a su fin: en su amplia curva semejante a una revolución astral, sobre la pizarra del tiempo, se ve un apogeo de gloria y de esplendor y un perigeo de derrota y de ceniza.

*una
vida
española
en
el
siglo
xix*

Cuando presenciaba los incidentes de la pesca en el mar Menor, Don Emilio se sintió repentinamente indispuesto y regresó a la quinta, acostándose luego para no levantarse más. Ya en el lecho, su poderosa mano de escritor alcanzó aún a llenar un montón de cuartillas de política europea. En cuatro días se extinguió esa fecunda vida. El jueves 25 de mayo expiró Emilio Castelar como un español de los viejos tiempos. Un anaquel de libros notables, varias páginas de la historia de España llenas con su nombre, una obra política de

proyecciones infinitas, quedaban como señal del paso de ese noble espíritu por el mundo.

En Cádiz, frente a un paisaje de barcas, toneles y redes de pescar, nació Emilio Castelar y Ripoll el séptimo día del mes de Setiembre de 1832, en el seno de una modesta familia. A los pocos años perdió a su padre, y fuese a vivir entonces al campo alicantino. En la escuela de Elda adquirió los conocimientos elementales, y en la cultivada vega, a orillas del Vinalapó, leyó los primeros libros. Yo me lo imagino como un jovenzuelo espigado, entre los sembrados de cereales y las casas de labor, hojeando novelas de Lamartine o de Chateaubriand. O haciendo novillos — ya en los días del bachillerato en el Instituto de Alicante — para entregarse a la lectura de Hugo bajo las palmeras del Castillo de Santa Bárbara, a donde llega la respiración azul de la bahía.

Una mañana, el mozo toma el camino de Madrid e ingresa en la Facultad de Derecho. Allí hace amistad con Cánovas. Pasa después a la Escuela Normal de Filosofía y obtiene a los veintiún años el doctorado. Desde entonces su vida es una carrera ascendente, una escala que trepa a las nubes como en el sueño del patriarca. Los primeros triunfos de su elocuencia y de su pluma le dan entrada en la redacción de los mejores periódicos de su época. Escribe sus novelas iniciales. Colabora con

Canalejas en su obra "Don Alfonso el Sabio". Ocupa la cátedra de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Sostiene en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias: "La Civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo". Funda "La Democracia", periódico antidinástico. Llega apenas Castelar al mediodía de su vida — los treinta años — y ya su nombre, saltando los Pirineos, se ha extendido por Europa, y volando sobre el Atlántico, ha llegado a la tierra americana.

Las conspiraciones contra el régimen están a la orden del día. Complot de la noche de San Daniel. Castelar es condenado a muerte en un Consejo de Guerra y tiene que huir de España. Un disfraz le facilita el paso de la frontera y se establece en París, donde continúa sus ajetreos políticos. Revolución de 1868. Vuelve Castelar a Madrid y se entrega con mayor afán a la propaganda republicana. Zaragoza le nombra su representante en las Cortes, y allí su figura alcanza la altura máxima en la historia de la elocuencia española.

Una serie de episodios se suceden luego atropelladamente. La minoría republicana se retira del Congreso. Castelar asiste al Pacto Federal con los diputados de Valencia y Cataluña. Levantamiento de las provincias. Sesenta mil hombres en armas despliegan la bandera de la República en Barcelo-

na, Sevilla, Málaga, Cádiz. Las tropas del gobierno sitian a Zaragoza. Bombardeo de Valencia. Esplendor y asesinato del general Prim. Breve sueño regio de Amadeo de Saboya. Y, por fin, advenimiento del Ministerio Republicano. Castelar firma, como Ministro de Estado, el histórico decreto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Dos pelaños solamente le faltan al hombre público para llegar al vértice de la escala, y estos son la renuncia de Pi y Margall y el gesto catoniano de Salmerón, que dejan al cabo en sus manos la presidencia de la República.

Mas la insurrección hiere en todo el país y el pensador se ve urgido a convertirse en hombre de armas tomar. Los cantonales se han adueñado de Cartagena y los carlistas están en vísperas de adueñarse de Madrid. Los generales del régimen son derrotados uno tras otro y Cabrinety cae en tierras catalanas. Y una nueva espina se hunde cada vez más en el corazón de España: Cuba, que alza en el esplendor verde de la manigua la enseña de los libres.

El presidente hizo un empréstito de un centenar de millones de pesetas, aumentó los efectivos del ejército y llamó a los generales del antiguo régimen. Ante estas y otras medidas, el Congreso declaró su oposición al Gobierno y Castelar se vió obligado a presentar su dimisión, en medio de la

inquietud espectante de todo el país. Por un golpe de mano del Capitán general de Madrid, el poder fué a dar en el duque de la Torre.

Toma entonces el hombre ilustre las rutas varias de Europa y comienza el período de su gran producción literaria. Es la época de su más vasto aliento, de su preocupación universal. Ya en medio de los debates políticos, como si dijéramos en medio del humo del vivac, había escrito su "VIDA DE LORD BYRON". Ahora son sus "ESTUDIOS HISTORICOS SOBRE LA EDAD MEDIA" y su "HISTORIA DEL MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA" los que le dan una estatura igual a la de Taine o a la de Macaulay. Incansable operario de las cosas del intelecto y del espíritu, llena volúmenes de cartas y memorias y sigue amontonando notas de viaje y apuntes para futuros estudios. Interviene nuevamente en la política española; pero ya con menos brío y con menos auditorio. Se inicia la curva descendente de su vida pública. Mientras tanto, sus obras literarias crecen en número y constituyen el trasunto de su inquietud interior: "LA RUSIA CONTEMPORNEA", "LA REVOLUCION RELIGIOSA", "HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA". Ya anciano, va a hablar al mundo desde la Sorbona y, mientras el otoño desvasta la cam-

piña romana, va a besar la blanca vestidura de León XIII que le recibe con ademán paternal.

Cinco años más, de probreza y de dolor físico, y Castelar muere en una casa extraña, en el campo murciano. Este es el esplendor y la miseria del gran hombre. "Alma religiosa y pensamiento heterodoxo" — usando la expresión de la Pardo Bazán al hablar de Juan Montalvo — Emilio Castelar fué uno de los representativos del alma romántica del siglo XIX. En las letras, sus normas fueron la majestad y la música y "atendió más al arte que a la verdad científica" como él mismo lo confiesa, y en política muchas de sus actitudes se puede decir que fueron determinadas por el "miedo de la asfixia". Ese miedo a la muerte por asfixia que le hizo estremecer ,un domingo de mayo, en el transcurso de una pesca en aguas del mar Menor.

Barcelona, 7 de Setiembre de 1932.—
Centenario de Emilio Castelar.

Letras de la Nueva España

*I
el
pliego
lírico
de
Jorge
Guillén*

*manifesto
estival*

En el bostezo del verano y en la lentitud de la ciudad que se vá quedando deshabitada, nos llega este piego de poesía de Jorge Guillén con una resonancia calurosa de cigarra auténtica. Hay un asedio de espejos del aire a los ojos, del mar a la tierra. Los contornos de las cosas arden con una persistente chispa de vidrio. Lo verde, lo frondoso y lo acojedor han desaparecido del panorama urbano y en su lugar reina la limpidez reluciente del mineral. El transeúnte se engolfa en largos desiertos de sol sin una esperanza de sombra compacta. Comienza la emigración anual hacia los campos y las orillas del mar. Trenes, automóviles, barcos se llevan la ciudad en fragmentos y van a dejarla arrumbada entre las colinas y las rocas.

Nosotros, los prisioneros de la ciudad, soportamos esforzadamente la dictadura anuladora del calor. Los hombres, las cosas, los mismos pasos que aflojan el ritmo, las tareas que se alargan, y, a la siesta, la diaria huelga del cuerpo que se resiste a trabajar al mandato de la voluntad. Hay personas que ven la estación como estampa. Las estaciones más bien son una serie de experiencias que se realizan sobre nuestro organismo para probar su pasividad y resistencia al sufrimiento.

Inutilmente buscamos ventanas de evasión. La lectura, los espectáculos, el amor, son para temperaturas menos altas. Tenemos la impresión de que casi toda la literatura es de estufa o para leerse al lado de la estufa. Libros como bloques de sabiduría. Novelas para descabezar un sueño entre capítulo y capítulo. Tomos de poesías para quitar y poner la señal una vez cada día. El periódico mismo, con su formato de bandera, se nos cae de las manos. Sólo la misiva de amistad se queda un minuto entre los dedos.

El pliego de poesía cumple admirablemente su rol estival. Esta vez nos viene desde Oxford, cantando como una cigarra con sus élitros de papel. Es "ARDOR" de Jorge Guillén (1). Ardor musical y sabio, estridor acompañado y contenido que

(1) Ediciones de "Poesía".—París—1931.

resume en sus notas la voz vibrante del verano. El poeta encierra en sus cuatro hojas —cuatro alas— un verdadero manifiesto lírico. Es una exaltación discreta de lo ingravido y lo medular. Propiedad de los vocablos, justezas de la imagen hay en este canto solitario en medio del estío español.

"Ardor, Cornetines suenan
Tercos, y en las sombras chispas
Estallan
Cielo abandonado al cielo
Sin un testigo, sin línea
¡Ardor; reconcentración
De espíritus en sus dichas!
Bajo Agosto van los seres
Profundizándose en minas".

Guillén vá ganando en dureza metálica, cohesión, tenacidad y rigor. El poeta huye de la fácil captación de lo objetivo y mira intencionalmente hacia el fondo. Hay color en su poesía; pero este es, si se nos permite decirlo así, el "color de adentro". Cada vez se vá más hacia el hueso de las cosas. De la tensión de su verso —cuerda dura— se escapa vibrando una música espiritual para ser gozada solamente con los oídos interiores. Esta poesía, por su firmeza y su reserva, parece guardar un secreto que se vela y descubre alter-

nativamente. Es preciso lavar el pensamiento de su costra terrestre para que nos visite la gracia.

Guillén es el tono y el rigor, como Alberti es el temperamento y García Lorca la fisonomía ética. En cuanto a Pedro Salinas es la proyección espectral de Juan Ramón Jiménez en un cuadrilátero de hielo.

Mientras el verano organiza para nuestros ojos su fiesta de colores y formas ardientes, Jorge Guillén nos lanza su manifiesto estival. Nos enseña en él que debemos apartarnos de las apaciciones y buscar la médula profunda. O sea en este caso la luz perfiladora, la "luz guía".

Como la cigarra es el signo del estío, el pliego de poesía de Guillén es el signo de la actual estación poética.

*el
siglo
del
prospective*

Paul Eluard con un pliego lírico, "A TOUTE EPREUVE", ha logrado más comentarios de la crítica que muchos autores con sus voluminosos libros. El poeta de acento más humano del surrealismo francés ha encerrado hábilmente en un palmo de papel todo un muestrario de imágenes de amor. Pierre Gueguen, que registra con acierto singular cada semana las actualidades poéticas, ha hecho numerosos hallazgos en el parvo mensaje puesto en circulación por las Editions Surrealistes, y Jean Cassou ha dicho en "LES NOUVELLES LITTERAIRES": "En todo caso hay allí un acento muy nuevo y que coloca a Eluard completamente aparte en la historia de los senti-

mientos y en la historia de la poesía". Por una calidad semejante a la de Paul Eluard o a la de Jorge Guillén, bien se puede sacrificar un buen número de páginas y guiar nuestros ojos a las pequeñas ediciones. Así lo han comprendido en Francia la Casa Lemerre y el editor Payot y últimamente las Editions Surrealistes. Las ediciones Lemerre han merecido por su selección el nombre de "parnaso de bolsillo", y no es raro que alguno de sus ejemplares haya sido en su tiempo el libro de cabecera de los que principiamos con Sully Prudhome, Rimbaud y Francis Jammes para ir a parar en la literatura rusa de estos días.

Vivimos en el siglo del prospecto, la muestra y el anuncio. El tiempo, acortado actualmente por el trabajo, y la distancia reducida por la velocidad, solicitan una forma de expresión vital más sintética y más pronta. La industria, cada vez que elabora un nuevo producto para el mercado, lo distribuye inicialmente en cantidades mínimas de propaganda entre los clientes. Sobran en este caso los pliegos ociosos de teoría. El hombre de estos años cata la muestra y escoge con entera libertad el producto que le conviene. Un prospecto basta varias veces para orientarlo en medio de esa selva intrincada de objetos de todos los colores, formas y dimensiones que ha creado la industria moderna. Fué Duhamel quien formuló la idea de una

liga contra el anuncio, que se adueña sorpresivamente de nuestra atención y falsea el valor legítimo de las cosas. El anuncio, podado de hipérbole, discreto y verídico, satisface una necesidad del mundo moderno. El hombre atareado y febril de hoy, necesita que se le haga recuerdo de tiempo en tiempo de sus usos y predilecciones y se le tenga al corriente de todo lo que el arte, la ciencia y la industria inventan para el mejoramiento de la vida.

La industria del libro ha adoptado también el sistema del prospecto y el anuncio, siguiendo las normas de la gran propaganda. Sin embargo, estos prospectos no son literarios sino editoriales y están hechos con vistas solamente al comercio. Debería existir un prospecto individual del autor. El prosista y el poeta son productores y como tales deben darnos cada vez una muestra de lo que se elabora oscuramente en ese mecanismo sutil, siempre en movimiento, que es su espíritu. En el sensorio del hombre de letras se acumulan imágenes del mundo, experiencias fisiológicas, que se agrupan luego en colonias de ideas, y éstas en concepciones, hasta formar la obra literaria. Las etapas de este proceso deben ser puestas a la luz. Este es el rol del pliego lírico, del documento literario. Sobre todo el poema portátil, el prospecto de poesía, está llamado a desempeñar un papel va-

lioso y útil como elemento crítico y bibliográfico.

Jorge Guillén nos ha dado con su pliego titulado "ARDOR" una muestra magnífica de la calidad del trabajo que está realizando internamente, en las minas profundas de su conciencia. La lectura de sus cuatro hojas líricas nos han hecho desear ardientemente la obra próxima. La recóndita voz, como rota en cristales geométricos, que nos sorprendió en "CANTICO", oreándonos la frente con el aire eterno de los clásicos españoles, va alcanzando cada vez más la plenitud. Una luz inmóvil, presa en un fanal de hielo, le guía al poeta en su camino hacia la altura donde dialogan las voces mayores.

Barcelona, 1931

*el
robinson
literario*

*solo,
sin
naufragio*

Toda la marinería literaria española, —desde los viejos lobos de mar con boina vasca, pipa internacional o tatuaje entre árabe y andaluz en la piel, hasta los grumetes recién llegados—, se sublevó el 12 de abril (1) contra el Capitán Don Alfonso XIII y los suyos y, después de embarcarles en un bote de remo con los honores de abordo, quedó dueña del navío. El agua desembocaba en el cielo anchamente y dos o tres nubes emigrantes que aparecieron por babor, se cuidaron de irse a pique a tiempo. Una lucecita hacía guiños por el lado de Ginebra. Los fogoneros, esperanzados, se enseñaban fotografías de Rusia. En el mar, guerrillas de

(1) Proclamación de la República en España.

espuma, inmenso horizonte, todo por caminar. Sólo un islote a un lado, impasible, con su cintura de piedra y sus palmeras arriba rasguñando el azul. Un hombre plantado en la mitad, como la voz de las cosas desparramadas en torno. La marinería le hace señales, desde lejos, con sus pañuelos y le invita a incorporarse a la aventura.

En este islote, patria de los grandes solitarios, escribieron Adisson y Montaige sus ensayos; Larra proyectó su espejo sobre las costumbres; y se refugió, huyendo de sí mismo. Angel Ganivet, el que no pudo evadirse nunca porque llevaba su cárcel consigo por el mundo y tuvo que romper la puerta a hachazos. Allí, entre fibras americanas, vivió Juan Montalvo y escribió su "Cosmopolita" y su "Espectador", en una prosa hecha con dientes de puma y miel de frutas tropicales. Tocó también varias veces Unamuno, siempre embarcado para un viaje — una verdad — mayor. Otros más, pocos, marcaron la huella de su planta en la arena, venidos de tiempos y climas diferentes. Ahora, aguzando puntas de flechas y fabricando originales utensilios, está el Robinsón Literario de España.

Siempre ha sido navegante este Ernesto Jiménez Caballero. Ha ido cogiéndole el cabello de ángel a la luz del Mediterráneo, en barco de pescador o en cuadrimotor marino. Alcanzando en el aire naranjas de oxígeno y sal. Catalogando el color del

humo de veinte puertos. Escondiendo hallazgos auténticos bajo letreros ahuyentadores como "CARTELES", "CIRCUITO IMPERIAL". Prendiendo con alfileres paisajes balcánicos, franceses, italianos para su colección de hombre del mundo. Parlando sabias cosas sefardíes. Navegando siempre; pero solo ahora Robinsón, por el levantamiento de la marinería. Náufrago, sin naufragio, encendiendo con pedernal eterno su luz, su señal, y lanzando su "botella a la mar" con un mensaje cifrado.

robinsonismo

Hasta ayer ha alimentado el individualismo de España el aislamiento en que ha vivido con respecto a Europa. La República es como su intento mayor de aproximación a la vida social. El pulmón español, encerrado en cuatro paredes, puede, por fin, respirar plenamente el oxígeno del mundo. Irá clareando poco a poco ese bosque de individualismos oscuros, agazapados. Sólo quedarán las individualidades altas, luminosas, guidoras.

Residuos tercos del individualismo español son el regionalismo y el anarcosindicalismo catalán. La región que quiere aislarse egoístamente sin articularse con el mundo. La doctrina política que pretende amalgar dos direcciones distintas del espíritu: el anarcos prudhoniano y el sindicato. El regionalismo evolucionando hacia la universalidad, como quiere Francisco Maciá, deja de ser individualista,

como el sindicalismo sin ese sedimento romántico y libertario del siglo XIX. Estas dos tendencias se tornearán y agudizarán cada vez más, hasta hacerse buidas, en el ejercicio republicano.

Tan ineludible es la corriente de solidaridad con el mundo despertada en estos tiempos que el mismo Robinsón Literario de España hace sus altas señales con afán de proselitismo, de compañía, y lanza el boletín de su islote (1) con una clave y un itinerario. Luces simpáticas, signos, empiezan a encenderse en todas direcciones. Hasta el punto de que no sería raro ver aparecer una nueva escuela: el robinsonismo.

La vuelta a la soledad como actitud episódica, momentánea, es útil para el fortalecimiento espiritual, el recuento de la obra realizada y la reflexión sobre el rumbo futuro. El esfuerzo colectivo es necesario para levantar la pirámide; pero es menester también que de vez en cuando un ojo salga de la multitud, tome distancia y calcule la altura. En este siglo acosado de máquinas, el valor de la pausa es inmenso porque significa el discernimiento y la orientación del impulso. A la construcción de esta pausa, quiere ir el Robinsón con sus lecciones de soledad.

(1) "El Robinsón Literario o la República de las letras", periódico redactado íntegramente por E. Giménez Caballero.

No sólo tiene un valor de actitud el boletín robinsoniano, sino una legítima trascendencia literaria. Sin quererlo el hombre del islote, está escribiendo los anales de la República de las letras. El anecdotario político más intencionado de la nueva España. Red extensa de voces alentadoras se ha tendido en torno del solitario y no está lejano el tiempo en que tenga que salir de su acantilado en hombros. Nicolás María de Urgoiti lo ha llamado "un caso excepcional en la literatura española y, sobre todo, en el periodismo". Y Eugenio Montes, el prosista más compacto y medular entre los nuevos, califica al Robinsón Literario de "espejo de la aécdota artísticopolítica de la España actual".

*el
hombre
mediterráneo*

Jiménez Caballero ve el mundo a través de unos lentes. Su mirada está prisionera en celda de cristal, como la de los otros pensadores mediterráneos. Mas sus lentes no se irisan con reflejos de piedad como los de Duhamel, ni se encienden con resplandores de contricción o de duda como los de Papini, sino que son lentes helados, captadores, inistentes, curiosos hasta doler, con una larga lanceta de luz en el centro para herir las cosas y remover su entraña.

No es el "hombre sentado", Ernesto Jiménez Caballero, sino el hombre en marcha. Baraja sus personalidades múltiples con un desinterés magnífico, paseando su perfil a lo largo de las estaciones sin parar. Siempre con gabán de viajero. Turista

a través de las literaturas extranjeras y de las letras clásicas. Un día, protestante. Otro, hacist¹⁴ Ahora, anarcosindicalista. El representa, más que ningún otro escritor español de estos días, la inquietud contemporánea, el deseo de encontrar un camino.

A Nietzsche le llama "el Robinsón sublime". Escribe ensayos originalísimos e irónicos, sobrerealistas, acerca de la República. Se escurre en su islote; pero siempre en la periferia, con atención al aro fijo del horizonte. Este Robinsón enciende el fuego en su soledad con un paquete de cartas en búlgaro, polaco, ruso, sefardí, esperanto; porque tiene amigos en los cuatro extremos del mundo. No cría vello ni se nutre de langostas orgullosamente como el profeta hebreo. "Nada de soberbia — nos dice él mismo — humildad y dolorido sentir".

En Jiménez Caballero asistimos al drama del espíritu y el tiempo. Espíritu de soledad y tiempo de colectivismo, lo que vale decir de proselitismo. Ahí está la clave de sus actitudes, impares al principio y luego multiplicadas numerosamente. Fué málite máximo de la vanguardia, y ahora cuando el vanguardismo ha crecido hasta convertirse en modalidad al uso, se evade hacia un nuevo refugio delantero. Experimenta una "ansia feroz de desnudez, de simplicidad", de vida aislada y primitiva. Hace su profesión de fe individualista en "EL

ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA O LA REPUBLICA DE LAS LETRAS" y a la vez nos grita su deseo, —sed creciente— de una disciplina. En su obra vemos como en un espejo las fases del crecimiento mental de los jóvenes. La inquietud versiorientada del hombre moderno. Convive temporalmente con la palmera misántropa, robinsoniana; pero sólo hasta señalar el sitio de la futura colonia. Porque se agitan en él pigmentos misteriosos de la sangre de esos varones fundadores de órdenes religiosas que, metiéndose casi desnudos corazón adentro de la soledad, fueron seguidos por una verdadera milicia de creyentes y civilizaron el yermo. Bien haya esta soledad constructiva, al servicio de los hombres. Barquitos unipersonales empiezan a aparecer aquí y allá sobre las olas humanas, siguiendo las huellas del Robinsón mediterráneo.

*Jiménez
Caballero:
última
hora*

A la puesta del sol, el Robinsón se ha puesto a orar entre las encinas del Pardo, entre sombras de venados y volatería real — y también de monteros, héroes y monarcas — y ha tenido una revelación de esas que solían tener en otras edades los santos y conductores de pueblos. Así ha visto a la figura ecuestre de Carlos V — el “primer hitleriano” — señalando con su espada en alto la estrella de los destinos ibéricos. Y marchar en rangos de batalla, o mejor en legiones o en fascios, a las grandes sombras de Rodrigo Díaz de Vivar, Alfonso X, Ignacio de Loyola, Felipe II, Santa Teresa, marcando la auténtica ruta de la raza. Y proyectarse en el cielo de España la imagen gigan-

te de un Cristo, entre latino y berebere, como el índice de un imperial futuro.

El contemplador iluminado, absorto en su visión montesa, ha dado en la flor de profetizar y ha escrito este "GENIO DE ESPAÑA", libro curioso de historia, de doctrina y de polémica, donde se anotan los más extraordinarios hechos y se sustentan las más donosas teorías. La profecía es enfermedad española y nace del ocio, suelo y abono al mismo tiempo de esa planta de mil ramas que es la imaginación. En épocas de mayor miseria e ignorancia, en que se cambiaba un padenuestro por un pan, se profetizaba en grande por las tierras peninsulares, y la profecía había llegado a ser una como industria de vagabundos y mendigos. Hoy, en plena república de trabajadores, los profetas son más escasos, aunque de primera magnitud como este Jiménez Caballero que ha tenido primeramente que realizar un ancho periplo por pueblos y naciones para hallar la verdad de su tierra —según él cree— cumpliéndose así estas palabras de Unamuno: "España está aún por descubrir, y solamente podrán descubrirla los españoles que hayan conocido a Europa".

Mas, veamos en qué consiste este descubrimiento, oígamos lo que nos dice el singular oráculo. Para Jiménez Caballero la historia de España es una serie de desintegraciones, de sucesivas derrotas, de

errores y políticas bastardas que han falseado el sentido de la raza y han reducido progresivamente la grandeza moral y material de la nación. La causa de todo este cuadro de desastres reside en que el pueblo ha ido separándose de Dios y el gobierno ha olvidado su misión cesárea. O sea en otras palabras: en una doble crisis de la religión y de la autoridad. La resurrección nacional puede lograrse combatiendo estos males y exaltando lo indígena — lo ibérico — frente a las corrientes que a título de universalidad tratan de borrar la fisonomía de España. Levantando la Cruz y la Espada sobre los gorros fríos y las banderas rojas. Restaurando la monarquía y el catolicismo, las dos columnas indispensables a la existencia y elevación del genio español. "César y Dios! ¡Sed católicos e imperiales! Esta es la voz de mando"! les dice el nuevo guía a los hombres de su tierra. El camino que recorre para llegar a estas conclusiones bizarras está sembrado de observaciones muy agudas; pero también de numerosas contradicciones. Bien se ve que es intuición y no examen crítico lo que chispea en este libro, con pausas de resplandor e intermedios de sombra.

Las notas que integran la primera parte del libro, bajo el título de "LOS NIETOS DEL 98" son acotaciones líricas a la Historia de España y ofrecen un notable valor de síntesis y de originalidad.

La segunda parte, "LOS HUEVOS DE LA URRACA", (Notas a Ortega), es una crítica implacable de "LA ESPAÑA INVERTEBRADA" del pensador castellano. En estas páginas es donde está más feliz Jiménez Caballero, lo mismo que en sus interpretaciones de Hitler, de Mustafá Kemal, de Lenín y de Mussolini. En las "Notas a una juventud con genio de España" resbala ya el escritor robinsonian, harto de soledad y deseoso de proselitismo, a pozos de fácil la verdadera y grande España, sostiene. Mas este sueño duró sólo dos siglos, pues con el Pacto de 1648 da comienzo la era de las desintegraciones. Luxemburgo, Flandes, Rosellón, Cerdeña, Portugal, perdidos para siempre. Pacto de Aquisgrán. Pacto de Utrecht. Emancipación de las colonias americanas. Independencia de Cuba. Desastres militares en Marruecos. Y, por fin, "el último 98 de España", la proclamación de la República que acaba con los residuos finales de la nacionalidad: el Rey, la aristocracia, la Iglesia, el Ejército, el centralismo y la lengua. Hay que volver a la España del siglo XV por el empuje de la Espada y el deslumbramiento de la Cruz, por el despertar del espíritu religioso y la Conquista. Todo esto puede pasar como una exaltación poética del pasado, mas no si se juzga con un criterio materialista de la Historia. ¿No es la República el máximo esfuerzo de España por recobrar la unidad nacio-

nal, destruída por el divorcio existente entre la monarquía y el pueblo? Durante la monarquía, la unidad española era ficticia y estaba sostenida sólo por la fuerza de las armas. También la unidad de la raza vuelve nuevamente a ser posible con la República que es el acercamiento fraternal a América. ¿No se ha planteado en estos días la restauración del orbe panhispánico a base de una federación de los pueblos de nuestra lengua? Las potencias del siglo XX no serán nacionales sino internacionales. La afirmación de Keyserling al respecto es de claridad meridiana: "Entramos en una Edad ecuménica, en la cual sin perder las naciones su ser particular, dominará sobre ellas, sobre sus recuerdos y sus aspiraciones, un elemento supranacional que las vincula para nobles esfuerzos". Estados Unidos — federación americana —, Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, son los nombres de las potencias modernas. La grande España no puede reconstruirse con nuevas Lepantos y Pavías, sino articulándose en un conglomerado histórico y racial que le facilite la accesión a su alto destino. Esto no puede hacerse reviviendo mitos ya caídos en el polvo. No dando la espalda al presente, sino encendiéndole sobre los hombres una nueva luz, modulando una nueva voz de ecuménicas resonancias. Hay cierta clase de espíritus que no quieren con-

vencerse de que el tiempo corre y la vida cambia y se renueva sin descanso.

Roma, Ginebra y Moscú son las tres fuerzas, los tres genios que se disputan la presa de España. Y Jiménez Caballero se decide por Roma, sin excluir el Vaticano. El primer documento del fascismo español — de entraña católica — es este libro en que se llega a ofrecer un esquema de los futuros haces nacionales que deberán ser integrados por los elementos tradicionalistas, los místicos, los "antiguos combatientes", los aristócratas y sus asalariados pistoleros, las mujeres — que tienen ya voto por una hábil maniobra de las derechas —, los estudiantes católicos y los nacional socialistas. Díriase que nos estamos refiriendo al partido alemán volkisch o a las agrupaciones generadoras del fascismo italiano. Y es que las fuerzas tradicionales tienen en toda la tierra idéntico modo de acción.

*genio
de
españa*

Ha llegado al mundo con diez años de retraso, pues su ideología corresponde exactamente a la etapa de la postguerra, que fué la etapa de la reacción europea. "En el desorden mental de la época —comentó oportunamente Valery—, al llamado de la misma angustia, la Europa cultivada ha sufrido la reviviscencia rápida de sus innumerables pensamientos: dogmas, filosofías, ideales heterogéneos, las trescientas maneras de explicar el Mundo, los mil y un matices del cristianismo...." Todo fué fruto de la sangre y del miedo. Europa, "la parte preciosa del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un vasto cuerpo", olfateaba en el viento la proxidad de los bárbaros, que así se ha dado en llamar en todos los tiempos a los

encargados de sepultar un ciclo de decadencia y abrir una nueva Era humana. Mas de las ruinas de un mundo que se derrumba, surgen voces aisladas que quieren organizar la defensa de sus sepulcros y de sus muertos. Sombras sumidas aún en un vago sueño imperial. (Ese concepto imperial de que el español ha nacido para mandar y no para arar y cavar, ha sido una de las mortales enfermedades ibéricas. Debemos declarar guerra sin cuartel a la interpretación calderoniana y quijotesca de la vida. No, la vida no es sueño que es acción, y agonía, y empuje siempre renovado).

“GENIO DE ESPAÑA” es un libro que leerán con entusiasmo los emigrados españoles. No lo integran exaltaciones “a una resurrección nacional” sino a la restauración monárquica. El solitario predicar del Pardo, orando entre encinas y sombras de cérvidos y escuchando el vuelo de bronce de las campanas del monasterio cercano, se ha sentido de pronto uno de esos monjes guerreros de la Edad Media, de esos que se llamaron “caballeros de la cruz”, que servían lo mismo para decir una misa que para ponerse al frente de la soldadesca mercenaria, ciñéndose la férrea armadura sobre el tosco y humilde sayal.

Barcelona, 1932.

ÍNDICE

	Págs.
Cédula de identidad	5
Mar Caribe	13
Un libro de viaje de Georges Duhamel	41
El Año Nuevo en Berlín	65
Filiación poética de Jaime Torres Bodet	75
Tres Itinerarios de Europa	91
Juan Montalvo y yo en París	113
Peregrinaje a Medán	123
Estampas de Marsella	139
La República en España—I	157
La República en España—II	175
Sobre la Vida y la Obra de Humberto Fierro	187
La Tenebrosa Etapa	215
Castelar y los peces	229
LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA—I	247
El Robinson literario	257

EDITORIAL AMERICA

FUNDADA EN 1934

Obras publicadas:

EL CRISTAL INDIGENA

Augusto Arias

**BREVISIMA HISTORIA GENERAL DEL
ECUADOR**

Oscar Efrén Reyes

LATITUDES—Hombres, viajes, lecturas

Jorge Carrera Andrade

Por publicarse:

LOS GUANDOS —novela—

Joaquín Gallegos Lara

GLOSARIO DE AMIEL —ensayo—

Juan Pablo Muñoz

SILUETAS —algunos artistas ecuatorianos—

José de la Cuadra

LOS TRABAJADORES —novela—

Humberto Salvador

HUASIPUNGO —novela—

Jorge Icaza

SIERRA —novela—

Alfonso Cuesta y Cuesta

SOL AMARRADO —novela—

G. Humberto Mata

CAMINO —poemas—

Antonio Montalvo

SUPERACION —prosas—

Alfredo Martínez

Dirección postal

EDITORIAL AMERICA

Casilla 75

Quito, Ecuador, S. A.
